

A. Aberastury

M. Knobel

La adolescencia normal

Un enfoque psicoanalítico



Paidós Educador

LA ADOLESCENCIA NORMAL

PAIDÓS EDUCADOR

Últimos títulos publicados:

127. A. Díaz Barriga - *Didáctica y currículum*
128. L. Duch - *La educación y la crisis de la modernidad*
129. A. W. De Camilloni y otras - *La evaluación de los aprendizajes en el debate didáctico contemporáneo*
130. J. A. Castorina, C. Coll y otros - *Piaget en la educación*
131. G. Hernández Rojas - *Paradigmas en psicología de la educación*
133. J. Canaan y D. Epstein (comps.) - *Una cuestión de disciplina*
134. J. Beillerot y otros - *Saber y relación con el saber*
135. M. van Manen - *El tacto en la enseñanza*
136. M. Siguán - *La escuela y los inmigrantes*
137. B. Aisenberg y S. Alderoqui (comps.) - *Didáctica de las ciencias sociales II*
138. S. González y L. Ize de Marengo - *Escuchar, leer y escribir en la EGB*
140. M. Kaufman y L. Fumagalli (comps.) - *Enseñar ciencias naturales*
141. F. Brandoni (comp.) - *Mediación escolar*
142. J. Piaget - *De la pedagogía*
143. I. Gaskins y T. Elliot - *Estrategias cognitivas en la escuela*
144. D. Johnson y otros - *Aprendizaje cooperativo en el aula*
146. B. Porro - *La resolución de conflictos en el aula*
148. A. Candela - *Ciencia en el aula*
149. C. Lomas (comps.) - *¿Iguales o diferentes?*
150. J. Voneche y A. Triphon (comps.) - *La génesis social del pensamiento*
151. M. Souto - *Las formaciones grupales en la escuela*
152. E. Lucarelli y otros - *El asesor pedagógico en la universidad*
153. M. Rueda Beltrán y F. Díaz Barriga Arceo (comps.) - *Evaluación de la docencia*
154. A. Baudrit - *El tutor: procesos de tutela entre alumnos*
155. S. Hook - *John Dewey: semblanza intelectual*
156. M. T. Yurén Camarena - *Formación y puesta a distancia. Su dimensión ética*
157. E. Willems - *El oído musical*
158. S. Schlemenson (comp.) - *Niños que no aprenden*
159. R. Glazman - *Evaluación y exclusión en la enseñanza universitaria*
160. X. Lobato Quesada - *Diversidad y educación*
161. J. Das y otros - *Dislexia y dificultades de lectura*
162. C. Carrión Carranza - *Valores y principios para evaluar la educación*
163. L. Viniestra Velázquez - *Educación y crítica*
164. X. Lobato Quesada - *Diversidad y educación. Taller de Fortalecimiento*
165. M. Belloch (comp.) - *La educación en ciencias: ideas para mejorar su práctica*
167. E. C. Wragg - *Evaluación y aprendizaje en la escuela primaria*
169. J. L. Álvarez-Gayou - *Cómo hacer investigación cualitativa*

ARMINDA ABERASTURY
MAURICIO KNOBEL

LA ADOLESCENCIA NORMAL

Un enfoque psicoanalítico

Colaboran

ADOLFO DORNBUSH
NESTOR GOLDSTEIN
GELA ROSENTHAL
EDUARDO SALAS



PAIDÓS

México
Buenos Aires
Barcelona

Portada: Gustavo Macri

© de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S. A.
Av. Diagonal 662-664, 08034, Barcelona, España

© de esta edición,
Editorial Paidós Mexicana, S. A.
Bajo el sello editorial PAIDOS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570 México, D.F.
www.paidos.com.mx

Primera edición en México: 1988
Reimpresión en México: septiembre de 2010
ISBN: 978-968-853-261-4

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

Impreso en los talleres de Programas Educativos, S.A. de C.V.
Calzada Chabacano no. 65, local A, colonia Asturias, México, D.F.
Impreso en México - *Printed in Mexico*

INDICE

PREFACIO	7
INTRODUCCION	9
BIBLIOGRAFÍA	14

CAPÍTULO 1

EL ADOLESCENTE Y LA LIBERTAD por Arminda Aberastury	15
BIBLIOGRAFÍA	34

CAPÍTULO 2

EL SINDROME DE LA ADOLESCENCIA NORMAL por Mauricio Knobel	35
Normalidad y patología en la adolescencia	35
El síndrome normal de la adolescencia	44
BIBLIOGRAFÍA	104

CAPÍTULO 3

ADOLESCENCIA Y PSICOPATIA	110
Duelo por el cuerpo, la identidad y los padres infantiles por Arminda Aberastury, Adolfo Dornbusch, Néstor Goldstein, Mauri- cio Knobel, Gela Rosenthal y Eduardo Salas	110
BIBLIOGRAFÍA	126

CAPÍTULO 4

ADOLESCENCIA Y PSICOPATIA
 CON ESPECIAL REFERENCIA
 A LAS DEFENSAS

por Arminda Aberastury, Adolfo Dornbusch, Néstor Goldstein, Mauricio Knobel, Gela Rosenthal y Eduardo Salas	127
BIBLIOGRAFÍA	141

CAPÍTULO 5

EL PENSAMIENTO EN EL ADOLESCENTE Y EN EL ADOLESCENTE PSICOPATICO

por Gela Rosenthal y Mauricio Knobel	142
Duelo por el cuerpo infantil	143
Duelo por la identidad y por el rol infantil	145
Duelo por los padres de la infancia	149
El tiempo en el adolescente	152
El sexo en el adolescente	153
Resumen	154
BIBLIOGRAFÍA	155

CAPÍTULO 6

EL ADOLESCENTE Y EL MUNDO ACTUAL

por Arminda Aberastury	157
APENDICE	162

PREFACIO

DESDE hace ya muchos años venimos trabajando juntos, en comunidad de ideas verdaderamente significativa y gratificante.

La labor específica sobre adolescencia comenzó con los grupos de estudios preparatorios para colaborar y aportar ideas y experiencias al I^{er} Congreso Interno y IX^o Simposio de la Asociación Psicoanalítica Argentina, celebrado en Buenos Aires a fines de 1964.

La acción directriz y el planteo de ideas básicas estuvo a cargo de uno de nosotros (A. Aberastury) y encontró en los grupos de trabajo no sólo colegas consecuentes, sino colaboradores que supieron interpretar fielmente las teorías propuestas, validadas por la práctica psicoanalítica de todos los que intervinieron en estos estudios.

Así surgieron varios trabajos que aparecieron publicados en un libro, verdadera acta de ese Simposio, titulado *Psicoanálisis de la manía y la psicopatía*, editado por Paidós en 1966, según la recopilación que realizaron A. Rascovsky y D. Liberman.

Consideramos que esos trabajos son básicos para un estudio psicoanalítico de la adolescencia y hemos resuelto reproducirlos en este volu-

men, con muy ligeras modificaciones de tipo formal.

Reflejan una línea de pensamiento que bien puede denominarse, según nos manifestaron nuestros propios colegas y colaboradores, así como psicoanalistas y autores nacionales y extranjeros, la "escuela de Arminda Aberastury".

Por lo tanto hemos creído conveniente añadir a esos trabajos básicos algunas aportaciones más recientes que, entendemos, completan una parte del vasto panorama del enfoque psicoanalítico de la adolescencia, que necesita ser estudiado en profundidad y al que lógicamente habrá que agregar más experiencias.

Esta temática concita en la actualidad el interés de diversos sectores de estudiosos de la conducta humana y exige todos los aportes de las distintas disciplinas científicas.

Como psicoanalistas consideramos que es nuestra responsabilidad brindar nuestra contribución, que desde luego implica el compromiso de continuar investigando y transmitir ulteriormente nuestras conclusiones.

ARMINDA ABERASTURY
MAURICIO KNOBEL
Diciembre de 1970

INTRODUCCION

por MAURICIO KNOBEL

LOS factores intrínsecos relacionados con la personalidad del adolescente son los que determinan en realidad las distintas expresiones de la conducta que importan para el tratamiento de cualquier tipo —pero fundamentalmente del psicodinámico— y también para la comprensión de los problemas psiquiátricos y psicopatológicos en general de este período de la vida.

Para ello me basaré en un trabajo anteriormente publicado y en el cual consideraba la adolescencia como una verdadera "experiencia clínica".

Anna Freud dice que es muy difícil señalar el límite entre lo normal y lo patológico en la adolescencia, y considera en realidad a toda la conmoción de este período de la vida como normal, señalando además que sería anormal la presencia de un equilibrio estable durante el proceso adolescente. Sobre esta base, y teniendo en cuenta el criterio evolutivo de la psicología, es que podemos aceptar que la adolescencia más

que una etapa estabilizada es proceso y desarrollo. Debe por lo tanto comprenderse para ubicar sus desviaciones en el contexto de la realidad humana que nos rodea.

El adolescente atraviesa por desequilibrios e inestabilidad extremas. Lo que configura una entidad semipatológica, que he denominado "síndrome normal de la adolescencia", que es perturbado y perturbador para el mundo adulto, pero necesario, absolutamente necesario, para el adolescente, que en este proceso va a establecer su identidad, que es un objetivo fundamental de este momento vital.

Para ello, el adolescente no sólo debe enfrentar el mundo de los adultos para lo cual no está del todo preparado, sino que además debe desprenderse de su mundo infantil en el cual y con el cual, en la evolución normal, vivía cómoda y placenteramente, en relación de dependencia, con necesidades básicas satisfechas y roles claramente establecidos. Siguiendo las ideas de Aberastury podemos decir que el adolescente realiza tres duelos fundamentales: *a)* el duelo por el cuerpo infantil perdido, base biológica de la adolescencia, que se impone al individuo que no pocas veces tiene que sentir sus cambios como algo externo frente a lo cual se encuentra como espectador impotente de lo que ocurre en su propio organismo; *b)* el duelo por el rol y la identidad infantiles, que lo obliga a una renuncia de la dependencia y a una aceptación de responsabilidades que muchas veces desconoce, y *c)* el duelo por los padres de la infancia a los que persistentemente trata de retener en su per-

sonalidad buscando el refugio y la protección que ellos significan, situación que se ve complicada por la propia actitud de los padres, que también tienen que aceptar su envejecimiento y el hecho de que sus hijos ya no son niños, y sí son adultos o están en vías de serlo.

Se une a estos duelos el duelo por la bisexualidad infantil también perdida.

Estos *duelos*, verdaderas pérdidas de personalidad, van acompañados por todo el complejo psicodinámico del duelo normal y en ocasiones, transitoria y fugazmente, adquieren las características del duelo patológico. Esta situación del adolescente frente a su realización evolutiva, basada en las relaciones interpersonales de su infancia, a la que deberá abandonar, lo lleva a la inestabilidad que lo define, constituyendo una especie de entidad nosológica, cuyas características esenciales —según he señalado— describiré como "síndrome de la adolescencia normal". Este síndrome, producto de la propia situación evolutiva, surge, por supuesto, de la interacción del individuo con su medio. El mundo de los adultos, como los padres, no acepta las fluctuaciones imprevistas del adolescente sin conmoverse, ya que reedita en los adultos ansiedades básicas que habían logrado controlarse hasta cierto punto. Sabemos muy bien —y sirva esto tan sólo de ejemplo llamativo— la angustia que suelen manifestar los padres frente a los primeros atisbos de conducta genital de sus hijos adolescentes.

El adolescente aislado no existe, como no existe ser alguno desconectado del mundo, aun para

enfermarse. La patología es siempre expresión del conflicto del individuo con la realidad, sea a través del interjuego de sus estructuras psíquicas o del manejo de las mismas frente al mundo exterior.

En virtud de la crisis esencial de la adolescencia, esta edad es la más apta para sufrir los impactos de una realidad frustrante.

Creemos que las modificaciones del medio van a determinar la *expresión* de la normal anormalidad del adolescente, pero de ninguna manera podemos condicionar toda la realidad bio-psicológica de este proceso evolutivo a las circunstancias exteriores. La necesidad de elaborar los duelos básicos a que nos hemos referido anteriormente, obligan al adolescente a recurrir *normalmente* a manejos psicopáticos de actuación, que identifican su conducta. Se produce un cortocircuito del pensamiento en donde se observa la exclusión de lo conceptual lógico mediante la expresión a través de la acción, aunque en forma fugaz y transitoria, lo que diferencia al adolescente normal del psicópata, que *persiste* con *intensidad* en el uso de este modo de conducta.

El adolescente presenta una especial vulnerabilidad para asimilar los impactos proyectivos de padres, hermanos, amigos y de toda la sociedad. Es decir es un receptáculo propicio para hacerse cargo de los conflictos de los demás y asumir los aspectos más enfermos del medio en que actúa. Esto es lo que actualmente presentamos en nuestra sociedad que proyecta sus propias fallas en los así llamados desmanes de

la juventud, a la que se responsabiliza de la delincuencia, las adicciones a las drogas, la prostitución, etcétera.

Es la sociedad la que recurre a un mecanismo esquizoide haciendo que una de sus propias partes en conflicto, como lo es la juventud, adquiera las características de todo lo malo y permita así la agresión del mundo del adulto, con singulares características sado-masoquistas.

La severidad y la violencia con que a veces se pretende reprimir a los jóvenes sólo engendra un distanciamiento mayor y una agravación de los conflictos, con el desarrollo de personalidades y grupos sociales más y más anormales, que en última instancia implican una autodestrucción suicida de la sociedad.

Así vemos al adolescente, de uno y otro sexo, en conflicto, en lucha, en posición marginal frente a un mundo que coarta y reprime. Es este marginarse del joven lo que puede llevarlo a la psicopatía franca, a la actividad delictiva, o puede también ser un mecanismo de defensa por el cual preserva los valores esenciales de la especie humana, la capacidad de adaptarse *modificando* el medio que trata de negar la satisfacción instintiva y la posibilidad de llegar a una adultez positiva y creadora.

BIBLIOGRAFIA

- Aberastury, A.: "El mundo del adolescente". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 3, 3, 1959.
- Freud, A.: "Adolescence". *Psychoanal. Stud. Child.*, 1958.
- Garma, A. y Rascovsky, A.: *Psicoanálisis de la Melancolía*. Buenos Aires, El Ateneo, 1948.
- Grinberg, L.: "El individuo frente a su identidad". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, 18, 344, 1961.
- *Culpa y Depresión*. Buenos Aires, Paidós, 1963.
- Knobel, M.: "Psicología de la adolescencia". La Plata, *Revista de la Universidad de La Plata*, 16, 55, 1962
- "Psicopatología de la adolescencia". En: *La Adolescencia Normal y sus Trastornos Endocrinos*. M. Scheingart y otros. Buenos Aires. Héctor Macchi, editor, 1964.
- "La adolescencia como experiencia clínica". Quito. *Arch. Crim. Neuropsiquiat.*, XIII/52, 501, 1965.


 Capítulo 1

EL ADOLESCENTE Y LA LIBERTAD

por ARMINDA ABERASTURY

ENTRAR en el mundo de los adultos —deseado y temido— significa para el adolescente la pérdida definitiva de su condición de niño. Es un momento crucial en la vida del hombre y constituye la etapa decisiva de un proceso de desprendimiento que comenzó con el nacimiento.

Los cambios psicológicos que se producen en este período y que son el correlato de cambios corporales, llevan a una nueva relación con los padres y con el mundo. Ello sólo es posible si se elabora lenta y dolorosamente el duelo por el cuerpo de niño, por la identidad infantil y por la relación con los padres de la infancia.

Cuando el adolescente se incluye en el mundo con este cuerpo ya maduro, la imagen que tiene de su cuerpo ha cambiado, también su identidad, y necesita entonces adquirir una ideología que le permita su adaptación al mundo y/o su acción sobre él para cambiarlo.

En este período fluctúa entre una dependencia y una independencia extremas y sólo la ma-

durez le permitirá más tarde aceptar ser independiente dentro de un marco de necesaria dependencia. Pero, al comienzo, se moverá entre el impulso al desprendimiento y la defensa que impone el temor a la pérdida de lo conocido. Es un período de contradicciones, confuso, ambivalente, doloroso, caracterizado por fricciones con el medio familiar y social. Este cuadro es frecuentemente confundido con crisis y estados patológicos.

Tanto las modificaciones corporales incontralables como los imperativos del mundo externo que exigen del adolescente nuevas pautas de convivencia, son vividos al principio como una invasión. Esto lo lleva a retener, como defensa, muchos de sus logros infantiles, aunque también coexiste el placer y afán de alcanzar un nuevo status. También lo conduce a un refugio en su mundo interno para poder reconectarse con su pasado y desde allí enfrentar el futuro. Estos cambios, en los que pierde su identidad de niño, implican la búsqueda de una nueva identidad que se va construyendo en un plano consciente e inconsciente. El adolescente no quiere ser como determinados adultos, pero en cambio, elige a otros como ideales, se va modificando lentamente y ninguna premura interna o externa favorece esta labor.

La pérdida que debe aceptar el adolescente al hacer el duelo por el cuerpo es doble: la de su cuerpo de niño cuando los caracteres sexuales secundarios lo ponen ante la evidencia de su nuevo status y la aparición de la menstruación en la niña y el semen en el varón, que les im-

ponen el testimonio de la definición sexual y del rol que tendrán que asumir, no sólo en la unión con la pareja sino en la procreación.

Sólo cuando el adolescente es capaz de aceptar simultáneamente sus aspectos de niño y de adulto, puede empezar a aceptar en forma fluctuante los cambios de su cuerpo y comienza a surgir su nueva identidad. Ese largo proceso de búsqueda de identidad ocupa gran parte de su energía y es la consecuencia de la pérdida de la identidad infantil que se produce cuando comienzan los cambios corporales.

El adolescente se presenta como varios personajes, y a veces ante los mismos padres, pero con más frecuencia ante diferentes personas del mundo externo, que nos podrían dar de él versiones totalmente contradictorias sobre su madurez, su bondad, su capacidad, su afectividad, su comportamiento e, incluso, en un mismo día, sobre su aspecto físico.

Las fluctuaciones de identidad se experimentan también en los cambios bruscos, en las notables variaciones producidas en pocas horas por el uso de diferentes vestimentas, más llamativas en la niña adolescente, pero igualmente notables en el varón, especialmente en el mundo actual.

No sólo el adolescente padece este largo proceso sino que los padres tienen dificultades para aceptar el crecimiento a consecuencia del sentimiento de rechazo que experimentan frente a la genitalidad y a la libre expresión de la personalidad que surge de ella. Esta incomprensión y rechazo se encuentran muchas veces enmasca-

rados bajo la otorgación de una excesiva libertad que el adolescente vive como abandono y que en realidad lo es.

Frente a esta actitud, el adolescente siente la amenaza inminente de perder la dependencia infantil —si asume precozmente su rol genital y la independencia total— en momentos en que esa dependencia es aún necesaria. Cuando la conducta de los padres implica una incomprensión de las fluctuaciones llamativamente polares entre dependencia-independencia, refugio en la fantasía-afán de crecimiento, logros adultos-refugio en logros infantiles, se dificulta la labor de duelo, en la que son necesarios permanentes ensayos y pruebas de pérdida y recuperación de ambas edades: la infantil y la adulta.

Sólo cuando su madurez biológica está acompañada por una madurez efectiva e intelectual que le permita su entrada en el mundo del adulto, estará equipado de un sistema de valores, de una ideología que confronta con la de su medio y donde el rechazo a determinadas situaciones se cumple en una crítica constructiva. Confronta sus teorías políticas y sociales y se embandera, defendiendo un ideal. Su idea de reforma del mundo se traduce en acción. Tiene una respuesta a las dificultades y desórdenes de la vida. Adquiere teorías estéticas y éticas. Confronta y soluciona sus ideas sobre la existencia o inexistencia de Dios y su posición no se acompaña por la exigencia de un sometimiento ni por la necesidad de someter.

Pero antes de llegar a esta etapa nos encontraremos con una multiplicidad de identifica-

ciones contemporáneas y contradictorias; por eso, el adolescente se presenta como varios personajes: es una combinación inestable de varios cuerpos e identidades. No puede todavía renunciar a aspectos de sí mismo y no puede utilizar y sintetizar los que va adquiriendo y en esa dificultad de adquirir una identidad coherente reside el principal obstáculo para resolver su identidad sexual.

En el primer momento esa identidad de adulto es un sentirse dolorosamente separado del medio familiar, y los cambios en su cuerpo lo obligan también al desprendimiento de su cuerpo infantil. Sólo algunos logran el hallazgo de encontrar el lugar de sí mismo en su cuerpo y en el mundo, ser habitantes de su cuerpo en su mundo actual, real, y también adquirir la capacidad de utilizar su cuerpo y su lugar en el mundo.

Este proceso de la vida cuyo sino es el desprendimiento definitivo de la infancia, tiene sobre los padres una influencia no bien valorada hasta hoy. El adolescente provoca una verdadera revolución en su medio familiar y social y esto crea un problema generacional no siempre bien resuelto.

Ocurre que también los padres viven los duelos por los hijos, necesitan hacer el duelo por el cuerpo del hijo pequeño, por su identidad de niño y por su relación de dependencia infantil. Ahora son juzgados por sus hijos, y la rebeldía y el enfrentamiento son más dolorosos si el adulto no tiene conscientes sus problemas frente al adolescente. El problema de la adolescencia tie-

ne una doble vertiente que en los casos felices puede resolverse en una fusión de necesidades y soluciones. También los padres tienen que desprenderse del hijo niño y evolucionar hacia una relación con el hijo adulto, lo que impone muchas renunciaciones de su parte.

Al perderse para siempre el cuerpo de su hijo niño se ve enfrentado con la aceptación del devenir, del envejecimiento y de la muerte. Debe abandonar la imagen idealizada de sí mismo que su hijo ha creado y en la que él se ha instalado. Ahora ya no podrá funcionar como líder o ídolo y deberá, en cambio, aceptar una relación llena de ambivalencias y de críticas. Al mismo tiempo, la capacidad y los logros crecientes del hijo lo obligan a enfrentarse con sus propias capacidades y a evaluar sus logros y fracasos. En este balance, en esta rendición de cuentas, el hijo es el testigo más implacable de lo realizado y de lo frustrado. Sólo si puede identificarse con la fuerza creativa del hijo, podrá comprenderlo y recuperar dentro de sí su propia adolescencia. Es en este momento del desarrollo donde el modo en el que se otorgue la libertad es definitivo para el logro de la independencia y de la madurez del hijo.

Hasta hoy el estudio de la adolescencia se centró solamente sobre el adolescente. Este enfoque será siempre incompleto si no se toma en cuenta la otra cara del problema: la ambivalencia y la resistencia de los padres a aceptar el proceso de crecimiento.

¿Qué motivos tiene la sociedad para no modificar sus rígidas estructuras, para empeñarse

en mantenerlas tal cual, aun cuando el individuo cambia? ¿Qué conflictos conscientes e inconscientes conducen a los padres a ignorar o a no comprender la evolución del hijo? El problema muestra así otra cara, escondida hasta hoy bajo el disfraz de la adolescencia difícil: es la de una sociedad difícil, incomprensiva, hostil e inexorable a veces frente a la ola de crecimiento, lúcida y activa, que le impone la evidencia de alguien que quiere actuar sobre el mundo y modificarlo bajo la acción de sus propias transformaciones.

El desprecio que el adolescente muestra frente al adulto es, en parte, una defensa para eludir la depresión que le impone el desprendimiento de sus partes infantiles, pero es también un juicio de valor que debe respetarse. Además, la desidealización de las figuras parentales lo sume en el más profundo desamparo.

Sin embargo, este dolor es poco percibido por los padres que suelen encerrarse en una actitud de resentimiento y refuerzo de la autoridad, actitud que hace aun más difícil este proceso.

En la adolescencia, una voluntad biológica va imponiendo un cambio y el niño y sus padres deben aceptar la prueba de realidad de que el cuerpo infantil está perdiéndose para siempre. Ni el niño ni sus padres podrán recuperar ese cuerpo aunque pretendan negarlo psicológicamente o mediante actuaciones en las cuales la vida familiar y la sociedad pretenden comportarse como si nada hubiera cambiado.

La problemática del adolescente comienza con los cambios corporales, con la definición de su

rol en la procreación y se sigue con cambios psicológicos. Tiene que renunciar a su condición de niño; debe renunciar también a ser nombrado como niño ya que a partir de ese momento si se le denomina de ese modo será con un matiz despectivo, burlón o de desvalorización.

Además, debemos aceptar que la pérdida del vínculo del padre con el hijo infantil, de la identidad del adulto frente a la identidad del niño lo enfrentan con una lucha similar a las luchas creadas por las diferencias de clases; como en ellas, los factores económicos juegan un rol importante; los padres suelen usar la dependencia económica como poder sobre el hijo, lo que crea un abismo y un resentimiento social entre las dos generaciones.

El adulto se aferra a su mundo de valores que con triste frecuencia es el producto de un fracaso interno y de un refugio en logros típicos de nuestra sociedad alienada. El adolescente defiende sus valores y desprecia los que quiere imponerle el adulto, más aún, los siente como una trampa de la que necesita escapar.

El sufrimiento, la contradicción, la confusión, los trastornos son de este modo inevitables; pueden ser transitorios, pueden ser elaborables, pero debemos plantearnos si gran parte de su dolor no podría ser mitigado cambiando estructuras familiares y sociales.

Por lo general, es el adulto el que ha escrito sobre adolescencia y enfatizado el problema del hijo y habla muy poco de la dificultad del padre y del adulto en general para aceptar el cre-

cimiento, estableciendo una nueva relación con él, de adulto a adulto.

El adolescente siente que debe planificar su vida, controlar los cambios; necesita adaptar el mundo externo a sus necesidades imperiosas, lo que explica sus deseos y necesidad de reformas sociales.

El dolor que le produce abandonar su mundo y la conciencia de que se van produciendo más modificaciones incontrolables dentro de sí, lo mueven a efectuar reformas exteriores que le aseguren la satisfacción de sus necesidades en la nueva situación en que se encuentra ahora frente al mundo, las que, al mismo tiempo, le sirven de defensa contra los cambios incontrolables internos y de su cuerpo. Se produce en este momento un incremento de la intelectualización para superar la incapacidad de acción (que es la correspondiente al período de omnipotencia del pensamiento en el niño pequeño). El adolescente busca la solución teórica de todos los problemas trascendentes y de aquellos a los que se verá enfrentado a corto plazo: el amor, la libertad, el matrimonio, la paternidad, la educación, la filosofía, la religión. Pero aquí también podemos y debemos plantearnos el interrogante: ¿es así sólo por una necesidad del adolescente o también es una resultante de un mundo que le prohíbe la acción y lo obliga a refugiarse en la fantasía y en la intelectualización?

La inserción en el mundo social del adulto —con sus modificaciones internas y su plan de reformas— es lo que va definiendo su personalidad y su ideología.

Su nuevo plan de vida le exige plantearse el problema de los valores éticos, intelectuales y afectivos; implica el nacimiento de nuevos ideales y la adquisición de la capacidad de lucha para conseguirlos.

Pero, al mismo tiempo, le impone un desprendimiento: abandonar la solución del "como si" del juego y del aprendizaje, para enfrentar el "sí" y el "no" de la realidad activa que tiene en sus manos.

Esto le impone un distanciamiento del presente y, con ello, la fantasía de proyectarse en el futuro y ser, independizándose del ser *con* y *como* los padres.

Por lo tanto, debe formarse un sistema de teorías, de ideas, un programa al cual aferrarse y también la necesidad de algo en lo que pueda descargar el monto de ansiedad y los conflictos que surgen de su ambivalencia entre el impulso al desprendimiento y la tendencia a permanecer ligado.

Esta crisis intensa la soluciona transitoriamente huyendo del mundo exterior, buscando refugio en la fantasía, en el mundo interno, con un incremento paralelo de la omnipotencia narcisista y de la sensación de prescindencia de lo externo. De este modo crea para sí una nueva plataforma de lanzamiento desde la cual podrá iniciar conexiones con nuevos objetos del mundo externo y preparar la acción.

Su hostilidad frente a los padres y al mundo en general se expresa en su desconfianza, en la idea de no ser comprendido, en su rechazo de

la realidad, situaciones que pueden ser ratificadas o no por la realidad misma.

Todo este proceso exige un lento desarrollo en el cual son negados y afirmados sus principios luchando entre su necesidad de independencia y su nostalgia de reaseguramiento y dependencia.

Sufre crisis de susceptibilidad y de celos, exige y necesita vigilancia y dependencia, pero sin transición surge en él un rechazo al contacto con los padres y la necesidad de independencia y de huir de ellos.

La calidad del proceso de maduración y crecimiento de los primeros años, la estabilidad en los afectos, el monto de gratificación y frustración y la gradual adaptación a las exigencias ambientales van a marcar la intensidad y gravedad de estos conflictos. Por ejemplo: obtener una satisfacción suficiente (adecuada en el tiempo) a las necesidades fundamentales de la sexualidad infantil, incluyendo en esta satisfacción tanto la acción como la aclaración oportuna de los problemas, determinará en el adolescente una actitud más libre frente al sexo, del mismo modo que unas relaciones cordiales mantenidas con la madre determinarán en el varón una mayor facilidad en su relación con la mujer; lo mismo ocurrirá en lo que se refiere a la niña con el padre. Sin embargo, la realidad ofrece pocas veces al niño y al adolescente estas satisfacciones adecuadas.

Con todo este conflicto interno que hemos descrito, el adolescente se enfrenta en la realidad con el mundo del adulto, que al sentirse ataca-

do, enjuiciado, molestado y amenazado por esta ola de crecimiento suele reaccionar con una total incomprensión, con rechazo y con un reforzamiento de su autoridad.

En esta circunstancia, la actitud del mundo externo será otra vez decisiva para facilitar u obstaculizar el crecimiento.

En este momento vivimos en el mundo entero el problema de una juventud disconforme a la que se enfrenta con la violencia, y el resultado es sólo la destrucción y el entorpecimiento del proceso.

La violencia de los estudiantes no es sino la respuesta a la violencia institucionalizada de las fuerzas del orden familiar y social.

Los estudiantes se rebelan contra todo nuestro modo de vida rechazando las ventajas tanto como sus males, en busca de una sociedad que ponga la agresión al servicio de los ideales de vida y eduque las nuevas generaciones con vistas a la vida y no a la muerte.

La sociedad en que vivimos con su cuadro de violencia y destrucción no ofrece suficientes garantías de sobrevivencia y crea una nueva dificultad para el desprendimiento. El adolescente, cuyo sino es la búsqueda de ideales y de figuras ideales para identificarse, se encuentra con la violencia y el poder: también los usa.

Tal posición ideológica en el adolescente es confusa y no puede ser de otro modo, porque él está buscando una identidad y una ideología, pero no las tiene. Sabe lo que no quiere mucho más que lo que quiere ser y hacer de sí mismo; por eso los movimientos estudiantiles carecen a

veces de bases ideológicas sólidas. Con frecuencia el adolescente se somete a un líder que lo politiza y, en el fondo, reemplaza a las figuras paternas de las que está buscando separarse, o no tiene más remedio que buscar una ideología propia que le permita actuar de un modo coherente en el mundo en el que le toca vivir, pero si es así, no se le da el tiempo para lograrla, se lo apremia y responde con violencia.

Erikson ha sostenido que la sociedad ofrece al niño una "moratoria social". Por mi parte considero que esta "moratoria social" no es más que el contenido manifiesto de una situación mucho más profunda. Sucede que el niño mismo necesita tomarse su tiempo para hacer las paces con su cuerpo, para terminar de conformarse a él, para sentirse conforme con él. Pero sólo llega a esta conformidad mediante un largo proceso de duelo, a través del cual no sólo renuncia a su cuerpo de niño sino que abandona la fantasía omnipotente de bisexualidad, base de su actividad masturbatoria. Entonces sí puede aceptar que para concebir a un hijo necesita la unión con el otro sexo, y por lo tanto debe renunciar el hombre a las fantasías de procreación dentro de su propio cuerpo y la mujer a la omnipotencia maternal. En una palabra, la única forma de aceptar el cuerpo de otro es aceptar el propio cuerpo.

Pero eso —aparentemente sencillo— se alcanza con dificultad y a lo largo de la vida y se traduce en confusiones, trastornos y sufrimientos para asumir la paternidad o la maternidad. Todo este proceso lo lleva a abandonar su iden-

tividad infantil, y tratar de adquirir una identidad adulta que, cuando se logra, se encarna en una ideología con la cual se enfrentará al mundo circundante.

La dificultad del adulto para aceptar la maduración intelectual y sexual del niño es la base de esa pseudo "moratoria social". Es llamativo, además, que sólo se hayan señalado hasta ahora los aspectos ingratos del crecimiento, dejando de lado la felicidad y la creatividad plenas que caracterizan también al adolescente. El artista adolescente es una figura que la historia de la cultura ofrece repetidamente, y tanto en artistas como en hombres de ciencia se hallan testimonios de que toda su obra de madurez no es sino la concreción de intuiciones y preocupaciones surgidas en esa edad.

Lo específico del conflicto en este período es algo totalmente inédito en el ser: su definición en la procreación y la eclosión de una gran capacidad creativa. Buscan logros y encuentran satisfacciones en ellos. Si estos logros son desestimados por los padres y la sociedad, surgen en el adolescente sufrimiento y rechazo. Pero el diálogo del adulto con el joven no puede iniciarse en este período, debe ser algo que ha ido aconteciendo desde el nacimiento; si no es así, el adolescente no se acerca a los adultos.

Un ejemplo evidente de esta incomprensión: al adolescente se le exige que defina su vocación y, al mismo tiempo, se le reprimen los primeros tanteos de esa vocación. Estos tienen el mismo significado que los primeros tanteos en la vida genital, los que, generalmente, no son valorados.

Diremos que en la situación grupal familiar nos encontramos con lo que Marcuse señala para lo social: "Si son violentos es porque están desesperados."

A más presión parental, a más incomprensión frente al cambio, el adolescente reacciona con más violencia por desesperación y desgraciadamente es en este momento decisivo de la crisis adolescente cuando los padres recurren por lo general a dos medios de coacción: el dinero y la libertad.

Son tres las exigencias básicas de libertad que plantea el adolescente de ambos sexos a sus padres: la libertad en salidas y horarios, la libertad de defender una ideología y la libertad de vivir un amor y un trabajo.

De estas tres exigencias los padres parecen ocuparse en especial de la primera: la libertad en las salidas y horarios, pero más profundamente este control sobre las salidas y horarios significa el control sobre las otras libertades: la ideología, el amor y el trabajo. Cuando los padres responden ante la demanda de libertad restringiendo las salidas o utilizando la dependencia económica "cortando los víveres", es que hubo algo mal llevado en la educación anterior y los padres se declaran vencidos. El adolescente temprano, el niño de alrededor de diez años siente una gran necesidad de ser respetado en su búsqueda desesperada de identidad, de ideología, de vocación y de objetos de amor. Si ese diálogo no se ha establecido es muy difícil que en el momento de la adolescencia haya una comprensión entre los padres y los hijos. Los ado-

lescentes de hoy son mucho más serios, están más informados. Valoran más el amor y el sexo y para ellos éste permite realmente "un acto de amor" y no una mera descarga o un pasatiempo o una afirmación de potencia.

Del mismo modo, la libertad para ellos es mucho más que el hecho de recibir de sus padres la llave de la casa o, incluso, un departamento para vivir solos. Saben que hay otra libertad que atañe a cada uno de ellos y a toda una comunidad de jóvenes.

Muchos padres de la generación del 30 se sienten "modernos" cuando les dan a los hijos la oportunidad de tener aventuras o cuando frente a la hija defienden una ideología que consideran casi revolucionaria: sin embargo la posición de ellos frente al amor no es la misma que la de la generación actual. Existe en la generación pasada una tendencia, que fue muy estudiada por Freud, a considerar un amor rebajado y un amor idealizado. La generación actual es mucho más sana y tiende a integrar en un solo objeto estos dos aspectos.

El amor, además, es sólo un aspecto de la problemática de la adolescencia: hay muchos otros problemas que son profundamente importantes para ellos. Casi todos saben ya que la libertad sexual no es promiscuidad, pero sienten y expresan la necesidad de hacer experiencias que no siempre son totales pero que necesitan vivir. Para que puedan hacerlo tienen que hallar cierta aprobación en sus padres para no sentir culpa. Pero esta aprobación no debe tener por precio la exigencia de que informen so-

bre sus actos. Necesitan vivir sus experiencias para ellos. Exigir información es tan patológico como prohibir y es muy diferente a escuchar. Hemos hablado de la importancia de la palabra, de la necesidad del adolescente de hablar de sus logros. Es frecuente que los padres se quejen de que ya no es posible hablar entre ellos, de que los hijos adolescentes "toman la palabra" y copan la situación. Esos padres no se han dado cuenta de que escuchar es el camino para entender lo que está pasando en sus hijos. El adolescente de hoy, como el de todos los tiempos, está harto de consejos, necesita hacer sus experiencias y comunicarlas, pero no quiere, no le gusta ni acepta que sus experiencias sean criticadas, calificadas, clasificadas ni confrontadas con las de los padres. El adolescente percibe muy bien que cuando los padres comienzan a controlar el tiempo y los horarios están controlando algo más: su mundo interno, su crecimiento y su desprendimiento. El joven sano de hoy está de vuelta de muchas de las problemáticas del adulto, diría que es más posible que el adulto aprenda del adolescente y no que el adulto pueda darle su experiencia.

Los padres necesitarían saber que en la adolescencia temprana mujeres y varones pasan por un período de profunda dependencia donde necesitan de ellos tanto o más que cuando eran bebés, que esa necesidad de dependencia puede ser seguida inmediatamente de una necesidad de independencia, que la posición útil en los padres es la de espectadores activos, no pasivos, y al acceder a la dependencia o a la independencia

no se basen en sus estados de ánimo sino en las necesidades del hijo. Para esto será necesario que ellos mismos vayan viviendo el desprendimiento del hijo otorgándole la libertad y el mantenimiento de la dependencia madura.

Para hacer estos tanteos es necesario dar libertad, y para ello hay dos caminos: dar una libertad sin límites, que es lo mismo que abandonar a un hijo; o dar una libertad con límites, que impone cuidados, cautela, observación, contacto afectivo permanente, diálogo, para ir siguiendo paso a paso la evolución de las necesidades y de los cambios en el hijo.

El mundo moderno reserva a los jóvenes un sitio de nuevas dimensiones si se toma en consideración tanto la fuerza numérica de la juventud como el papel que son capaces de desempeñar en las transformaciones que exige el proceso de desarrollo económico, ideológico y social. Un dato aparecido en la revista de la UNESCO encierra dentro de su verdad matemática un pronóstico que aterrará a más de un adulto. Hablando de la juventud, señala que el aumento de la población del mundo representa la irrupción en escena de una enorme promoción de jóvenes. Se calcula que en el año 2000, el número de habitantes entre quince y veinticuatro años, habrá aumentado de 519 millones a un billón 128 millones.

Me pregunto ahora si las tensiones y conmociones que hoy resultan de la irrupción del joven en la sociedad en que vivimos y su voluntad de intervenir en ella de una manera cada vez

más activa no surgen tanto de la percepción de la fuerza que va adquiriendo como del miedo del adulto.

Lo normal es que participen dentro de las inquietudes que son la esencia misma de la atmósfera social en la que les toca vivir, y si piden la emancipación no lo hacen en la búsqueda de llegar rápidamente al estado de adultos —muy lejos de ello— sino porque necesitan adquirir derechos y libertades similares a los que los adultos tienen, sin dejar por eso su condición de jóvenes.

Toda adolescencia lleva, además del sello individual, el sello del medio cultural, social e histórico desde el cual se manifiesta, y el mundo en que vivimos nos exige más que nunca la búsqueda del ejercicio de la libertad sin recurrir a la violencia para coartarla.

La prevención de una adolescencia difícil debe ser buscada con la ayuda de trabajadores de todos los campos del estudio del hombre que investiguen para nuestra sociedad actual las necesidades y los límites útiles que permitan a un adolescente desarrollarse hasta un nivel adulto. Esto exige un clima de espera y comprensión para que el proceso no se retarde ni se acelere. Es un momento crucial en la vida del hombre y necesita una libertad adecuada con la seguridad de normas que le vayan ayudando a adaptarse a sus necesidades o a modificarlas, sin entrar en conflictos graves consigo mismo, con su ambiente y con la sociedad.

BIBLIOGRAFIA

- Aberastury, A.: "El mundo del adolescente". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, III, 1959, pág. 3.
- "Adolescencia y Psicopatía", en A. Aberastury y otros: *Psicoanálisis de la manía y psicopatía*. Buenos Aires, Paidós, 1966, pág. 339.
- Erikson, E. H.: *Infancia y sociedad*. Buenos Aires, Hormé, 1970.
- "El problema de la identidad del yo". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, V, 1963, págs. 2-3.
- Garbarino, M. F. de y Garbarino, H.: "La adolescencia". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, IV, nº 3, años 1961-62.
- Garbarino, M. F. de: "Identidad y adolescencia". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, V, nº. 2-3, 1963.
- Grinberg, L.: "El individuo frente a su identidad". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, XVII, nº 4, 1961.
- Josselyn, Irene M.: *El adolescente y su mundo*. Buenos Aires, Psique.
- Pearson, G.: *La adolescencia y el conflicto de las generaciones*. Buenos Aires, Siglo Veinte.

Capítulo 2

EL SINDROME DE LA ADOLESCENCIA NORMAL

por MAURICIO KNOBEL

NORMALIDAD Y PATOLOGIA EN LA ADOLESCENCIA

COINCIDO plenamente con los autores que, al estudiar la adolescencia, destacan la importancia de los factores socioculturales en la determinación de la fenomenología expresiva en esta edad de la vida. Por supuesto, lo mismo cabría señalar para cualquier otra etapa vital del ser humano. Es por ello que considero que, en general, cuando se establecen criterios diferenciales de tipo social, sociocultural, económico, etcétera, como predominantes en el estudio de la adolescencia, se está escotomizando, por lo menos en parte, el problema básico fundamental de la *circunstancia evolutiva* que significa esta etapa, con todo su bagaje biológico individualizante.

Estudiar la adolescencia, tan sólo como una característica social determinada sería realizar

una abstracción muy parcial de todo un proceso humano que es necesario considerar dentro de una verdadera totalidad del conocimiento de la psicología evolutiva.

Considero que, de acuerdo con lo que acabo de señalar, este período de la vida, como todo fenómeno humano, tiene su exteriorización característica dentro del marco cultural-social en el cual se desarrolla. Así, debemos por una parte considerar la adolescencia como un fenómeno específico dentro de toda la historia del desarrollo del ser humano, y, por otra parte, estudiar su expresión circunstancial de tipo geográfico y temporal histórico-social.

Ya G. Stanley Hall sostenía que el desarrollo y las concomitancias de conducta del mismo se producen "de acuerdo con pautas inevitables, inmutables, universales e independientes del ambiente sociocultural" (Muuss) (50). Aunque esta idea ha sido sumamente discutida y refutada, en especial por los psicólogos sociales, vemos que el concepto básico pasa por períodos de revitalización y que aun investigadores altamente calificados del campo psicológico social, como Sherif y Sherif, reconocen que "los principios psicológicos fundamentales que obran en todos estos ambientes sociales podrían ser los mismos" (61).

No hay duda alguna de que el elemento sociocultural influye con un determinismo específico en las manifestaciones de la adolescencia, pero también tenemos que tener en cuenta que tras esa expresión sociocultural existe un basamento psicobiológico que le da características univer-

sales. Pretender que el redespertar de la sexualidad en el nivel de madurez genital no es un fenómeno básico de la adolescencia en nuestro medio, sería como pretender que el proceso mismo de la civilización no acontece en la realidad y que toda la circunstancia socioeconómica de desarrollo no ha sucedido y que la civilización no ha ocurrido como un fenómeno que incide directamente sobre la personalidad. Sería también admitir que no ha habido una sexualidad previa y que la personalidad es un sinónimo directo de *madurez* únicamente. Según este criterio se podría arribar a la conclusión, absurda por cierto desde el punto de vista evolutivo, de que sólo los adultos tendrían personalidad y, también por eso, sólo ellos tendrían sexualidad.

Teniendo en cuenta estos conceptos, al aproximarnos a la adolescencia en *nuestro medio* y con la *objetividad* necesaria para el investigador —que implica, por supuesto, considerar la situación actual del propio investigador y del objeto investigado—, nos ubicamos en el aquí y ahora del mundo adolescente, como un *presente* actual, reconociendo que por razones de ideología científica tenemos un preconcepto que define nuestro marco referencial teórico.

La experiencia psicoanalítica del tratamiento de adolescentes que concurren o son traídos a la consulta, muchas veces por consideraciones no sólo de tipo patológico en el sentido estricto del término, sino de conducta *considerada* como "anormal" dentro del marco familiar o social de nuestro medio, y la experiencia psicoanalítica con adolescentes con verdaderos trastornos psi-

copatológicos, que no son sino la expresión magnificada, distorsionada, pero que ocurre en la evolución normal, nos brinda otra fuente de información. Si a ello unimos los grupos de padres, los tratamientos de adultos en donde se hace una reconstrucción del mundo de su adolescencia, veremos otra perspectiva más de lo que significa este período evolutivo. Debemos añadir a esto la experiencia con grupos de orientación de padres, los de orientación para madres y grupos de discusión de jóvenes y de adultos, como otro de los aspectos significativos para comprender lo que ocurre con la adolescencia.

Por otra parte, también he investigado mediante la utilización de cuestionarios, tests psicológicos, grupos de discusión con adolescentes, completando esto con investigaciones sistemáticas desde el punto de vista de la indagación psicológica, lo que me ha permitido arribar a algunas conclusiones que son las que trato de unificar y transmitir aquí (30) (31) (35) (36) (40) (41).

Conuerdo con Sherif y Sherif (61) en que la adolescencia está caracterizada fundamentalmente por ser un período de transición entre la pubertad y el estadio adulto del desarrollo y que en las diferentes sociedades este período puede variar como varía el reconocimiento de la condición adulta que se le da al individuo. Sin embargo, existe, como base de todo este proceso, una circunstancia especial, que es la característica propia del proceso adolescente en sí, es decir, una situación que obliga al individuo a re-

formularse los conceptos que tiene acerca de sí mismo y que lo lleva a abandonar su autoimagen infantil y a proyectarse en el futuro de su adultez. El problema de la adolescencia debe ser tomado como un proceso universal de cambio, de desprendimiento, pero que se teñirá con connotaciones externas peculiares de cada cultura que lo favorecerán o dificultarán, según las circunstancias.

Abstraer la adolescencia del continuum que es el proceso evolutivo y estudiarla tan sólo como una etapa preparatoria para la madurez, significa para mí un adultomorfismo que es necesario superar, ya que induce a prejuicios de investigación, a los que después resulta difícil substraerse. Esto no implica negar que el sino de la adolescencia es integrarse en ese mundo del adulto en donde tendrá que aceptar su nueva configuración de ser humano, su morfología adulta y la capacidad del ejercicio de su genitalidad para la procreación.

Enfocado así el problema de la adolescencia, esta metodología podría aparecer poco sistemática. Sin embargo, debemos tener presente, como lo han señalado Thorpe y Johnson (66) que algunos estudios muy sistemáticos pueden estereotipar al adolescente individual y dar un cuadro equivocado.

En trabajos anteriores (30) (32) (33) (34) (35) he llegado a definir a la adolescencia como: "la etapa de la vida durante la cual el individuo busca establecer su identidad adulta, apoyándose en las primeras relaciones objetales-paren-

tales internalizadas y verificando la realidad que el medio social le ofrece, mediante el uso de los elementos biofísicos en desarrollo a su disposición y que a su vez tienden a la estabilidad de la personalidad en un plano genital, lo que sólo es posible si se hace el duelo por la identidad infantil". Por supuesto, doy por sobreentendido que cuando hablo de identidad, como ya lo he indicado, hablo de un continuum y que no me estoy refiriendo a la capacidad que tiene el adolescente para lograr una identidad determinada, como veremos enseguida.

El proceso de duelo es básico y fundamental y se expone en los capítulos que, con la inspiración y siguiendo las ideas fundamentales de Arminda Aberastury, se presentan en este libro.

Pienso que la estabilización de la personalidad no se logra sin pasar por un cierto grado de conducta "patológica" que, según mi criterio, debemos considerar inherente a la evolución *normal* de esta etapa de la vida.

Frente a un mundo tan cambiante y a un individuo que, como el adolescente, presenta una cantidad de actitudes también cambiantes, éste no puede sino manejarse en una forma muy especial, que de ninguna manera puede compararse siquiera con lo que sería la verdadera normalidad en el concepto adulto del término.

El concepto de *normalidad* no es fácil de establecer, ya que en general varía en relación con el medio socioeconómico, político y cultural, como ya lo he indicado. Por lo tanto, resulta generalmente una abstracción con validez operacional para el investigador que, ubicado en un

medio determinado, se rige por las normas sociales vigentes en forma implícita o explícita.

He señalado en otra oportunidad (32) que la normalidad se establece sobre las pautas de adaptación al medio, y que no significa *sometimiento al mismo*, sino más bien la capacidad de utilizar los dispositivos existentes para el logro de las satisfacciones básicas del individuo en una interacción permanente que busca modificar lo displacentero o lo inútil a través del logro de sustituciones para el individuo y la comunidad. Por supuesto que, como lo destaca J. A. Merloo (45), la personalidad bien integrada no es siempre la mejor adaptada, pero tiene, sí, la fuerza interior como para advertir el momento en que una aceptación temporaria del medio puede estar en conflicto con la realización de objetivos básicos, y puede también modificar su conducta de acuerdo con sus necesidades circunstanciales. Este es el aspecto de la conducta en que el adolescente en términos generales puede fallar. Al vivir una etapa fundamental de transición, su personalidad tiene características especiales que nos permiten ubicarlo entre las llamadas personalidades "marginales", en el sentido de la adaptación y la integración que acabamos de esbozar. Anna Freud (21) dice que es muy difícil señalar el límite entre lo normal y lo patológico en la adolescencia, y considera que, en realidad, toda la conmoción de este período de la vida debe ser estimada como normal, señalando además que sería *anormal* la presencia de un equilibrio estable durante el proceso adolescente.

Las luchas y rebeldías externas del adolescente no son más que reflejos de los conflictos de dependencia infantil que íntimamente aún persisten. Los procesos de duelo obligan a actuaciones que tienen características defensivas, de tipo psicopático, fóbico o contrafóbico, maniaco o esquizoparanoide, según el individuo y sus circunstancias. Es por ello que considero que puedo hablar de una verdadera "patología normal" del adolescente, en el sentido de que precisamente éste exterioriza sus conflictos de acuerdo con su estructura y sus experiencias.

Así como sabemos que hay fantasías psicóticas en el bebe —por nuestra experiencia clínica psicoanalítica— vemos en la adolescencia la exteriorización, modificada por la experiencia previa, de los remanentes de esas fantasías.

Para Erikson existe en la adolescencia un cambio que es fundamentalmente crítico. Este autor habla de tres estadios en el proceso evolutivo, que sintetiza en: *niño*, *adolescente* y *adulto*, basándose en conceptos de Piaget, y aceptando que uno no es un adulto adulto (ni fue un niño niño, ni se convirtió en adolescente adolescente) sin lo que Piaget llama "conflicto" y que él prefiere llamar "crisis" (17). Destaca entonces que, "de hecho, para cada unidad de éstas, corresponde una crisis mayor, y cuando, por cualquier razón, una crisis tardía es severa, se reviven las crisis más tempranas". La adolescencia adolescente es entonces, según este criterio, también conflictiva, como fácilmente se puede inferir.

Sobre estas bases, y teniendo en cuenta el criterio evolutivo de la psicología, considero que la adolescencia, más que una etapa estabilizada, es proceso, desarrollo, y que por lo tanto su aparente patología debe admitirse y comprenderse para ubicar sus desviaciones en el contexto de la realidad humana que nos rodea.

El adolescente atraviesa por desequilibrios e inestabilidad extremas de acuerdo con lo que conocemos de él. En nuestro medio cultural, nos muestra períodos de elación, de ensimismamiento, alternando con audacia, timidez, incoordinación, urgencia, desinterés o apatía, que se suceden o son concomitantes con conflictos afectivos, crisis religiosas en las que se puede oscilar del ateísmo anárquico al misticismo fervoroso, intelectualizaciones y postulaciones filosóficas, ascetismo, conductas sexuales dirigidas hacia el heteroerotismo y hasta la homosexualidad ocasional. Todo esto es lo que yo he llamado una entidad semipatológica, o si se prefiere, un "síndrome normal de la adolescencia" (30) (32) (34) (35) (36). Debo aquí también señalar, parentéticamente, que estas características no son exclusivamente nuestras, de nuestro medio particular, sino que es posible verlas en distintas culturas y dentro de distintos marcos socioeconómicos de vida como lo he podido apreciar en el Seminario Psiquiátrico Transcultural sobre Adolescencia realizado en mayo de 1968 por la Asociación Norteamericana de Psiquiatría durante su 124º Congreso Anual (37). La mayor o menor anormalidad de este síndrome normal al que acabo de referirme, se deberá, en gran

parte, a los procesos de identificación y de duelo que haya podido realizar el adolescente. En la medida en que haya elaborado los duelos, que son en última instancia los que llevan a la identificación, el adolescente verá su mundo interno mejor fortificado y, entonces, esta normal anormalidad será menos conflictiva y por lo tanto menos perturbadora.

EL SINDROME NORMAL DE LA ADOLESCENCIA

Sintetizando las características de la adolescencia, podemos describir la siguiente "sintomatología" que integraría este síndrome: 1) búsqueda de sí mismo y de la identidad; 2) tendencia grupal; 3) necesidad de intelectualizar y fantasear; 4) crisis religiosas que pueden ir desde el ateísmo más intransigente hasta el misticismo más fervoroso; 5) desubicación temporal, en donde el pensamiento adquiere las características de pensamiento primario; 6) evolución sexual manifiesta que va desde el autoerotismo hasta la heterosexualidad genital adulta; 7) actitud social reivindicatoria con tendencias anti o asociales de diversa intensidad; 8) contradicciones sucesivas en todas las manifestaciones de la conducta, dominada por la acción, que constituye la forma de expresión conceptual más típica de este período de la vida; 9) una separación progresiva de los padres, y 10) constantes fluctuaciones del humor y del estado de ánimo.

Deliberadamente acepto la contradicción que significa el asociar *síndrome*, que implica entidad clínica, con *normalidad*, que significaría estar fuera de la patología. Sin embargo, el convivir social y nuestras estructuras institucionales nos hacen ver que las normas de conducta están establecidas, manejadas y regidas por los individuos adultos de nuestra sociedad. Es sobre esta intercorrelación generacional, y desde la mira regente y directiva, que podemos, y creo yo que *debemos*, estar capacitados para observar la conducta juvenil como algo que aparentemente es seminormal o semipatológico, pero que sin embargo, frente a un estudio más objetivo, desde el punto de vista de la psicología evolutiva y de la psicopatología, aparece realmente como algo coherente, lógico y normal.

Por otro lado, esta manera de encarar el problema permite aceptar los desajustes y desencuentros, valorarlos con mayor corrección y utilizar el impacto generacional no como fuente de conflictos negativos, sino más bien como encuentro inquietante que facilite el desarrollo de la humanidad.

Veamos ahora las características fundamentales de las situaciones antes enunciadas como "síntomas".

1. Búsqueda de sí mismo y de la identidad

Establecido el aparato psíquico inmediatamente después del nacimiento (28) y aceptando además que el psiquismo está ya estructurado de una determinada manera durante el período

embrionario y fetal (54), vemos que se comienzan a elaborar las ansiedades básicas, substrato de la personalidad desde el nacimiento mismo, en un proceso psicológico que en un continuum llevará al individuo hacia la madurez.

El período infantil y el de la adolescencia no deben ser vistos, según ya lo he indicado, sólo como una preparación para la madurez, sino que es necesario enfocarlos con un criterio del momento actual del desarrollo y de lo que significa el ser humano en esas etapas de la vida. Es lógico aceptar que el sino de la adolescencia es entrar al mundo del adulto, pero tenemos que reconocer que la *identidad* es una característica de cada momento evolutivo. Como para nosotros la adolescencia es también un momento del desarrollo, una etapa más en el proceso total del vivir, debemos tratar de observar cuáles son las características fundamentales que aparecen en ese período vital.

Es preciso destacar que el poder llegar a utilizar la genitalidad en la procreación es un hecho biopsicodinámico que determina una modificación esencial en el proceso del logro de la identidad adulta y que caracteriza la turbulencia e inestabilidad de la identidad adolescente. El acontecimiento de la maduración genital, psicodinámicamente considerado, junto con la reactivación de todas las etapas pregenitales (en las que por supuesto es preciso incluir la *fase genital previa* (3) (4) (5) que es la que marca gran parte de las modalidades de conducta del adolescente y luego del adulto) de la evolución

libidinal y con la interacción tumultuosa de los procesos psicológicos básicos de disociación, proyección, introyección e identificación, irán estableciendo, de una manera algo confusa al principio y más estructurada después, la personalidad más o menos definida. Es decir, se logrará llegar a una verdadera cristalización del arduo proceso de individuación, que sería una de las funciones esenciales de esta etapa de la vida. El niño entra en la adolescencia con dificultades, conflictos e incertidumbres que se magnifican en este momento vital, para salir luego a la madurez estabilizada con determinado carácter y personalidad adultos. Se logra lo que Erikson (15) ha definido como una entidad yoica, una entidad personal, y lo que Nixon (51) ha denominado la autocognición. Según este último autor, la autocognición es un fenómeno esencialmente biológico y se relaciona con el concepto de "sí mismo" (*self*) o sea, el símbolo que cada uno posee de su propio organismo. Entiendo que esto se produce en realidad en todas las etapas del desarrollo y que adquiere especiales características en la adolescencia. La idea del sí mismo o del "self" implica algo mucho más amplio en todas las etapas del desarrollo. Es el conocimiento de la individualidad biológica y social, del ser psicofísico en su mundo circundante que tiene características especiales en cada edad evolutiva. La consecuencia final de la adolescencia sería un conocimiento del sí mismo como entidad biológica en el mundo, el todo biopsicosocial de cada ser en ese momento de la vida. Al concepto del "self" como entidad psico-

lógica, se une el conocimiento del substrato físico y biológico de la personalidad. El cuerpo y el esquema corporal son dos variables íntimamente interrelacionadas que no deben desconocerse en la ecuación del proceso de definición del *sí mismo* y de la identidad.

Puede aceptarse que en la pubertad ocurran cambios físicos en tres niveles fundamentales (9) que son: un primer nivel donde la activación de las hormonas gonadotróficas de la hipófisis anterior produce el estímulo fisiológico necesario para la modificación sexual que ocurre en este período de la vida. En el segundo nivel tenemos las consecuencias inmediatas de la secreción de la gonadotropina hipofisiaria y de la prosecución de la secreción de la hormona de crecimiento de la misma hipófisis: la producción de óvulos y espermatozoides maduros y también el aumento de la secreción de hormonas adrenocorticales como resultado de la estimulación de la hormona adrenocorticotrófica. En el tercer nivel se encuentra el desarrollo de las características sexuales primarias (con el agrandamiento del pene, los testículos, o el útero y la vagina) y el desarrollo de las características sexuales secundarias (con la maduración de los pechos, la modificación de la cintura escapularia y pelviana, el crecimiento del vello pubiano, los cambios de voz), a los que debemos agregar las modificaciones fisiológicas del crecimiento en general y de los cambios de tamaño, peso y proporción del cuerpo que se dan en este período vital. En nuestro medio, Schteingart (58) ha presentado una descripción exhaustiva de lo que

ocurre con las modificaciones endocrinas en este período de la vida.

El esquema corporal es una resultante intrapsíquica de la realidad del sujeto, es decir, es la representación mental que el sujeto tiene de su propio cuerpo como consecuencia de sus experiencias en continua evolución. Esta noción del individuo se va estableciendo desde los primeros movimientos dinámicos de disociación, proyección e introyección que permiten el conocimiento del "self" y del mundo exterior, es decir, del mundo interno y del mundo externo (39). Aquí son de fundamental importancia los procesos de duelo con respecto al cuerpo infantil perdido, que obligan a una modificación del esquema corporal y del conocimiento físico de sí mismo en una forma muy característica para este período. Por supuesto, esto va ocurriendo con características diferentes desde el comienzo mismo de la vida, pero cristaliza, en virtud de lo recién indicado, de una manera muy significativa y especial en la adolescencia. (Los procesos de duelo son descriptos ampliamente más adelante en este libro.)

El logro de un "autoconcepto" es lo que también Sherif y Sherif (61) llaman el yo, desde un punto de vista psicológico no-psicoanalítico señalando que este autoconcepto se va desarrollando a medida que el sujeto va cambiando y se va integrando con las concepciones que acerca de él mismo tienen muchas personas, grupos e instituciones, y va asimilando todos los valores que constituyen el ambiente social. Concomitantemente, se va formando este sentimiento de

identidad, como una verdadera experiencia de "autoconocimiento" (24). El psicoanálisis confirma estas ideas y también acepta que es necesario integrar todo lo pasado, lo experimentado, lo internalizado (y también lo desechado), con las nuevas exigencias del medio y con las urgencias instintivas o, si se prefiere, con las modalidades de relación objetual establecidas en el campo dinámico de las relaciones interpersonales. El adolescente necesita darle a todo esto una continuidad dentro de la personalidad, por lo que se establece una búsqueda de un nuevo sentimiento de continuidad y mismidad (16). Para Erikson (18), el problema clave de la identidad consiste en la capacidad del yo de mantener la mismidad y la continuidad frente a un destino cambiante, y por ello la identidad no significa para este autor un sistema interno, cerrado, impenetrable al cambio, sino más bien un proceso psicosocial que preserva algunos rasgos esenciales tanto en el individuo como en su sociedad.

Para Sorenson (62), la identidad es la creación de un sentimiento interno de mismidad y continuidad, una unidad de la personalidad sentida por el individuo y reconocida por otro, que es el "saber quién soy".

Grinberg (24) dice que el sentimiento de identidad "implica la noción de un yo que se apoya esencialmente en la continuidad y semejanza de las fantasías inconscientes referidas primordialmente a las sensaciones corporales, a las tendencias y afectos en relación con los objetos del mundo interno y externo y a las ansiedades co-

rrespondientes, al funcionamiento específico en calidad de intensidad de los mecanismos de defensa y al tipo particular de identificaciones asimiladas resultantes de los procesos de introyección y proyección".

De la infancia no se pasa al pleno actuar genital procreativo, sino que se atraviesa primero por lo que Erikson (15) ha llamado "la moratoria psicosexual", donde no se requieren roles específicos y se permite experimentar con lo que la sociedad tiene para ofrecer con el fin de permitir la ulterior definición de la personalidad.

En esta búsqueda de identidad, el adolescente recurre a las situaciones que se presentan como más favorables en el momento. Una de ellas es la de la uniformidad, que brinda seguridad y estima personal. Ocurre aquí el proceso de doble identificación masiva, en donde todos se identifican con cada uno, y que explica, por lo menos en parte, el proceso grupal de que participa el adolescente y del que enseguida he de ocuparme.

En ocasiones, la única solución puede ser la de buscar lo que el mismo Erikson (15) ha llamado también "una identidad negativa", basada en identificaciones con figuras negativas pero reales. Es preferible ser alguien, perverso, indeseable, a no ser nada. Esto constituye una de las bases del problema de las pandillas de delinquentes, los grupos de homosexuales, los adictos a las drogas, etcétera. La realidad suele ser mezquina en proporcionar figuras con las que se pueden hacer identificaciones positivas y entonces, en la necesidad de tener una identidad,

se recurre a ese tipo de identificación, anómalo pero concreto. Esto ocurre muchas veces, sobre todo cuando ya hubo trastornos en la adquisición de la identidad infantil. Además, cuando los procesos de duelo por los aspectos infantiles perdidos se realizan en forma patológica, la necesidad del logro de una identidad suele hacerse sumamente imperiosa para poder abandonar la del niño, que se sigue manteniendo.

Grinberg (24) destaca la posibilidad de la disconformidad con la personalidad adquirida y el deseo de lograr otra por medio de la identificación proyectiva. Esta puede ser movilizadora por la envidia, uno de los sentimientos más importantes que entran en juego en las relaciones de objeto (29). Las primeras etapas del desarrollo se caracterizan porque el bebe puede envidiar el pecho que no lo satisface y fantasear con su destrucción de acuerdo con la teoría kleiniana. Es éste un sentimiento negativo, ya que busca apoderarse del objeto y dañarlo. Se impide así la escisión del mismo en bueno y malo y se crean situaciones confusionales (59). Sobre esta base, los atributos masculinos o femeninos pueden llegar a ser envidiados indistintamente, y la *identidad sexual* del sujeto se perturba dificultando notablemente la solución del proceso edípico adolescente. Puede ocurrir aquí la "identificación con el agresor", en la cual el adolescente adopta las características de personalidad de quienes han actuado agresiva y persecutoria-mente con él.

Existen también problemas de seudoidentidad, expresiones manifiestas de lo que se qui-

siera o pudiera ser y que ocultan la identidad latente, la verdadera (24).

Como se verá en el capítulo sobre los mecanismos de defensas predominantes en los adolescentes, la angustia que se despierta en éstos, vinculada con el trastorno de la percepción del curso del tiempo, puede impulsarlos a iniciar precozmente su vida genital o a sustitutos socializados de ésta, aun antes de haber aceptado su identidad genital, como si no pudiesen esperar a que ésta llegue. En esta premura, que puede interpretarse como una forma maniaca de buscar la identidad adulta, es posible llegar a la adquisición de "ideologías" que son sólo defensivas o, en muchos casos, tomadas en préstamo de los adultos, las que no están auténticamente incorporadas al yo.

Todo lo antedicho es lo que puede llevar al adolescente a adoptar distintas identidades. Las *identidades transitorias* son las adoptadas durante un cierto período, como por ejemplo el lapso de machismo en el varón o de la precoz seducción histeroide en la niña —descrita con precisión en la novela *Lolita*, de Novokof—, del adolescente "bebe" o del adolescente muy "serio, muy adulto"; las *identidades ocasionales* son las que se dan frente a situaciones nuevas, como por ejemplo en el primer encuentro con una pareja, el primer baile, etcétera, y las *identidades circunstanciales* son las que conducen a identificaciones parciales transitorias que suelen confundir al adulto, sorprendido a veces ante los cambios en la conducta de un mismo adolescente que recurre a este tipo de

identidad como por ejemplo, cuando el padre ve a su hijo adolescente, de acuerdo a como lo ven en el colegio, en el club, etcétera, y no como él habitualmente lo ve en su hogar, y en su relación con él mismo.

Este tipo de "identidades" son adoptadas sucesiva o simultáneamente por los adolescentes, según las circunstancias. Son aspectos de la *identidad adolescente*, que estoy describiendo, y que surgen como una de sus características fundamentales, relacionadas con el proceso de separación —que ulteriormente podrá ser definitiva—, de las figuras parentales, con aceptación de una identidad independiente.

Debemos tener en cuenta también que esto puede interpretarse como el resultado del manejo de las ansiedades persecutorias y de las capacidades autodestructivas que obligan a la fragmentación del yo y de los objetos con los cuales éste se pone en contacto, con la consiguiente proyección al exterior de estas imágenes amenazantes. No pocas veces se experimenta el desprendimiento como una prueba definitiva para el yo, puesto que sólo perdiendo los aspectos que resultan ya inútiles (padres infantiles persecutorios destruidos) se pueden integrar otros nuevos dentro de la personalidad. Mientras esto se realiza, se configura un sentimiento depresivo que precipita un anhelo de completarse que en muchos individuos produce un "sentimiento anticipatorio de ansiedad y depresión referida al yo", como dice Grinberg (24), y que obliga a aferrarse a precarios estados de identidad con el fin de preservarse de alteraciones muy temidas.

Según este autor, son microdepresiones y microduelos que previenen y preparan al yo ante el peligro de depresiones más severas, como son las que ocurren en los grandes cambios de personalidad y que se producen ante acontecimientos importantes de la vida, que implican estructuraciones más permanentes y progresivas.

En la adolescencia todo esto ocurre con una intensidad muy marcada.

La situación cambiante que significa la adolescencia obliga a reestructuraciones permanentes externas e internas que son vividas como intrusiones dentro del equilibrio logrado en la infancia y que obligan al adolescente, en el proceso para lograr su identidad, a tratar de refugiarse férreamente en su pasado mientras trata también de proyectarse intensamente en el futuro.

Realiza un verdadero proceso de duelo por el cual al principio niega la pérdida de sus condiciones infantiles y tiene dificultades en aceptar las realidades más adultas que se le van imponiendo, entre las que, por supuesto, se encuentran fundamentalmente las modificaciones biológicas y morfológicas de su propio cuerpo.

Algunos autores separan la pubertad de la adolescencia, por cuanto esta última implicaría algo más que los cambios físicos (50), pero no hay duda alguna de que estos cambios participan activamente del proceso adolescente, al punto de formar con él un todo indehiscente. El muchacho presenta el crecimiento del pelo axilar, pubiano y facial, el cambio de voz, el incremento muscular y el comienzo de la emisión se-

minal. La niña también muestra la aparición del pelo axilar y pubiano, la acentuación de las caderas, el desarrollo del busto, y el comienzo de la ovulación y de la menstruación (9). Todos estos cambios que se van sucediendo crean gran preocupación. A veces la ansiedad es tan grande que surge lo que ya he señalado como disconformidad con la propia identidad, que se proyecta entonces al organismo. Un grupo de varones y niñas, interrogados acerca de si desearían un cambio de su aspecto físico, contestó en su gran mayoría que sí (49), lo que demuestra cómo el adolescente vive estos cambios corporales como perturbadores. La incoordinación muscular, debido al desparejo crecimiento osteomuscular, el aspecto desmañado, la falta de similitud con los que lo rodean en el medio familiar, despiertan en el adolescente sentimientos de extrañeza e insatisfacción. Esto contribuye a crear ese sentimiento de "despersonalización" unido por supuesto a la elaboración psicológica de la identidad que estoy describiendo. Hay aquí ciertos patrones de aspecto físico que se tratan de imitar y de seguir en las identificaciones, y que están culturalmente determinados. Es muy acertada la afirmación de Mira y López (46) en el sentido de que en nuestro medio cultural se observa en torno, por ejemplo, del vello facial, toda una gran preocupación. Surge lo que este autor llama la "tricotofilia" del varón y la "tricotofobia" de la muchacha.

Estos cambios son percibidos no sólo en el exterior corporal sino como una *sensación* general de tipo físico. Hay, como dice Aníbal Pon-

ce (53), una verdadera cenestesia, subjetiva e inexpresable.

Los procesos de identificación que se han ido llevando a cabo en la infancia mediante la incorporación de imágenes parentales buenas y malas, son los que permitirán una mejor elaboración de las situaciones cambiantes que se hacen difíciles durante el período adolescente de la vida. El proceso de duelo que se efectúa, como todo proceso de duelo, necesita tiempo para ser realmente elaborado y no tener las características de una actuación de tipo maniaco o psicopático, lo que explica que el verdadero proceso de entrar y salir de la adolescencia sea tan largo y no siempre plenamente logrado.

La búsqueda incesante de saber qué identidad adulta se va a constituir es angustiante, y las fuerzas necesarias para superar estos microduelos y los duelos aun mayores de la vida diaria, se obtienen de las primeras figuras introyectadas que forman la base del yo y del superyo, de este mundo interno del ser. La integración del yo se produce por la elaboración del duelo por partes de sí mismo y por sus objetos (25). Un buen mundo interno surge de una relación satisfactoria con los padres internalizados y de la capacidad creadora que ellos permiten, como lo señala Arminda Aberastury (2), quien destaca que ese mundo interno, que posibilita una buena conexión interior, una huida defensiva en la cual el adolescente "mantiene y refuerza su relación con los objetos internos y elude los externos", es el que facilita un buen reajuste

emocional y el establecimiento de la identidad adolescente.

Sobre la base de lo ya dicho, creo lógico señalar que la *identidad adolescente* es la que se caracteriza por el cambio de relación del individuo, básicamente con sus padres. (Me refiero a la relación con los padres externos reales y a la relación con las figuras parentales internalizadas.) Por supuesto, la separación de éstos comienza desde el nacimiento, pero es durante la adolescencia cuando los seres humanos, como dicen Gallagher y Harris (23), “quieren desesperadamente ser ellos mismos”. Como estos mismos autores señalan, “luchar por alcanzar la madurez no es lo mismo que ser maduro”. En la adolescencia el individuo da un nuevo paso para estructurarse en la preparación para la adultez. Dentro del continuum de su identidad, los elementos biológicos introducen una modificación irreversible. Ya no se volverá a tener jamás el cuerpo infantil. Aunque todo el proceso evolutivo está jalonado de microduelos, aquí se inicia un duelo mucho más evidente y significativo, al cual acompañarán los duelos por el rol y la identidad infantiles (junto con el duelo por la bisexualidad) y por esos padres de la infancia a quienes tanto se los necesitaba y de los cuales se podía depender.

La presencia externa, concreta, de los padres *empieza* a hacerse innecesaria. Ahora la separación de éstos no sólo es posible, sino ya necesaria. Las figuras parentales están internalizadas, incorporadas a la personalidad del sujeto, y éste puede iniciar su proceso de *individuación*.

El volumen, la configuración y la calidad de las figuras parentales internalizadas adecuadamente, enriquecieron al yo, reforzaron sus mecanismos defensivos útiles, permitieron el desarrollo de sus áreas más sanas o, si se prefiere, de las no psicóticas, estructuraron el superyo, y lo dotaron de las necesarias características encauzadoras de la vida sexual que *comienza a poder exteriorizarse en la satisfacción genital*, ahora biológicamente posible. El nivel genital adulto, con características procreativas, todavía no se ha logrado plenamente (Ashley Montagu nos habla de la “esterilidad del organismo adolescente”), pero el llamado de la sexualidad a la satisfacción genital, que comenzó ya en la fase genital previa, es ahora una realidad fáctica. Esa es otra de las situaciones de cambio que se produce en la adolescencia, y que influyen en las características de cómo es en ese entonces la búsqueda de sí mismo y de la identidad.

2. La tendencia grupal

Ya he señalado que, en su búsqueda de la identidad adolescente, el individuo, en esa etapa de la vida, recurre como comportamiento defensivo a la búsqueda de *uniformidad*, que puede brindar seguridad y estima personal. Allí surge el espíritu de grupo al que tan afecto se muestra el adolescente. Hay un proceso de sobreidentificación masiva, en donde todos se identifican con cada uno. A veces el proceso es tan intenso que la separación del grupo parece casi imposible y el individuo pertenece más al grupo de

coetáneos que al grupo familiar. No puede apartarse de la "barra" ni de sus caprichos o modas. Por eso se inclina a los dictados del grupo, en cuanto a modas, vestimenta, costumbres, preferencias de distinto tipo, etcétera.

En otro nivel, las actuaciones del grupo y de sus integrantes representan la oposición a las figuras parentales y una manera activa de determinar una identidad distinta de la del medio familiar. En el grupo el individuo adolescente encuentra un reforzamiento muy necesario para los aspectos cambiantes del yo que se producen en este período de la vida.

De esta manera, el fenómeno grupal adquiere una importancia trascendental ya que se transfiere al grupo gran parte de la dependencia que anteriormente se mantenía con la estructura familiar y con los padres en especial. El grupo constituye así la transición necesaria en el mundo externo para lograr la individuación adulta. El grupo resulta útil para las disociaciones, proyecciones e identificaciones que siguen ocurriendo en el individuo, pero con características que difieren de las infantiles. Después de pasar por la experiencia grupal, el individuo podrá empezar a separarse de la "barra" y asumir su identidad adulta. La utilización de los mecanismos esquizoparanoides es muy intensa durante la adolescencia, y el fenómeno grupal favorece la instrumentación de los mismos. Cuando durante este período de la vida el individuo sufre un *fracaso de personificación*, producto de la necesidad de dejar rápidamente los atributos infantiles y asumir una cantidad de obligacio-

nes y responsabilidades para las cuales aún no está preparado, recurre al grupo como un refuerzo para su identidad. Se ve también que una de las luchas más despiadadas es la que se lleva a cabo en defensa de la independencia en un momento en que los padres desempeñan todavía un papel muy activo en la vida del individuo. Por eso es que en el fenómeno grupal el adolescente busca un líder al cual someterse, o si no, se erige él en líder para ejercer el poder del padre o de la madre.

Precisamente, también por los mismos mecanismos de tipo esquizoide a los que me estoy refiriendo, el individuo siente que están ocurriendo procesos de cambio, en los cuales él no puede participar en forma activa, y el grupo viene a solucionar entonces gran parte de sus conflictos. Sin embargo, en virtud de la estructura esquizoide que caracteriza este fenómeno grupal, su propia personalidad suele quedar fuera de todo el proceso que está ocurriendo, especialmente en las esferas del pensamiento, como se verá en el capítulo correspondiente, y el individuo se siente totalmente irresponsable por lo que ocurre a su alrededor. Parecería que el adolescente no tuviese nada que ver con lo que hace, lo que puede explicar actitudes que aparentemente implican una gran dependencia de los adultos pero que se contradicen inmediatamente con demandas y pedidos de ayuda que revelan la extrema dependencia que en realidad tienen.

El fenómeno grupal facilita la *conducta psicopática normal en el adolescente* como se enfa-

tizará en otros capítulos de este texto. El acting-out motor, producto del descontrol frente a la pérdida del cuerpo infantil, se une al acting-out afectivo, producto del descontrol del rol infantil que se está perdiendo; aparecen entonces conductas de desafecto, de crueldad con el objeto, de indiferencia, de falta de responsabilidad, que son típicas de la psicopatía, pero que encontramos en la adolescencia normal. Como se enfatizará luego, la diferencia fundamental reside en que en el psicópata esta conducta es permanente y cristalizada, mientras que en el adolescente normal es un momento circunstancial y transitorio que se somete a rectificación por la experiencia. Por supuesto, también se dan manifestaciones de conducta neurótica o psicótica de distinta naturaleza según las circunstancias y las condiciones internas de cada sujeto.

Al reiterar lo señalado en el capítulo 5 sobre el pensamiento en el adolescente, puedo afirmar que en el psicópata el "cortocircuito afectivo, al eliminar el pensamiento, donde la culpa puede elaborarse, permite el maltrato definitivo de los objetos reales y fantaseados, creando en última instancia un empobrecimiento del yo, que trata de mantenerse irrealmente en una situación infantil de irresponsabilidad, pero con aparente independencia. A diferencia del adolescente normal, que tiene conflictos de dependencia pero que puede reconocer la frustración, la imposibilidad de reconocer y aceptar la frustración obliga a bloquear la culpa e inducir al grupo a la actuación sado-masoquista, sin participar de la misma. Puede hacerlo por-

que disocia pensamiento de afecto y utiliza el conocimiento de las necesidades de los demás para provocar su actuación, satisfaciendo así, indiferentemente en apariencia, sus propias ansiedades psicóticas. El adolescente puede, en estas circunstancias, seguir los propósitos del psicópata, y sucumbe en la acción, ya que participa intensa y honestamente de la misma. Es así que el conflicto de identidad en el adolescente normal adquiere en el psicópata la modalidad de una mala fe consciente, que lo lleva a expresiones de pensamiento de tipo cruel, desafectivo, ridiculizante de los demás, como mecanismo de defensa frente a la culpa y al duelo por la infancia perdida que no puede ser elaborada".

3. Necesidad de intelectualizar y fantasear

La necesidad de intelectualizar y fantasear se da como una de las formas típicas del pensamiento del adolescente. En esta obra nos referimos con mayor extensión al tema del pensamiento en esta etapa de la vida en un capítulo especialmente dedicado al tema. Aquí tomo estos mecanismos, que pueden ser por supuesto considerados como mecanismos defensivos, en su expresión fenoménica, y trataré de explicar psicodinámicamente estos síntomas del síndrome de la adolescencia normal.

La necesidad que la realidad impone de renunciar al cuerpo, al rol y a los padres de la infancia, así como a la bisexualidad que acompañaba a la identidad infantil, enfrenta al ado-

lescente con una vivencia de fracaso o de impotencia frente a la realidad externa. Esto obliga también al adolescente a recurrir al pensamiento para compensar las pérdidas que ocurren dentro de sí mismo y que no puede evitar. Las elucubraciones de las fantasías conscientes —me refiero al fantasear— y el intelectualizar, sirven como mecanismos defensivos frente a estas situaciones de pérdida tan dolorosas.

La intelectualización y el ascetismo han sido señalados por Anna Freud (20) como manifestaciones defensivas típicas de la adolescencia.

Esta autora nos muestra que la función del ascetismo es mantener al ello dentro de ciertos límites por medio de prohibiciones, y la función de la intelectualización consistiría en ligar los fenómenos instintivos con contenidos ideativos y hacerlos así accesibles a la conciencia y fáciles de controlar.

La incesante fluctuación de la identidad adolescente, que se proyecta como identidad adulta en un futuro muy próximo, adquiere caracteres que suelen ser angustiantes y que obligan a un refugio interior que es muy característico. Es allí donde, como ya lo he indicado, el mundo infantil desempeña un papel predominante que es absolutamente fundamental tener en cuenta para comprender cómo el adolescente, frente a todos estos embates de su mundo interno cambiante y de su mundo externo indomitable y frustrante, puede salir airoso. Como lo ha señalado Arminda Aberastury (2), sólo teniendo una relación adecuada con objetos internos buenos y también con experiencias externas no de-

masiado negativas, se puede llegar a cristalizar una personalidad satisfactoria.

Tal huida en el mundo interior permite, según esta autora, una especie de reajuste emocional, un autismo positivo en el que se da un “incremento de la intelectualización” que lleva a la preocupación por principios éticos, filosóficos, sociales, que no pocas veces implican un formularse un plan de vida muy distinto al que se tenía hasta ese momento y que también permite la teorización acerca de grandes reformas que pueden ocurrir en el mundo exterior. Este mundo exterior se va diferenciando cada vez más del mundo interno y por lo tanto sirve también para defenderse de los cambios incontrolables de este último y del propio cuerpo. Surgen entonces las grandes teorías filosóficas, los movimientos políticos, las ideas de salvar a la humanidad, etcétera. También es entonces cuando el adolescente comienza a escribir versos, novelas, cuentos y se dedica a actividades literarias, artísticas, etcétera.

Es preciso destacar que ésta es una explicación de ciertas manifestaciones culturales y políticas que se dan muy habitualmente en la gran mayoría de los adolescentes. Pero no implica concluir que todas las manifestaciones artísticas, culturales y políticas de los adolescentes tengan forzosamente este substrato, ni que siempre respondan a situaciones conflictivas inmanejables. Quizá cabría entrar aquí a discutir toda la problemática de la sublimación por un lado o el enfoque psicosociológico por el otro, lo que escapa a las posibilidades de este trabajo.

4. Las crisis religiosas

En cuanto a la religiosidad, fenomenológicamente se observa que el adolescente puede manifestarse como un ateo exacerbado o como un místico muy fervoroso, como situaciones extremas. Por supuesto, entre ellas hay una gran variedad de posiciones religiosas y cambios muy frecuentes. Es común observar que un mismo adolescente pasa incluso por períodos místicos o por períodos de un ateísmo absoluto. Esto concuerda con toda la situación cambiante y fluctuante de su mundo interno, al que me estoy refiriendo.

Charlotte Buhler (12) ha dicho que el adolescente “*quiere* dudar, cavilar, quiere buscar, no decidirse...”, “y cuando entra en esta edad difícil se pregunta quién es, qué es, para luego intentar una respuesta más o menos adecuada a esta pregunta, interrogarse acerca de qué hacer con él, con lo que él supone que es”. La preocupación metafísica emerge entonces con gran intensidad, y las tan frecuentes crisis religiosas no son un mero reflejo caprichoso de lo místico, como a veces suele aparecer a los ojos de los adultos, sino intentos de solución de la angustia que vive el yo en su búsqueda de identificaciones positivas y del enfrentamiento con el fenómeno de la muerte definitiva de parte de su yo corporal. Además, comienza a enfrentar la separación definitiva de los padres y también la aceptación de la posible muerte de los mismos.

Esto nos explica cómo el adolescente puede llegar a tener tanta necesidad de hacer identificaciones proyectivas con imágenes muy idealizadas, que le aseguren la continuidad de la existencia de sí mismo y de sus padres infantiles. La figura de una divinidad, de cualquier tipo de religión, puede representar para él una salida mágica de este tipo. Si las situaciones de frustración son muy intensas y las vivencias de pérdida sumamente penosas, por carencia de buenas relaciones en virtud de las características de las imágenes parentales perseguidoras internalizadas, el refugiarse en una actitud nihilista, como una *aparente* culminación de un proceso de ateísmo reivindicatorio, puede también ser una actitud compensadora y defensiva.

Como muy bien lo afirma González Monclús (26): “Entre ambos extremos, misticismo exacerbado, ateísmo racionalista, es quizás oportuno señalar entre los adolescentes una muy frecuente posición: la del entusiasmo formal en contraposición con una indiferencia frente a los valores religiosos esenciales.”

El misticismo, que puede llegar a alcanzar niveles delirantes, y el materialismo con características nihilistas, son actitudes extremas de una forma de desplazamiento a lo intelectual religioso, de cambios concretos y reales que ocurren a nivel corporal y en el plano de la actuación familiar-social que resultan incontrolables en ese nivel fáctico, frente a los cuales la impotencia del adolescente es sentida por éste como absoluta.

Considero que en la construcción definitiva de una ideología, así como de valores éticos o morales, es preciso que el individuo pase por algunas idealizaciones persecutorias, que las abandone por objetos idealizados egosintónicos para luego sufrir un proceso de desidealización que permita construir nuevas y verdaderas ideologías de vida.

5. La desubicación temporal

El pensamiento del adolescente, frente a lo temporal como a lo espacial, adquiere características muy especiales. He desarrollado ampliamente este tema en otro trabajo (38); y mencionaré aquí algunas de mis observaciones y conclusiones.

Desde el punto de vista de la conducta observable es posible decir que el adolescente vive con una cierta desubicación temporal; convierte el tiempo en presente y activo como un intento de manejarlo. En cuanto a su expresión de conducta el adolescente parecería vivir en proceso primario con respecto a lo temporal. Las urgencias son enormes y a veces las postergaciones son aparentemente irracionales.

Observamos aquí esas conductas que desconciertan al adulto. El padre que recrimina a su hijo que estudie porque tiene un examen inmediato, se encuentra desconcertado frente a la respuesta del adolescente: "¡Pero si tengo tiempo!, ¡si el examen es recién... mañana!" Es el caso, igualmente desconcertante para los adultos, de la joven adolescente que llora angustiada

frente a su padre quejándose de la actitud desconsiderada de la madre que no contempla sus necesidades "inmediatas" de tener ese vestido nuevo para su próximo baile. En esas circunstancias el padre trata de solidarizarse con la urgencia de su hija y comprende la necesidad del traje nuevo para esa reunión social tan importante para ella; cuando interroga a la madre acerca del porqué de su negativa, se encuentra sorprendido con la respuesta de que ese baile se va a efectuar dentro de... tres meses.

En realidad, este problema debe ser estudiado, psicodinámicamente, desde la perspectiva que nos ofrece el analizar la paulatina elaboración de las partes no discriminadas de la personalidad a medida que el sujeto va madurando. El individuo se inicia como ser unicelular absolutamente dependiente de un medio (madre) y se desarrolla y diferencia progresivamente. De la indiferenciación más primitiva va a la discriminación (38) que, como ya lo he repetido, se da en un medio social con características determinadas.

Siguiendo las ideas de Bion (10) y de Bleger (11), acerca de la llamada parte psicótica de la personalidad, considero que al romperse el equilibrio logrado en la latencia predomina por momentos, en el adolescente, precisamente la parte psicótica de la personalidad.

Con ese criterio es posible considerar que la adolescencia se caracteriza por la irrupción de partes indiscriminadas, fusionadas, de la personalidad en aquellas otras más diferenciadas.

Las modificaciones biológicas y el crecimiento corporal, incontrollables, son vividos como un fenómeno psicótico y psicotizante en el cuerpo. Las ansiedades psicóticas resultan incrementadas por la posibilidad real de llevar a cabo las fantasías edípicas de tener un hijo con el progenitor del sexo opuesto. El cuerpo se transforma, pues, en un área en la cual confluyen exigencias biológicas y sociales y se hace así depositario de vivencias y fantasías persecutorias, terroríficas, de carácter psicótico.

Predomina una organización sincrética con una particular percepción del mundo, una realidad especial donde el sujeto no puede llegar a configurar contradicciones. Muchos de los eventos que el adulto puede delimitar y discriminar son para el adolescente equiparables, equivalentes o coexistentes sin mayor dificultad. Son verdaderas crisis de ambigüedad, que pueden considerarse como unas de las expresiones de conducta más típicas del período de la vida que nos ocupa. El tiempo, por supuesto, está entonces dotado de esa indiscriminación que explica la conducta que ejemplificamos anteriormente.

Considero que es durante la adolescencia que la dimensión temporal va adquiriendo lentamente características discriminativas.

A las dificultades del adolescente para diferenciar externo-interno, adulto-infantil, etc., debo agregar la dificultad para distinguir presente-pasado-futuro. Se puede unir "el pasado y el futuro en un devorador presente" (60), presente que tiene características no discriminadas y que por lo tanto implicaría una temporalidad

diferente, que si se aplica a ésta el concepto de Rascovsky (54) podríamos hablar de una temporalidad maníaca, vinculada con el núcleo aglutinado de la personalidad (11) o núcleo psicótico.

Como lo he señalado, en la dimensión temporal se expresa claramente la ambigüedad del adolescente, que está relacionada entonces con la irrupción de la parte psicótica de la personalidad. Por eso es que creo que se puede decir que el mismo pasaje del tiempo, cuando se vivencia, despierta culpa persecutoria y puede movilizar conductas psicóticas (25). No es casual que una entidad nosológica *típica* de la adolescencia, "el síndrome de difusión de identidad" (15), incluya especialmente la difusión temporal.

Llegado el individuo a la adolescencia, ya tuvo oportunidad de vivenciar parcialmente, separaciones, muerte de objetos internos y externos, de partes del yo, y cierta limitación de lo temporal en el plano vital (fundamentalmente en el cuerpo y en la relación interpersonal-corpórea). El transcurrir del tiempo se va haciendo más objetivo (conceptual), adquiriéndose nociones de lapsos cronológicamente ubicados. Por eso creo que podría hablarse de un tiempo existencial, que sería el tiempo en sí, un tiempo vivencial o experiencial y un tiempo conceptual. El tiempo vivencial y el conceptual pueden corresponder respectivamente a los llamados tiempo rítmico y tiempo cronológico por Rolla (57).

Aceptar la pérdida de la niñez significa aceptar la muerte de una parte del yo y sus objetos para poder ubicarlos en el pasado. En una ela-

boración patológica, este pasado puede amenazar con invadir al individuo, aniquilándolo.

Como defensas, el adolescente *espacializa* el tiempo, para poder "manejarlo" viviendo su relación con el mismo como con un objeto (43) (56). Con este tiempo-espacio-objeto puede manejarse en forma fóbica u obsesiva, convirtiendo las situaciones psicóticas en neuróticas o psicopáticas. Si se niega el pasaje del tiempo, puede conservarse al niño adentro del adolescente como un objeto muerto-vivo. Esto está relacionado con el *sentimiento de soledad* tan típico de los adolescentes, que presentan esos períodos en que se encierran en sus cuartos, se aíslan y retraen. Estos momentos de soledad suelen ser necesarios para que "afuera" pueda quedar el tiempo pasado, el futuro y el presente, convertidos así en objetos manejables. La verdadera capacidad de estar solo es un signo de madurez, que sólo se logra después de estas experiencias de soledad a veces angustiantes de la adolescencia.

Mientras esto ocurre, la noción temporal del adolescente es de características fundamentalmente corporales o rítmicas, o sea, basadas en el tiempo de comer, el de defecar, el de jugar, el de dormir, el de estudiar, etcétera. Ese es el que denomino tiempo vivencial o experiencial.

A medida que se van elaborando los duelos típicos de la adolescencia, la dimensión temporal adquiere otras características. Aquí es cuando surge la *conceptualización* del tiempo, que implica la noción discriminada de pasado, presente y futuro, con la aceptación de la muerte

de los padres y la pérdida definitiva de su vínculo con ellos, y la propia muerte.

Los primeros intentos discriminativos temporales se efectúan a nivel corporal; por ejemplo, el adolescente afirma, refiriéndose a su pasado: "cuando era chico", refiriéndose a su futuro: "cuando sea grande"; ("hice", "podré hacer").

En los momentos de autismo y de paralización, así como en algunos de los de actuación, el adolescente tiende a hacer una regresión hacia etapas previas a la discriminación y aceptación temporal. En dichas ocasiones puede haber conductas de "agitación" o "actuación" (60) y procura defenderse así de la vivencia del transcurrir del tiempo. Mantenerse únicamente en el tiempo experiencial, es una forma de intentar paralizar el tiempo y los cambios, denegar una perspectiva presente y un pasado y un futuro.

Si en el pasado del adolescente hubo una evolución y experiencias positivas, incorporando objetos buenos, la integración y la discriminación temporal se verán facilitadas y el futuro contendrá la identificación proyectiva de un pasado gratificante. El adolescente tendrá entonces conductas más depresivas, menos ambiguas cada vez.

De esta manera considero que la percepción y la discriminación de lo temporal sería una de las *tareas* más importantes de la adolescencia, vinculada con la elaboración de los duelos típicos de esa edad. Esto es lo que considero permite salir de la modalidad de relación narcisista del adolescente y de la ambigüedad que caracterizan

su conducta. Cuando éste puede reconocer un pasado y formular *proyectos* de futuro, con capacidad de *espera* y *elaboración* en el presente, supera gran parte de la problemática de la adolescencia (38).

Es por ello que concuerdo con Mom (47) cuando señala que en todo análisis hay que prestar especial atención a la búsqueda del tiempo, ya que la disociación y la distancia son elementos que existen en función de la anulación del tiempo. Dice este autor que “el *tiempo* une, integra en una unidad, condiciona una relación objetal con un objeto único”. Es decir, el poder conceptualizar el tiempo, vivenciarlo como nexo de unión, es lo esencial, subyacente a la integración de la identidad.

De ahí que considere que la búsqueda de la identidad adulta del adolescente esté estrechamente vinculada con su capacidad de conceptualizar el tiempo.

6. La evolución sexual desde el autoerotismo hasta la heterosexualidad

En la evolución del autoerotismo a la heterosexualidad que se observa en el adolescente, se puede describir un oscilar permanente entre la actividad de tipo masturbatorio y los comienzos del ejercicio genital, que tiene características especiales en esta fase del desarrollo, donde hay más un contacto genital de tipo exploratorio y preparatorio, que la verdadera genitalidad procreativa, que sólo se da, con la correspon-

diente capacidad de asumir el rol parental, recién en la adultez.

Al ir aceptando su genitalidad, el adolescente inicia la búsqueda de la pareja en forma tímida pero intensa. Es el período en que comienzan los contactos superficiales, las caricias —cada vez más profundas y más íntimas— que llenan la vida sexual del adolescente. Se estima que de los 13 a los 20 años el 88 % de los varones y el 91 % de las niñas han tenido ya este tipo de actividad sexual y que prácticamente a los 21 años el 100 % de los muchachos ya han tenido esta experiencia (55).

El enamoramiento apasionado es también un fenómeno que adquiere características singulares en la adolescencia y que presenta todo el aspecto de los vínculos intensos pero frágiles de la relación interpersonal adolescente. El primer episodio de enamoramiento ocurre en la adolescencia temprana y suele ser de gran intensidad. Aparece ahí el llamado “amor a primera vista” que no sólo puede no ser correspondido, sino que incluso puede ser totalmente ignorado por la parte amada de la pareja (27), como ocurre cuando ese ser amado es una figura idealizada, un actor de cine, una estrella del deporte, etcétera, que tiene en realidad las características de un claro sustituto parental al que el adolescente se vincula con fantasías edípicas.

La relación genital heterosexual completa que ocurre en la adolescencia tardía es un fenómeno mucho más frecuente de lo que habitualmente se considera en el mundo de los adultos de diferentes clases sociales. Estos tratan de negar la

genitalidad del adolescente y no sólo minimizan su capacidad de relación genital heterosexual sino que, por supuesto, la dificultan.

Se ha estimado que un 40 a un 60 % de los adolescentes realizan el acto sexual completo, de características genitales (55), que considero, tiene más un carácter exploratorio, de aprendizaje de la genitalidad, que de un verdadero ejercicio genital adulto de tipo procreativo con las responsabilidades y placeres concomitantes.

Freud (22) estableció la importancia de los cambios puberales para la reinstalación fáctica de la capacidad genital del sujeto. Señaló, además, que los cambios biológicos de la pubertad son los que imponen la madurez sexual al individuo, intensificándose entonces todos los procesos psicobiológicos que se viven en esta edad. Es importante destacar que Freud había hablado de genitalidad en la infancia. Al elaborar el duelo por el cuerpo infantil perdido que también significa la elaboración del duelo por el sexo opuesto perdido en este proceso evolutivo, la aceptación de la genitalidad surge con fuerza en la adolescencia, impuesta por la presencia difícil de negar de la menstruación o de la aparición del semen. Ambas funciones fisiológicas que maduran en este período de la vida imponen al rol genital la procreación y la definición sexual correspondiente.

La dentición marca el fin del vínculo oral con la madre. El modelo de vínculo oral es el que se va a tratar de reestablecer en la segunda mitad del primer año de vida cuando aparece la fase genital previa de Arminda Aberastury

(3) (4) (5). Siguiendo las ideas de esta investigadora, es posible ver cómo aparece aquí la necesidad del tercero y la estructuración del complejo de Edipo temprano que tiene entonces características genitales y no orales. Es en este momento cuando ocurre el descubrimiento y manipuleo de los órganos genitales y las fantasías del establecimiento de un vínculo en un nivel genital. Estas fantasías de vínculo genital se dan con las características de lo *penetrante* para lo masculino y de lo *penetrado* para lo femenino. Es menester destacar que el vínculo debe restablecerse por lo tanto en el nivel de esas funciones y en consecuencia, tanto para el hombre como para la mujer, las primeras fantasías de recuperación del vínculo originariamente perdido pueden hacerse si se establecen sobre un *modelo genital*, utilizando entonces los órganos genitales, no como instrumentos sádicos —como implicaría el seguir manteniendo el vínculo oral después de la aparición de la dentición— sino como una posibilidad de vínculo afectivo y por lo tanto factible de ser mantenido.

Son entonces las fantasías de penetrar o de ser penetrada el modelo de vínculo que se va a mantener durante toda la vida ulterior del sujeto, como expresión de lo masculino y lo femenino. Para ello, las figuras de la madre y del padre son fundamentales y esenciales. La ausencia o déficit de la figura del padre va a ser la que va a determinar la fijación en la madre, y por lo tanto, va a ser también el origen de la homosexualidad, tanto del hombre como de la mujer.

Las posibilidades de la elaboración satisfactoria en el lactante de la fase genital previa son factibles, si éste puede masturbarse en forma no compulsiva, si se identifica proyectivamente con los padres en coito positivo y amoroso, y si puede realizar actividades lúdicas (3) (4).

Es menester destacar que esta fase genital previa y su elaboración queda incluida entre las fases pre-genitales, y se va a repetir después en el período fálico clásico, a los 4 ó 5 años. También aquí, y siguiendo el criterio clásico freudiano de las series complementarias, es necesario reconocer que la conducta de los padres frente a la fase genital previa, y a toda la genitalidad infantil, influirá en forma determinante en la evolución genital del sujeto.

Esto es precisamente lo que vemos en la adolescencia, donde la posible instrumentación de la genitalidad, con significados adultos, reagudiza la fantasía y experiencia pasada hasta ese entonces. Así podemos ver el fenómeno de la evolución del autoerotismo a la heterosexualidad (masturbación primero, como fase genital previa; actividad lúdica que lleva al aprendizaje —que es el aprendizaje lúdico del otro sexo a través del toqueteo, bailes, juegos, deportes—, lo que constituye también una forma de exploración).

Cabe también aquí el problema de la *curiosidad sexual*, expresada en el interés por las revistas pornográficas, tan frecuentes entre los adolescentes. El exhibicionismo y el voyerismo se manifiestan en la vestimenta, el cabello, el tipo de bailes, etcétera.

En este período evolutivo la importancia de las figuras parentales reales es enorme. La escena primaria es positiva o negativa según las experiencias primeras y la imagen psicológica que proporcionan los padres reales externos.

Los cambios biológicos que se operan en la adolescencia producen gran ansiedad y preocupación, porque el adolescente debe asistir pasiva e impotentemente a los mismos. La tentativa de negar la pérdida del cuerpo y del rol infantil especialmente, provocan modificaciones en el esquema corporal que se tratan de negar, en la elaboración de los procesos de duelo normales de la adolescencia.

Anna Freud ha señalado que la genitalidad determina modificaciones del yo que se ve en graves conflictos con el ello, obligándole a recurrir a nuevos y más específicos mecanismos de defensa (21). Melanie Klein (28) sostiene que la resurgencia de libido que sigue a la latencia, refuerza las demandas del ello al mismo tiempo que las exigencias del superyo se incrementan. El compromiso entonces no sólo cubre al yo y al ello, sino que hace intervenir al superyo muy activamente. Si consideramos que en la configuración del superyo, desde el primer momento intervienen los padres, son estas luchas con las figuras parentales mediante los procesos de identificación con las mismas, las que van a llevar a la cristalización final de la identidad adolescente, preparándola para ser una identidad adulta.

Así como durante la fase genital previa se establece el triángulo edípico, en la adolescencia

éste se reactiva con toda intensidad porque como la instrumentación de la genitalidad se hace factible, el individuo se ve obligado a recurrir a mecanismos de defensa más persistentes y enérgicos.

De no hacerlo, la *consumación del incesto* sería posible. Esta sería la realización actualizada de la genitalidad temprana, con la pérdida absoluta de la fuente de identificación sexual definitiva adulta. El individuo que realizara el incesto tendría un impedimento en el proceso de *individuación*, ya que permanecería mantenido en una relación genital temprana, sin posibilidades de definición sexual real. (La figura parental que permitiría el incesto actuaría la fantasía de impedir el desprendimiento del hijo.) Ello llevaría a mantener a través de la consumación incestuosa una realización simbiótica que, de acuerdo con lo que he estudiado con Arminda Aberastury, podría constituir la base de la homosexualidad tanto del hombre como de la mujer.

Es durante la adolescencia, y como aspectos de la elaboración de la situación edípica, que pueden verse aspectos de conducta femeninos en el varón y masculinos en la niña, que son las expresiones de una bisexualidad no resuelta.

Al ir elaborando el complejo de Edipo, en el varón aparecen idealizaciones del padre, que adquiere entonces las características de un ser bueno y poderoso que permite visualizar los sentimientos que tiene el adolescente hacia su padre real y que va a poder manejar en la relación adulta con el mismo. Puede identificarse

entonces con los aspectos positivos del padre, superar el temor a la castración por medio de realizaciones y logros diversos, completar sus estudios o su aprendizaje del trabajo, aceptar sus progresos, que son los que le mostrarán que es en realidad el mismo, el propio adolescente, el que también tiene potencia y capacidad creativa.

En la niña ocurre algo similar, ya que al elaborar su situación edípica puede aceptar la belleza de sus atributos femeninos y también realizarse en el trabajo o en el estudio de una manera netamente femenina, aceptando que su cuerpo no ha sido ni destruido ni vaciado, pudiendo entonces identificarse con los aspectos positivos de su madre.

Hay por supuesto un fenómeno específico de la mujer, que es el de la menarca, vivida en nuestra cultura como algo peligroso, dañino, y que refuerza todo tipo de fantasías persecutorias y destructivas (28) (41) (42). Debo destacar, sin embargo, que este tipo de situación no es la que fatalmente se da *siempre*, aunque por supuesto, en una gran proporción de niñas de nuestra cultura es dable observarlo. Cuando las fases genitales tempranas, y la sexualidad en general son más aceptadas por los padres, y cuando éstos mantienen una relación armoniosa, brindando entonces una imagen externa de escena primaria positiva, la aparición de la menstruación puede ser vivida como una confirmación de la sexualidad femenina e iniciar entonces en la niña una verdadera etapa de satisfacciones y realizaciones genitales muy positivas.

Es normal que en la adolescencia aparezcan períodos de predominio de aspectos femeninos en el varón y masculinos en la niña. Es necesario tener siempre presente el concepto de bisexualidad, y aceptar que la posición heterosexual adulta exige un proceso de fluctuaciones y aprendizaje en ambos roles.

Es preciso tener en cuenta que el ejercicio genital procreativo sin asumir la responsabilidad consiguiente, no es un índice de madurez genital sino más bien de serias perturbaciones en este nivel. Por lo tanto no puede aceptarse como un *logro genital* el hecho de que un adolescente en tratamiento psicoterápico o psicoanalítico haya podido establecer una relación de pareja o iniciar contactos genitales procreativos. He podido observar matrimonios consumados por adolescentes, o por personas jóvenes con características francamente adolescentes, que muestran una total incapacidad para asumir los roles adultos correspondientes y que, por lo tanto, han estado condenados a un fracaso irremediable.

Spiegel (63) ha señalado que la sexualidad parece actuar como una fuerza que irrumpe *sobre* o *en* el individuo en vez de ser vivida por éste como una expresión de sí mismo. Es que la sexualidad es vivida por el adolescente como una fuerza que se impone en su cuerpo y que le obliga a separarlo de su personalidad mediante un mecanismo esquizoide por medio del cual, el cuerpo es algo externo y ajeno a sí mismo. He observado adolescentes que nos hablan de sus relaciones sexuales como de algo necesario no

para ellos, sino para su pene o para su vagina, o para su "salud corporal". Y es aquí cuando recurren, en realidad, a una verdadera negación de su genitalidad. Es entonces que, al tratar de recuperar maníacamente la bisexualidad perdida, tienen que optar por la masturbación. Esta es fundamentalmente, entonces, un intento maniaco de mantener la bisexualidad que a veces se exterioriza por la práctica homosexual.

Se ha estimado que aproximadamente un 3 % de las niñas y el 27 % de los muchachos en edad adolescente llegan a tener orgasmo como resultado de contactos homosexuales, generalmente de tipo masturbatorio (49). Es preciso destacar con Fenichel (19) que las ocasionales experiencias homosexuales entre adolescentes no deben ser consideradas patológicas siempre y cuando tengan ese aspecto de fenómeno temporario de adaptación y no cristalicen como conductas definitivas.

De acuerdo con mi experiencia, en la búsqueda de definición genital el adolescente suele tener que pasar por períodos de homosexualidad, que pueden ser la expresión de una proyección de la bisexualidad perdida y anhelada, en otro individuo del mismo sexo. De esta manera podría el adolescente, en su fantasía, recuperar el sexo que se está perdiendo en su proceso de identificación genital.

No deben pues alarmar a nadie las situaciones fugaces de homosexualidad que presente el adolescente, y sobre todo aquellas que aparecen enmascaradas a través de contactos entre adolescentes del mismo sexo, salidas, bailes, etcétera.

Deseo enfatizar que, como señalé antes, la falta de la figura paterna hace que tanto el varón como la mujer queden fijados a la madre. El varón, al no tener una figura masculina con quien identificarse por déficit o ausencia de la figura paterna, tratará de buscar esa figura toda su vida (búsqueda del pene que da potencia y masculinidad). La niña queda fijada a la relación oral con la madre y en el contacto piel a piel, reprimiendo y negando las posibilidades de una relación con un pene, por la inexistencia del mismo en sus tempranas relaciones objetales.

Siguiendo entonces ideas elaboradas con Arminda Aberastury puedo decir que la raíz de la homosexualidad —que suele darse transitoriamente como una manifestación típica de la adolescencia— es preciso buscarla en la circunstancia de que el padre no asume sus roles o está ausente. Entonces, tanto el varón como la niña van a ir a la homosexualidad, porque ambos quedan así obligados a mantener la bisexualidad como defensa frente al incesto.

Tanto en esta homosexualidad normal y transitoria, como en la actividad genital previa, y la genital preparatoria para la genitalidad procreativa, el proceso masturbatorio está presente desde la temprana infancia hasta la adolescencia avanzada.

La actividad masturbatoria en la primera infancia tiene una finalidad exploratoria y preparatoria para la futura aceptación de la genitalidad (6).

Estas experiencias de exploración, que tienen por finalidad encontrar órganos capaces de reproducir la relación perdida con la madre, van a ir configurando en el esquema corporal la imagen del aparato genital. Llevarán al bebe al juicio de realidad de que su cuerpo dispone de *uno solo* de los términos de esa relación perdida: la niña encuentra la vagina y el varón el pene. Cuando la niña o el varón se masturban reconstruyen con una parte de su propio cuerpo el sexo que no tienen. Con la bipedestación, la marcha y el lenguaje, el niño tiene nuevas fuentes de satisfacción y se amplían sus relaciones con el mundo (1). La actividad masturbatoria disminuye entonces y se hace cada vez más creciente la actividad lúdica y las múltiples sublimaciones que surgen a esa edad.

En los distintos períodos de la vida, antes de llegar a la adultez, se mantiene la actividad masturbatoria con las características de negación maníaca.

He podido observar que más allá de las fantasías de la escena primaria que se han descrito como típicas en la masturbación, también existe una verdadera disociación mente-cuerpo en la que el individuo aparece como espectador de una escena primaria que se está realizando en su propio cuerpo. Niños y adolescentes suelen asociar con el relato de sus experiencias masturbatorias, escenas en donde el coito de los padres está siendo visualizado por ellos.

De acuerdo con lo que estoy exponiendo, la masturbación es primero una experiencia lúdica en la cual las fantasías edípicas son manejadas

solitariamente, intentando descargar la agresividad mezclada de erotismo a través de la misma, y aceptando la condición de tercero excluido. Es, además del intento maniaco de negar la pérdida de la bisexualidad, parte del proceso de duelo normal de la adolescencia. Lo lúdico y preparatorio de la infancia y la niñez se modifica en la pubertad y en la adolescencia. Aquí, la madurez genital, al dar al sujeto la capacidad de unión en un nivel genital, y al otorgarle su capacidad procreativa, hace que las fantasías incestuosas se incrementen lo mismo que la frustración, puesto que el individuo ya posee el instrumento efector de la genitalidad, el cual sin embargo aún no puede usar (por restricciones socioculturales). Es por ello que uno de los motivos por el cual las fantasías masturbatorias en la pubertad son mucho más destructivas y cargadas de culpa (6) que en la infancia.

Es que frente a la definición de la necesidad de la satisfacción genital se reactiva e intensifica la actividad masturbatoria iniciada en la temprana infancia, como un intento desesperado de mantener al sujeto en la bisexualidad. La intensidad del conflicto creado por la metamorfosis corporal y el incremento de la genitalidad explica la intensidad de esa actitud y sus características más angustiosas en la adolescencia.

Pero también tiene aquí la masturbación la finalidad exploratoria, de aprendizaje y preparatoria para la futura genitalidad procreativa.

Es posible resumir lo expuesto diciendo que la masturbación, como fenómeno normal de la adolescencia, le permite al individuo en esta

etapa de su vida, pasar por la etapa esquizo-paranoide de su personalidad, considerar a sus genitales como ajenos a sí mismo, tratar de recuperarlos e integrarlos, y finalmente realizar el proceso depresivo a través de una angustia, primero persecutoria y luego depresiva, e integrar sus genitales a todo el concepto de sí mismo, formando realmente una identidad genital adulta con capacidad procreativa, independencia real y capacidad de formar una pareja estable en su propio espacio y en su propio mundo.

Es decir, habrá llegado el individuo a la genitalidad procreativa.

En este sentido, y siguiendo en parte a Erikson (15), es posible definir la genitalidad adulta como el pleno ejercicio de la capacidad libidinal de un sujeto, mediante la puesta en juego de los elementos remanentes de todas las etapas de maduración psicosexual, con la culminación en el nivel genital, con otro sujeto del sexo opuesto y con la aceptación implícita de la capacidad de procrear, siempre que las condiciones socioeconómicas de la realidad externa lo permitan, integrando así una constelación familiar, con los roles adultos correspondientes (30).

7. Actitud social reivindicatoria

En parte me he referido a esto cuando he hablado del fenómeno grupal. Hay, por supuesto, otras muchas características de estas actitudes combativas y reivindicatorias del adolescente a las que he hecho reiteradas referencias y que lógicamente necesitarían estudiarse con

más detalle (30) (36) (37). Es importante destacar que fue precisamente un fenómeno social, el desarrollo de la delincuencia juvenil en los Estados Unidos de América del Norte, el que influyó grandemente para que se hicieran estudios más extensos y prolijos acerca de la adolescencia (14).

No todo el proceso de la adolescencia depende del adolescente mismo, como una unidad aislada en un mundo que no existiera. No hay duda alguna de que la constelación familiar es la primera expresión de la sociedad que influye y determina gran parte de la conducta de los adolescentes.

La misma situación edípica que viven los adolescentes, la viven los propios progenitores del mismo. La aparición de la instrumentación de la genitalidad, como una realidad concreta en la vida del adolescente, también es percibida por los padres de éste. Es sabido que muchos padres se angustian y atemorizan frente al crecimiento de sus hijos, reviviendo sus propias situaciones edípicas conflictivas. No son ajenos los padres a las ansiedades que despierta la genitalidad de los hijos y el desprendimiento de los mismos, y los celos que esto implica.

Así se provoca lo que Stone y Church (64) han denominado muy adecuadamente la situación de "ambivalencia dual", ya que la misma situación ambivalente que presentan los hijos separándose de los padres, la presentan éstos al ver que aquéllos se alejan. Si a ello unimos los mecanismos proyectivos y esquizo-paranoides típicos del adolescente y la reacción de la sociedad en la

que el adolescente se mueve, podemos ver que es toda la sociedad la que interviene muy activamente en la situación conflictiva del adolescente.

Sería sin duda una grave sobresimplificación del problema de la adolescencia, el atribuir todas las características del adolescente a su cambio psicobiológico, como si en realidad todo esto no estuviese ocurriendo en un ámbito social. Las primeras identificaciones son las que se hacen con las figuras parentales, pero no hay duda alguna de que el medio en que se vive determina nuevas posibilidades de identificación, futuras aceptaciones de identificaciones parciales e incorporación de una gran cantidad de pautas socioculturales y económicas que no es posible minimizar. La ulterior aceptación de la identidad está forzosamente determinada por un condicionamiento entre individuo y medio que es preciso reconocer.

Creo, con otros autores, que hay bases comunes a todas las sociedades que están determinadas por la propia condición humana y por los conflictos naturales de los individuos humanos. En el intento vital que presenta el individuo para identificarse con sus figuras parentales, y tratar luego de superarlas en la realidad de su existencia, el adolescente presenta una conducta que es el resultado final de una estabilidad biológica y psíquica, de la urgencia de los dispositivos cambiantes de relación objetal y de la vitalidad de los conflictos inconscientes. Estos últimos están moldeados sobre la sociedad en la que el individuo vive (48). La cultura modifica enormemente las características exteriores del

proceso, aunque las dinámicas intrínsecas del ser humano sigan siendo las mismas. Creo que los estudios antropológicos muestran variedades de manifestaciones de vida en común del ser humano, que por supuesto, en la adolescencia, se marcan con rasgos sobresalientes, pero que de ninguna manera implican una negación de las características básicas y fundamentales que son las que se pueden describir en el adolescente. Lo aquí descripto como básico psicodinámico-biológico del individuo se exterioriza de diferentes maneras de acuerdo con los patrones culturales. De acuerdo con mi pensamiento, el comprender los patrones culturales puede ser sumamente importante para determinar ciertas pautas exteriores de manejo de la adolescencia, pero el comprender la adolescencia en sí misma es esencial para que estas pautas culturales puedan ser modificadas y utilizadas adecuadamente cuando el adolescente claudica en la patología. La adolescencia es recibida predominantemente en forma hostil por el mundo de los adultos en virtud de las situaciones conflictivas edípicas a las que ya he hecho referencia. Se crean "estereotipos" (7), con los que se trata de definir, caracterizar, señalar, aunque en realidad creo yo, se busca aislar fóbicamente a los adolescentes del mundo de los adultos.

No es una simple casualidad que la entrada a la pubertad esté tan señalada en casi todas las culturas. Los llamados *ritos de iniciación* son muy diversos, aunque tienen fundamentalmente siempre la misma base: la rivalidad que los padres del mismo sexo sienten al tener que acep-

tar como a sus iguales —y posteriormente incluso admitir la posibilidad de ser reemplazados por los mismos—, a sus hijos, que así se identifican con ellos (48). La sociedad es la que se hace cargo del conflicto edípico y tiende a imponer su solución, a veces de una manera sumamente cruel, lo que ya refleja esa situación de ambivalencia dual a la que me he referido y al antagonismo que los padres sienten hacia sus hijos.

No creo que éste sea un simple fenómeno de estudio antropológico que pueda reflejar una curiosidad histórica con referencia a culturas primitivas. Nuestra propia sociedad puede ser tan cruel como la más incivilizada de las culturas arcaicas que conocemos. Es muy conocida la rigidez de algunos padres, las formalidades que exigen a la conducta de sus hijos adolescentes, las limitaciones brutales que se suelen imponer, la ocultación maliciosa que se hace de la aparición de la sexualidad, el tabú de la menarca, las negaciones de tipo "moralista" que contribuyen a reforzar las ansiedades paranoides de los adolescentes.

También es conocida la contradicción de nuestra sociedad contemporánea, donde las posibilidades materiales para el ser humano son enormes, especialmente en los llamados países de afluencia, y donde sin embargo, todo se le hace prácticamente imposible al adolescente. Podemos sentarnos frente a la pantalla de un televisor en nuestro propio hogar y ver lo que pasa en los países más alejados y en las sociedades más desconocidas. Podemos así reconocer la

falacia de nuestras costumbres y podemos intentar modificarlas.

El fenómeno de la subcultura adolescente se expande y se contagia como un signo de "rebelión". En realidad, creo que se trata de identificaciones cruzadas y masivas, que ocurren como una necesidad de defensa yoica en este período de la vida, mediante la cual el sujeto va desprendiéndose de situaciones infantiles y viéndose al mismo tiempo como peligrosa e indefinida su entrada al mundo de los adultos.

La actitud social reivindicatoria del adolescente se hace prácticamente imprescindible.

La sociedad, aun manejada de diferente manera y con distintos criterios socioeconómicos, impone restricciones a la vida del adolescente. El adolescente, con su pujanza, con su actividad, con la fuerza reestructuradora de su personalidad, trata de modificar la sociedad, que por otra parte, está viviendo constantemente modificaciones intensas. Teniendo conciencia de la transpolación que significa lo que afirmo, es posible decir que se crea un malestar de tipo paranoide en el mundo adulto que se siente amenazado por los jóvenes que van a ocupar ese lugar y que, por lo tanto, son reactivamente desplazados. El adulto proyecta en el joven su propia incapacidad por controlar lo que está ocurriendo sociopolíticamente a su alrededor y trata entonces de desubicar al adolescente. Vemos que muchas veces las oportunidades para los adolescentes capaces están muy restringidas y en no pocas oportunidades el adolescente tiene que adaptarse, sometiéndose a las necesidades

que el mundo adulto le impone. Parecería que a veces, como lo dice Sullivan (65), el adolescente tuviera que descubrir que sólo puede progresar en el comercio o la industria mediante una paciente y sistemática adaptación a los dictados de los débiles mentales, y señala cómo el triunfo de la mediocridad y la estupidez humana, brindan un cierto grado de "comodidad" cuya única salida es a veces encontrada en las gestas "heroicas" del crimen y de la delincuencia.

En la medida en que el adolescente no encuentre el camino adecuado para su expresión vital y la aceptación de una posibilidad de realización, no podrá nunca ser un adulto satisfecho. La tecnificación de la sociedad, el dominio de un mundo adulto incomprensible y exigente, la burocratización de las posibilidades de empleo, las exigencias de una industrialización mal canalizada y una economía mal dirigida, crean una división de clases absurda e ilógica que el individuo trata de superar mediante crisis violentas, que pueden *compararse* con verdaderas actitudes de tipo psicopático de la adolescencia (aquí me refiero específicamente a un mecanismo útil por lo inevitable). Muchas otras veces, frente a estas vicisitudes, la reacción de la adolescencia, aunque violenta, puede adoptar la forma de una reestructuración yoica revolucionaria, conducente a una liberación de ese superyo social cruel y limitante. Es entonces la parte sana de la sociedad la que se refugia en el baluarte de una adolescencia activa, que canaliza las lógicas reivindicaciones que la misma sociedad necesita para un futuro mejor.

Como psicoanalista pienso que para poder comprender algunos de estos cambios, debemos tener en cuenta las dinámicas psicológicas, que están determinadas no solamente por las realidades socioeconómicas del mundo en que se vive, sino también por las necesidades psicológicas de una adolescencia que se prolonga en lo que antes era una adultez serena, y que hoy no puede ser sino una inquietud, una inestabilidad, una sensación de fracaso que debe tratar de superarse de cualquier manera y a cualquier precio.

La juventud revolucionaria del mundo, y la nuestra en especial, tiene en sí el sentimiento místico de la necesidad del cambio social. Lo que puede explicarse como el manejo omnipotente del mundo que necesita lucubrar el adolescente como compensación, encuentra en la realidad social frustrante una imagen especular de su superyo cruel y restrictivo. Las partes sanas de su yo se ponen al servicio de un ideal que permite modificar estas estructuras sociales colectivas y surgen así grandes movimientos de contenido valedero y noble para el futuro de la humanidad. El peligro reside en que mediante el mismo mecanismo se pueden canalizar a ciertos jóvenes hacia empresas y aventuras destructivas, perniciosas y patológicamente reivindicatorias.

Es decir, las actitudes reivindicatorias y de reforma social del adolescente pueden ser la cristalización en la acción de lo que ha ocurrido ya en el pensamiento. Las intelectualizaciones,

fantasías conscientes, necesidades del yo fluctuante que se refuerza en el yo grupal, hacen que se transformen en pensamiento activo, en verdadera acción social, política, cultural, esta elaboración del proceso de la adolescencia que considero tan fundamental en todo el desarrollo evolutivo del individuo.

Frente al adolescente individual, es necesario no olvidar que gran parte de la oposición que se vive por parte de los padres, es trasladada al campo social. Además, gran parte de la frustración que significa hacer el duelo por los padres de la infancia, se proyecta en el mundo externo. De esta manera el adolescente siente que no es él quien cambia, quien abandona su cuerpo y su rol infantil, sino que son sus padres y la sociedad los que se niegan a seguir funcionando como padres infantiles que tienen con él actitudes de cuidado y protección ilimitados. Descarga entonces contra ellos su odio y su envidia y desarrolla actitudes destructivas. Si puede elaborar bien los duelos correspondientes y reconocer la sensación de fracaso, podrá introducirse en el mundo de los adultos con ideas reconstructivas, modificadoras en un sentido positivo de la realidad social y tendientes a que cuando ejerza su identidad adulta pueda encontrarse en un mundo realmente mejor. Insisto que cuando hablo de adaptación, aceptación o reconocimiento no me refiero al *sometimiento*, sino a la inteligente posibilidad de una relación objetal no masoquista.

8. Contradicciones sucesivas en todas las manifestaciones de la conducta

La conducta del adolescente está dominada por la acción, que constituye la forma de expresión más típica en estos momentos de la vida, en que hasta el pensamiento necesita hacerse acción para poder ser controlado.

El adolescente no puede mantener una línea de conducta rígida, permanente y absoluta, aunque muchas veces la intenta y la busca.

Spiegel (63) ha hablado de la personalidad del adolescente describiéndola como "esponjosa". Por supuesto es una personalidad permeable, que recibe todo y que también proyecta enormemente, es decir, es una personalidad en la que los procesos de proyección e introyección son intensos, variables y frecuentes.

Esto hace que no pueda haber una línea de conducta determinada, que ya indicaría una alteración de la personalidad del adolescente. Por eso es que hablamos de una "normal anormalidad", de una inestabilidad permanente del adolescente. Sólo el adolescente mentalmente enfermo podrá mostrar rigidez en la conducta. El psicópata, por ejemplo, muestra todas las características descriptas como fugaces y transitorias en el adolescente, pero de una manera rígida, cristalizada, estable e inflexible. El neurótico obsesivo, el autista, el adolescente con difusión de personalidad, nos mostrarán características estabilizadas de conducta en un nivel patológico.

En el adolescente, un indicio de normalidad se observa en la labilidad de su organización defensiva.

Es el mundo adulto el que no tolera los cambios de conducta del adolescente, el que no acepta que el adolescente pueda tener identidades ocasionales, transitorias, circunstanciales como he descripto anteriormente, y exige de él una identidad adulta, que por supuesto no tiene por qué tener.

Estas contradicciones, con la variada utilización de defensas, facilitan la elaboración de los duelos típicos de este período de la vida y caracterizan la identidad adolescente.

9. Separación progresiva de los padres

Ya he indicado que uno de los duelos fundamentales que tiene que elaborar el adolescente es el duelo por los padres de la infancia. Por lo tanto, una de las tareas básicas concomitantes a la identidad del adolescente, es la de ir separándose de los padres, lo que está favorecido por el determinismo que los cambios biológicos imponen en este momento cronológico del individuo. La aparición de la capacidad efectora de la genitalidad impone la separación de los padres y reactiva los aspectos genitales que se habían iniciado con la fase genital previa. La intensidad y calidad de la angustia con que se maneja la relación con los padres y su separación de éstos, estará determinada por la forma en que se ha realizado y elaborado la fase genital previa de cada individuo, a la que se sumarán, por supuesto, las

experiencias infantiles anteriores y ulteriores y la actual de la propia adolescencia.

La aparición de la instrumentación de la genitalidad con capacidad procreativa, como ya lo he señalado, es percibida también por los padres del adolescente. Muchos padres se angustian y atemorizan frente al crecimiento de sus hijos reviviendo sus propias situaciones edípicas, lo que, como ya lo he indicado, da lugar a situaciones conflictivas sumamente complejas que es preciso tener en cuenta.

No son ajenos los padres a las ansiedades que despiertan la genitalidad y el desprendimiento real, y a los celos que esto implica en los hijos y en ellos mismos. La evolución de la sexualidad depende en gran parte de cómo los mismos padres acepten los conflictos y el desprendimiento que los hijos de una manera u otra pueden expresar. Ya me he referido al concepto de *ambivalencia dual* que es menester reiterar aquí para entender el difícil proceso de separación entre padres e hijos adolescentes.

Muchas veces los padres niegan el crecimiento de los hijos y los hijos viven a los padres con las características persecutorias más acentuadas.

Esto ocurre especialmente si la fase genital previa se ha desarrollado con dificultades y las figuras de los padres combinados, la escena primaria, ha tenido y tiene caracteres de indiferenciación y de persecución. Si la figura de los padres aparece con roles bien definidos, en una unión amorosa y creativa, la escena primaria disminuye sus aspectos persecutorios y se con-

vierte en el modelo del vínculo genital que el adolescente buscará realmente.

La presencia internalizada de buenas imágenes parentales, con roles bien definidos, y una escena primaria amorosa y creativa, permitirá una buena separación de los padres, un desprendimiento útil, y facilitará al adolescente el pasaje a la madurez, para el ejercicio de la genitalidad en un plano adulto.

Por otro lado, figuras parentales no muy estables ni bien definidas en sus roles, pueden aparecer ante el adolescente como desvalorizadas y obligarlo a buscar identificaciones con personalidades más consistentes y firmes, por lo menos en un sentido compensatorio o idealizado. En esos momentos la identificación con ídolos de distinto tipo, cinematográficos, deportivos, etcétera, es muy frecuente. En ocasiones pueden darse identificaciones de tipo psicopático, en donde por medio de la identificación introyectiva el adolescente comienza a actuar los roles que atribuye al personaje con el cual se identificó.

En virtud de la necesidad de negar las fantasías genitales, y la posibilidad de realización edípica, los mecanismos esquizoparanoides suelen ser muy intensos. Gran parte de la relación con los padres está dissociada y éstos son vividos entonces como figuras o muy malas o muy buenas, lo que por supuesto depende fundamentalmente de cómo han sido introyectadas estas figuras en las etapas pregenitales, entre las que incluimos la fase genital previa. Las identificaciones se hacen entonces con sustitutos paren-

tales en los cuales pueden proyectarse cargas libidinales, especialmente en sus aspectos idealizados, lo que permite la negación de la fantasía edípica subyacente. Es así como aparecen relaciones fantaseadas con maestros, héroes reales e imaginarios, compañeros mayores, que adquieren características parentales, y pueden empezar a establecer relaciones que en ese momento satisfacen más.

La disociación esquizoide del adolescente es un fenómeno normal y natural que es preciso aprender a reconocer para comprender algunas de sus características. La ubicación social de este fenómeno puede hacer que se entienda con mucho más claridad la base fundamental común que presenta determinada característica cultural, en un cierto medio geográfico y tradicional.

Sólo se observará una variación externa de la forma de expresión de un fenómeno básico psicológico que es el que describo en este momento.

10. Constantes fluctuaciones del humor y del estado de ánimo

En mi primer trabajo sobre este tema (30) he señalado y enfatizado cómo los fenómenos de "depresión" y "duelo" acompañan el proceso identificador de la adolescencia. Un sentimiento básico de ansiedad y depresión acompañarán permanentemente como substrato a la adolescencia.

La cantidad y la calidad de la elaboración de los duelos de la adolescencia determinarán la

mayor o menor intensidad de esta expresión y de estos sentimientos.

En el proceso de fluctuaciones dolorosas permanentes, la realidad no siempre satisface las aspiraciones del individuo, es decir, sus necesidades instintivas básicas, o su modalidad específica de relación objetal en su propio campo dinámico. El yo realiza intentos de conexión placentera —a veces displacentera—, nirvánica con el mundo, que no siempre se logra, y la sensación de fracaso frente a esta búsqueda de satisfacciones puede ser muy intensa y obligar al individuo a refugiarse en sí mismo. He ahí el repliegue autista (38) que es tan singular del adolescente y que puede dar origen a ese "sentimiento de soledad" tan característico de esa tan típica situación de "frustración y desaliento" y de ese "aburrimento" que "suele ser un signo distintivo del adolescente" (13). El adolescente se refugia en sí mismo y en el mundo interno que ha ido formando durante su infancia preparándose para la acción y, a diferencia del psicópata, del neurótico o del psicótico, elabora y reconsidera constantemente sus vivencias y sus fracasos. Como ejemplo típico de lo contrario podemos tomar al psicópata, que siente la necesidad de actuar directamente por lo penoso que se le hace enfrentar depresivamente todas estas situaciones de su mundo interno.

La intensidad y frecuencia de los procesos de introyección y proyección pueden obligar al adolescente a realizar rápidas modificaciones de su estado de ánimo ya que se ve de pronto sumergido en las desesperanzas más profundas o,

cuando elabora y supera los duelos, puede proyectarse en una elación que muchas veces suele ser desmedida.

Los cambios de humor son típicos de la adolescencia y es preciso entenderlos sobre la base de los mecanismos de proyección y de duelo por la pérdida de objetos que ya he descrito; al fallar estos intentos de elaboración, tales cambios de humor pueden aparecer como microcrisis maniacodepresivas.

Ψ Ψ Ψ

He descrito aquí el síndrome de la adolescencia normal. Se trata por supuesto de una presentación esquemática de un proceso fenomenológico que permite apreciar la expresión conductal y determinar las características de la identidad y del proceso adolescente. Los fenómenos subyacentes, de carácter dinámico, se interpretan como el motor que determina este tipo de expresión de conducta.

Destacamos que el aceptar una "normal anormalidad" del adolescente, no implica ubicar a éste en un cuadro nosológico, sino que tiene por objeto facilitar la comprensión de este período de la vida, con las características que he destacado, todo lo cual configura una manifestación que se puede objetivar en la clínica. La descripción de esta situación, en la que han sido destacados los caracteres de "anormalidad", tiene el mismo objeto que ha llevado a Melanie Klein a hablar de fantasías psicóticas en el bebe. Se trata de ubicar la personalidad con todas sus

características dinámicas para una mejor comprensión de la misma. Las descripciones idealizadas, o los preconceptos denigratorios y persecutorios con respecto a la adolescencia, no ayudan ni al sociólogo, ni al educador, ni al psicólogo o al psiquiatra a enfrentar este período de la vida cuyo estudio profundo, curiosamente, ha sido dejado un poco de lado, si se revisa adecuadamente la literatura psiquiátrica y psicoanalítica, excepto la de los últimos dos o tres años.

Poder aceptar la anormalidad habitual en el adolescente, vista desde el ángulo de la personalidad idealmente sana o de la personalidad normalmente adulta, permitirá un acercamiento más productivo a este período de la vida. Podrá determinar el *entender* al adolescente desde el punto de vista adulto, facilitándole su proceso evolutivo hacia la identidad que busca y necesita. Solamente si el mundo adulto lo comprende adecuadamente y *facilita* su tarea evolutiva, el adolescente podrá desempeñarse correcta y satisfactoriamente, gozar de su identidad, de todas sus situaciones, aun de las que aparentemente tienen raíces patológicas, para elaborar una personalidad más sana y feliz.

De lo contrario, siempre se proyectarán en el adolescente las ansiedades y la patología del adulto y se producirá ese colapso o crisis de enfrentamiento generacional, que dificulta el proceso evolutivo y no permite el goce real de la personalidad.

BIBLIOGRAFIA

1. Aberastury, A.: "La dentición, la marcha y el lenguaje en relación con la posición depresiva". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, XV, 1/2, pág. 41, 1958.
2. — "El mundo del adolescente". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 3, pág. 3, 1959.
3. — "La fase genital previa". Buenos Aires; *Revista de Psicoanálisis*, XXI, 3, págs. 203-213, 1964.
4. — "La existencia de la organización genital en el lactante". *Revista Brasileira de Psicanálise*, I, 1, pág. 18, 1967.
5. — "La importancia de la organización genital en la iniciación del complejo de Edipo temprano". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, XXVII, 1, págs. 5-25, 1970.
6. — y Knobel, M.: "La masturbación y los mecanismos maniacos". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, VIII, 3, pág. 209, 1966.
7. Anthony, E. J.: "The reaction of adults to adolescents and their behavior". En: G. Caplan y S. Lebovici, *Psychiatric approaches to adolescence*. Amsterdam, Excerpta Medica Foundation, 1966.
8. Ashley-Montagu, M. F.: *El desarrollo reproductivo de la mujer*. Buenos Aires, Libros Básicos, 1960.
9. Ausubel, D. P.: *Theory and problems of adolescent development*. Nueva York, Grune & Stratton, 1952.
10. Bion, W. R.: "Differentiation of the psychotic from the non-psychotic personalities". Londres, *International Journal of Psychoanalysis*, 38, pág. 266, 1957.
11. Bleger, J.: *Simbiosis y ambigüedad*. Estudio psicoanalítico. Buenos Aires, Paidós, 1967.
12. Bühler, Ch.: *La vida psíquica del adolescente*. Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1950.
13. Campo, A.: "El pensamiento y la culpa en la personalidad psicopática". Trabajo presentado en la Asociación Psicoanalítica Argentina, 1963.
14. Chess, S.: *Introducción a la psiquiatría infantil*. Buenos Aires, Paidós, 1967.
15. Erikson, E. H.: "The problem of ego identity". *J. Am. Psychoanal. Assn.*, 4, pág. 56, 1956.
16. — *Infancia y sociedad*. Buenos Aires, Hormé, 1960.
17. — *Insight and responsibility*. Nueva York, W. W. Norton & Co. Inc., 1964.
18. — *Identity, youth and crisis*. Nueva York, W. W. Norton & Co., 1968. [Hay versión castellana: *Identidad, juventud y crisis*. Buenos Aires, Paidós, 1970.]
19. Fenichel, O.: *Teoría psicoanalítica de las neurosis*. Buenos Aires, Nova, 1962.
20. Freud, A.: *El yo y los mecanismos de defensa*. Buenos Aires, Paidós, 1969.
21. — "Adolescence", en R. Eissler y otros (comps.): *The psychoanalytic study of the child*. Nueva York, International University Press, XIII, 1958.
22. Freud, S.: "Una teoría sexual". *Obras Completas*. Madrid, Biblioteca Nueva, I, 1948.
23. Gallagher, J. R. y Harris, H. I.: *Problemas emocionales de los adolescentes*. Buenos Aires, Hormé, 1966.
24. Grinberg, L.: "El individuo frente a su identidad". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, XVIII, pág. 344, 1961.
25. — *Culpa y depresión*. Estudio psicoanalítico. Buenos Aires, Paidós, 1963.

26. González Monclus, E.: "Actitudes paranoides en la adolescencia". Barcelona, *Revista de Psiquiatría y Psicología Médica*, III, pág. 381, 1958.
27. Hemming, J.: *Problems of adolescent girls*. Londres, W. Heinemann Ltd., 1960.
28. Klein, M.: *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires, Hormé, 2ª ed., 1964.
29. — "Envidia y gratitud", en M. Klein y otros: *Las emociones básicas del hombre*. Buenos Aires, Nova, 1960.
30. Knobel, M.: "Psicología de la adolescencia". La Plata, *Revista de la Universidad de La Plata*, 16, pág. 55, 1962.
31. — "Psicopatología de la adolescencia", en M. Schteingart: *La adolescencia normal y sus trastornos endocrinos*. Buenos Aires, Héctor Macchi, cap. XVIII, 1964.
32. — "La adolescencia como experiencia clínica". Quito, *Arch. Crim. Neuro-psiq. y Disc. Conexas*, XIII, 52, págs. 501-506, oct.-dic. 1965.
33. — "On psychotherapy of adolescence". Basilea, *Acta Paedopsiquiátrica*, 33, pág. 168, 1966.
34. — "Discusión", al Symposium sobre "Aspectos psicosociales de la juventud". Proceedings of the IV^o World Congress of Psychiatry, Madrid, 5-11 sept. 1966. Excerpta Medica Congress Series N^o 150.
35. — "Psychotherapy and adolescence", en B. F. Riess (comp.): *New directions in mental health*. Nueva York, Grune & Stratton, I, 1968.
36. — "Youth in Argentina", en J. H. Masserman (comp.): *A transcultural psychiatric approach*. Nueva York, Grune & Stratton, 1969.
37. — "La adolescencia y su psicopatología social". Buenos Aires, *Revista de Medicina Psicosomática Argentina*, VI, 14, págs. 29-47, 1969.

38. — "Un enfoque sobre la temporalidad en el psicoanálisis de la adolescencia". Trabajo presentado a la Asociación Psicoanalítica Argentina, 1969.
39. — "Psicofarmacología y esquema corporal en la infancia". Buenos Aires, *Revista de la Sociedad Argentina de Psicofarmacología*, III, 4, págs. 13-21, 1970.
40. — y otros: "Actitudes morales y sociales en adolescentes". *Revista Interamericana de Psicología*, I, 7, 1967.
41. — y Scaziga, B.: "Actitudes de preadolescentes acerca de la menstruación". La Plata, *Revista de Psicología*, 2, págs. 75-79, 1965.
42. Langer, M.: *Maternidad y sexo*. Buenos Aires, Paidós, 1964.
43. Liberman, D.: "Acerca de la percepción del tiempo". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, XII, 3, pág. 370, 1955.
44. Meltzer, D.: "El conflicto interno de la identidad en el adolescente". Conferencia preparada para la Asociación de Psicoterapeutas de Niños. Estudio de fin de semana anual. Londres, 8 de marzo de 1963.
45. Merloo, J. A. M.: "Responsability and normality". *Arch. Crim. Psychodynamics*, 4, pág. 671, 1961.
46. Mira y López, E.: *Psicología evolutiva del niño y del adolescente*. Buenos Aires, El Ateneo, 5ª ed., 1951.
47. Mom, J. M.: "Aspectos teóricos y técnicos en las fobias y en las modalidades fóbicas". Buenos Aires, *Rev. de Psicoanál.*, XVII, 2, pág. 190, 1960.
48. Muensterberger, W.: "The Adolescent in Society", en Lorand y Scheer (comps.): *Adolescence*. Nueva York, Paul B. Hoeber Inc., 1961.

49. Mussen, P. H. y Conger, J. J.: *Child development and personality*. Nueva York, Harper & Brothers, 1956.
50. Muuss, R. E.: *Teorías de la adolescencia*. Buenos Aires, Paidós, 1966.
51. Nixon, R. E.: "An approach to the dynamics and growth in adolescence". *Psychiatry*, 24, pág. 18, 1961.
52. Pastrana, H.: Comunicación personal, 1969.
53. Ponce, A.: *Ambición y angustia de los adolescentes*. Buenos Aires, J. H. Matera, 1960.
54. Rascovsky, A. y otros: *El psiquismo fetal*. Buenos Aires, Paidós, 1962.
55. Reevy, W. A.: "Adolescent sexuality", en A. Ellis y A. Abarbanel: *The encyclopedia of sexual behavior*. Nueva York, Hawthorn Books Inc., I, 1961.
56. Rolla, E. H.: "El tiempo como objeto en la manía". *Acta Psiq. Psicol. A. Lat.*, X, 1, pág. 44, 1964.
57. — "El trabajo de la construcción de símbolos en la manía y la psicopatía", en A. Rascovsky y D. Liberman (comps.): *Psicoanálisis de la manía y la psicopatía*. Buenos Aires, Paidós, 1966.
58. Schteingart, M.: *La adolescencia normal y sus trastornos endocrinos*. Buenos Aires, H. Macchi, 1964.
59. Segal, H.: *Introduction to the work of Melanie Klein*. Londres, W. Heinemann, Medical Books Ltd., 1964. [Hay versión castellana: *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires, Paidós, 1969.]
60. Serebriany, R.: "Detención del tiempo, angustia claustrofóbica y actuación psicopática". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, XIX, 3, 1962.

61. Sherif, M. y Sherif, C. (comps.): *Problems of youth: transition to adulthood in a changing world*. Chicago, Aldine Publishing Co., 1965.
62. Sorenson, R.: "Youth's need for challenge and place in American society; its implications for adults and adult institutions". Washington, D. C., National Committee for Children and Youth Inc., 1962.
63. Spiegel, L. A.: "Identity and adolescence", en Lorand y Schneer (comps.): *Adolescence*. Nueva York, Paul Hoeber, Inc., 1961.
64. Stone, L. J. y Church, J.: *Niñez y adolescencia*. Buenos Aires, Hormé, 1959.
65. Sullivan, H. S.: *Schizophrenia as a human process*. Nueva York, W. W. Norton, 1962. [Hay versión castellana: *La esquizofrenia como un proceso humano*. México, Herrero, 1964.]
66. Thorpe, L. P. y Johnson, V.: "Personality and social development in childhood and adolescence". *Review of Educational Research*, 28, 5, págs. 422-432, dic. 1958.

*Capítulo 3***ADOLESCENCIA Y PSICOPATIA****DUELO POR EL CUERPO, LA IDENTIDAD
Y LOS PADRES INFANTILES**

ARMINDA ABERASTURY, ADOLFO DORNBUSCH,
NÉSTOR GOLDSTEIN, MAURICIO KNOBEL,
GELA ROSENTHAL y EDUARDO SALAS

ARMINDA Aberastury, al investigar las perturbaciones y momentos de crisis durante la adolescencia (1), encontró que la definición del rol femenino o masculino en la unión y procreación y los cambios corporales que se producen durante este proceso —aparición de los caracteres sexuales secundarios— son el punto de partida de los cambios psicológicos y de adaptación social que también lo caracterizan. Siguiendo sus ideas, establecimos las correlaciones entre este período de la vida y las psicopatías, que aquí exponemos.

Tanto las modificaciones corporales incontralables como los imperativos del mundo externo, que exigen al adolescente nuevas pautas de convivencia, son vividos al principio como una

invasión. Esto lo lleva como defensa a retener muchos de sus logros infantiles, aunque también coexiste el placer y el afán de alcanzar su nuevo status. También lo conduce a un refugio en su mundo interno para poder reconectarse con su pasado y desde allí enfrentar el futuro. Estos cambios, en los que pierde su identidad de niño, implican la búsqueda de una nueva identidad que se va construyendo en un plano consciente e inconsciente. El adolescente no quiere ser como determinados adultos, pero en cambio elige a otros como ideales. El mundo interno construido con las imagos paternas será el puente a través del cual elegirá y recibirá los estímulos para su nueva identidad. Este mundo interno jugará en este momento el mismo rol que tuvo "el equipo" (Spitz) en el momento de nacer; equipo que le permitirá enfrentar al mundo y adaptarse a él con mayor o menor felicidad *. Un mundo interno bueno, buenas imagos paternas, ayudan a elaborar la crisis de adolescencia tanto como las condiciones externas conflictivas y necesarias durante este período.

El adolescente se va modificando lentamente y ninguna premura interna o externa favorece esta labor, pues como toda elaboración de duelo, exige tiempo para ser una verdadera elaboración y no tomar las características de una negación.

* El equipo con el que el niño nace es el resultado: a) de lo que trae en los genes, b) de las condiciones en las que lo engendraron, c) de la vida intrauterina, y d) de la calidad del trauma de nacimiento.

ción maniaca. La patología de estos duelos emparenta la adolescencia con la psicopatía y en ambas la conducta de los padres puede favorecer o no estas negaciones, en cualquiera de los tres planos o en los tres. La pérdida que debe aceptar el adolescente al hacer el duelo por el cuerpo es doble: la de su cuerpo de niño cuando los caracteres sexuales secundarios lo ponen ante la evidencia de su nuevo status y la aparición de la menstruación en la niña y del semen en el varón, que les imponen el testimonio de la definición sexual y del rol que tendrán que asumir, no sólo en la unión con la pareja sino en la procreación. Esto exige el abandono de la fantasía de doble sexo implícita en todo ser humano como consecuencia de su bisexualidad básica.

En este período de la vida se repite el proceso que en la segunda mitad del primer año conduce al niño al descubrimiento de sus genitales y a la búsqueda simbólica de la otra parte, búsqueda que realiza a través de la actividad del juego con objetos del mundo exterior animados o inanimados. Esta exploración que el niño hace del mundo buscando la otra parte —la pareja— tiene la finalidad de elaborar la desaparición de la fantasía del otro sexo en sí mismo.

Se produce también en esa época una actividad masturbatoria intensa, que surge no sólo como un intento de descargar las tensiones genitales, sino también para negar omnipotente-mente que se dispone de un solo sexo y que para la unión se necesita de la otra parte. Es por esa

característica de negación omnipotente de la realidad —la diferencia de sexos— que la masturbación deja siempre un remanente de angustia aun cuando logre la descarga de tensiones.

En la pubertad, la aparición de una intensa actividad masturbatoria tiene nuevamente el significado de una negación maniaca y se acompaña —como en el primer caso— de fantasías de unión.

En la primera mitad del primer año estas fantasías se centran en la pareja de los padres y la escena primaria toma las características de coito continuo. El adolescente suele fantasear con el objeto amoroso y esta fantasía tiene la misma finalidad que el juego en el primer caso: elaborar la necesidad de pareja, negada a través de la masturbación.

La elaboración del duelo conduce a la aceptación del rol que la pubertad le marca. Durante la labor de duelo surgen defensas cuyo fin es negar la pérdida de la infancia.

La angustia y los estados de despersonalización que suelen acompañar a la menstruación como también a la aparición del semen, tienen el significado defensivo de no aceptar que es en el propio cuerpo en el que se están produciendo estos cambios. Ante la evidencia creciente de los cambios, se refuerza la necesidad de lograrlos.

La prueba de realidad del crecimiento de su cuerpo podría verbalizarse así: "No soy un niño, he perdido mi condición de niño; mis padres no son los padres de un niño, sino los padres de un adulto; yo tengo que comportarme como un adulto, tal como mi cuerpo."

El duelo frente al crecimiento implica al yo y al mundo externo, y los desniveles entre el crecimiento del cuerpo y la aceptación psicológica de ese hecho son mayores cuando el cuerpo cambia rápidamente, y se incrementa la angustia paranoide de ser invadido.

Un adolescente de 17 años analizado por Sara Hilda Gellon decía: "Hoy tuve por un minuto la sensación de que entiendo cómo soy, pero ¡qué raro! no me veía con mi cuerpo sino como cuando tenía 6 años."

Cuando la experiencia le dio pruebas de su crecimiento genital —embarazó a una mujer— comenzó a sentirse aun más pequeño. Repetía durante sus sesiones, refiriéndose a cualquier tipo de actividad o actuación: "Yo no puedo hacer eso porque soy muy chico" y llegó a mentir conscientemente sobre su edad atribuyéndose sólo 14 años en vez de 17.

El sentimiento de ser pequeño servía para negar la realidad de su desarrollo genital. Esta angustia se incrementó porque debió apoyar a su pareja para que abortara. En una sesión de esa época dice: "Ayer a la tarde fui a pedir la libreta y el empleado de la Universidad me dijo que parecía de 14. No me gusta que crean que soy chico, pero represento 14. Soy un chico que hago preguntas en la Facultad, que 'jode', y por eso me tienen que aguantar. En el partido dicen que se justifica lo que hago porque soy un chico." Ante la interpretación de que quiere sentirse chico para no pensar que concibió un hijo responde: "Yo no tenía nada que ver, ella se lo hizo", negando la participación del hombre en

la gestación. Y a la interpretación de que ante la culpa que siente quiere pensar que sólo ella tuvo el aborto, responde: "¿Qué quiere decir? ¡Yo sólo soy un chico que se acostó con A.!"

Sólo cuando el adolescente es capaz de aceptar simultáneamente los dos aspectos, el de niño y el de adulto, puede empezar a aceptar en forma fluctuante los cambios de su cuerpo, y comienza a surgir su nueva identidad. Ese largo proceso de búsqueda de identidad ocupa gran parte de su energía y es la consecuencia de la pérdida de la identidad infantil que se produce cuando comienzan los cambios corporales.

Es en esa búsqueda de identidad cuando aparecen patologías que pueden llevar a confundir habitualmente una crisis con un cuadro psicopático (o neurótico de diverso tipo, o aún psicótico), en especial cuando surgen determinadas defensas utilizadas para eludir la depresión, como ser la mala fe, la impostura, las identificaciones proyectivas masivas, la doble personalidad y las crisis de despersonalización, las cuales, si se alcanza a elaborar los duelos señalados, resultan pasajeros.

El psicópata —como muchos neuróticos o psicóticos—, en cambio, fracasa en la elaboración del duelo y no llega a la identidad adulta manifestando muchos de estos síntomas sin modificación.

En el adolescente y en el psicópata la elección de vocación despierta angustias similares. Lo que traba la decisión no es la falta de capacidades sino la dificultad de renunciar, porque

elegir toma el significado, no de adquirir algo, sino de perder lo otro.

Cuando el adolescente adquiere una identidad, acepta su cuerpo, y decide habitarlo, se enfrenta con el mundo y lo usa de acuerdo con su sexo. La conducta genital no se expresa sólo en el acto sexual sino en todas las actividades; por eso en el psicópata el fracaso de la identidad sexual se expresa también en todos los campos, como por ejemplo en el de la vocación.

En cuanto al duelo por los roles diremos, tal como lo señala Zac en "El impostor", que en la psicopatía, la simbiosis de roles identificados proyectivamente y asumidos total y masivamente en forma cruzada es un mecanismo defensivo. Esto es similar a lo que hemos señalado en el cuerpo. Esa simbiosis de los roles correspondería a la imposibilidad de asumir en su cuerpo la existencia de un solo sexo y de defusionar la imagen de los padres adquiriendo una nueva forma de relación con ellos.

En el adolescente, las modificaciones en su cuerpo lo llevan a la estructuración de un nuevo yo corporal, a la búsqueda de su identidad y al cumplimiento de nuevos roles: "¿Quién soy yo hoy?", "¿quién soy yo?", "si yo fuera usted", "¿yo soy como usted?", "¿yo soy como todos?", son las preguntas que diariamente se formula el adolescente.

Tiene que dejar de ser a través de los padres para llegar a ser él mismo. En los casos de adquisición precoz de identidad adulta, encontramos que es un ser "a través de alguien". Si queda detenido en eso, se produce un debilitamiento

de la identidad, similar al que se produce en el yo infantil cuando recurre permanente o demasiado preferentemente a una determinada defensa, la proyección, por ejemplo.

Del mismo modo, las ideologías precozmente adquiridas y mantenidas sin modificación adquieren carácter defensivo. Los cambios de identidad, muchas veces velocísimos, son normales en el desarrollo y sólo a través de ellos se llega a una ideología.

Lo que M. Baranger describe en su artículo sobre la mala fe, es la mejor transcripción de lo que acontece en el adolescente normal. "Existen en él una multiplicidad de identificaciones, no sedimentadas, contemporáneas y contradictorias." El adolescente se presenta como varios personajes, a veces ante los mismos padres, pero con más frecuencia ante diferentes personas del mundo externo, que nos podrían dar de él versiones totalmente contradictorias sobre su madurez, su bondad, su capacidad, su afectividad, su comportamiento, e incluso, en un mismo día, sobre su aspecto físico.

Las fluctuaciones de identidad se experimentan también en los cambios bruscos, en las notables variaciones producidas en pocas horas por el uso de diferentes vestimentas, más llamativas en la niña adolescente, e igualmente notables también en el varón.

No sólo el adolescente padece este largo proceso sino que los padres tienen dificultades para aceptar el crecimiento a consecuencia del sentimiento de rechazo que experimentan frente a la genitalidad y a la libre expansión de la perso-

nalidad que surge de ella. Esta incomprensión y rechazo se encuentran muchas veces enmascarados bajo la otorgación de una excesiva libertad que el adolescente vive como abandono.

Éste siente la amenaza inminente de perder la dependencia infantil —si asume precozmente su rol genital— en momentos en que esa dependencia es aún necesaria. Cuando la conducta de los padres implica una incomprensión de las llamativamente polares fluctuaciones entre dependencia —independencia, refugio en la fantasía—, afán de crecimiento, logros adultos —refugio en logros infantiles—, se dificulta la labor del duelo, en la que son necesarios permanentes ensayos y pruebas de pérdida y recuperación. Entre esos procesos incluimos: a) algunas técnicas defensivas como la desvalorización de los objetos para eludir los sentimientos de dolor y pérdida. Este mecanismo es el mismo en la adolescencia y en la psicopatía, pero en aquélla es sólo transitorio; b) la búsqueda de figuras sustitutivas de los padres a través de las cuales se va elaborando el retiro de cargas. Esta fragmentación de figuras parentales sirve a las necesidades y disociación * de buenos y malos aspectos paternos, maternos y fraternos, lo que trae apareado a veces trastornos de la identi-

* No es una casualidad que en casi todas las escuelas del mundo la enseñanza primaria se imparte en todo su transcurso por una figura central de maestro, y en la escuela secundaria, en cambio, se ofrece al joven un maestro para cada asignatura, adaptándose a estas necesidades de la adolescencia.

dad, que en otros casos son una consecuencia de la previa fragmentación del yo, sumada a la utilización de ideologías falsas tomadas en préstamo del adulto. Si pudieran lograr una independencia absoluta de la autoridad paterna o materna se observaría que la rebeldía frente a los padres es posible sólo cuando fluctúan con el sometimiento a otras figuras que los reemplacen.

Existe una marcada disociación entre la actitud frente a los padres y a los sustitutos. Vinculada con este fenómeno se encuentra muchas veces la búsqueda de ideologías a través de figuras sustitutivas paternas, que sin embargo no constituyen aún verdaderas ideologías. Tienen solamente el carácter defensivo de las formaciones reactivas.

Todos éstos procesos van aconteciendo en planos conscientes e inconscientes, y muchas veces aunque conscientemente desean crecer en todos los planos y ser como los padres, algo les hace temer la condición de adultos y reaccionan de un modo paradójal. Inhibiciones genitales, impotencia, angustia frente a la genitalidad, les pueden despertar la necesidad de mantenerse como niños aunque sus cuerpos les muestre que ya no lo son.

Cuando el drama se debate en este plano, cuanto más crece su cuerpo, más infantil se muestra el adolescente.

Estos conflictos, nacidos sobre todo de la disociación entre el cambio corporal y el psicológico, lo llevan a la necesidad de planificación característica de la adolescencia, que abarca desde el problema religioso o el de la ubicación

del hombre frente al mundo, hasta los más mínimos hechos de la vida cotidiana. No puede hacer planes sobre su propio cuerpo o sobre sus identidades, que muchas veces lo invaden tanto como el crecimiento corporal, y recurre entonces a la planificación y a la verbalización, que cumple en este período el mismo fin defensivo que la omnipotencia del pensamiento y la palabra entre el final del primer año de vida y el comienzo del segundo.

Pronunciar la palabra es como realizar el acto, y para el adolescente, hablar de amor, o planificar sobre su vida amorosa futura aparece como una defensa ante la acción que siente imposible desde dentro o desde fuera. Está en pleno crecimiento pero es impotente aún para hacer un uso positivo de sus logros, tanto en el plano genital, como en el de sus nuevas capacidades, que se desarrollan en todos los planos.

El mundo externo, en su dificultad de aceptar el crecimiento genital, va poniendo vallas, o por lo menos no facilita el libre ejercicio de su genitalidad, de sus capacidades económicas y prácticas en general, lo que secundariamente refuerza las defensas que inicialmente erigió frente al crecimiento.

La crisis puberal determina un autismo defensivo, y la impotencia despertada por la continua frustración frente al mundo real externo dificulta su salida hacia ese mundo y lo hace refugiarse en la planificación y en las ideologías. Circularmente, esa planificación y esas ideologías defensivas, si se estabilizan, pueden aislarlo cada vez más del mundo.

El adolescente es un ser humano que rompe en gran parte sus conexiones con el mundo externo, pero no porque esté enfermo, sino porque una de las manifestaciones de su crisis de crecimiento es el alejamiento del mundo para refugiarse en un mundo interno que es seguro y conocido.

Como en todo impulso de crecimiento, existe también el temor a lo nuevo. La maduración genital lo pone frente a la evidencia de que posee un instrumento efector de su vida genital, fantaseada y anhelada desde la segunda mitad del primer año, cuando con el desprendimiento del vínculo oral con la madre se instala el triángulo edípico y el anhelo de recuperar a través de los genitales la unión perdida boca-pecho. Mientras esta unión es fantaseada o realizada a través de la actividad de juego o de la masturbación con fantasías omnipotentes de tener los dos sexos, la angustia es mantenida a raya con métodos defensivos propios de la infancia. Pero cuando aparece el elemento nuevo, la posibilidad de llevar a la acción lo que hasta entonces era fantasía, no sólo incrementa la angustia, sino que ésta toma nuevas características que exigen también que se erijan nuevas defensas*.

* Se repite lo que en el plano oral aconteció cuando las fantasías canibalísticas, que eran sólo fantasías, pasan, con la aparición de los dientes, a ser una realidad posible de ser realizada a través del instrumento efector que es el diente. Este acontecimiento pone en marcha la genitalidad, una serie de logros y también la adquisición de la palabra.

La omnipotencia de las ideas y la planificación son defensas que a esa edad están al servicio de la adaptación a un nuevo rol. El incremento de la angustia, la debilidad del yo y mecanismos previos de solución de conflictos por la acción pueden llevar al adolescente a fugarse hacia una precoz genitalidad, o a un tipo de actuación con apariencias de madurez temprana que encubre un fracaso en la personificación.

En el primer caso nos vamos a encontrar con actuaciones psicopáticas que se evidencian en la tendencia a la acción no planeada y que buscan encontrar en la acción misma el castigo por deseos prohibidos. Por ejemplo, en adolescentes psicopáticos con tendencia al *acting-out* sexual se encuentra el más alto porcentaje de contagio venéreo.

Vamos ahora a establecer comparaciones entre algunos de los rasgos que se consideran característicos de las psicopatías y de la adolescencia, que se comprenden a la luz de la elaboración de los duelos mencionados.

El psicópata necesita, generalmente, estar con gente; su forma de comunicación se da a través de la acción y necesita de los otros para realizarla. Además, por miedo a conocer su interior busca estar acompañado, para no sentir su propia soledad.

El adolescente, por el contrario, necesita estar solo y replegarse en su mundo interno. Le es necesario este recogimiento para, desde allí, salir a actuar en el mundo exterior.

El autismo que se ha descrito como típico de la adolescencia lo conduce a una cierta torpeza en la comprensión de lo que pasa a su alrededor; está más ocupado en conocerse que en conocer a los demás.

El psicópata, por el contrario, tiene un *insight* defensivo sobre lo que el otro necesita y lo utiliza para su manejo. En el psicópata es manifiesta la compulsión a actuar y la dificultad para pensar, y la acción no tiene el valor instrumental de adquirir experiencia.

El adolescente piensa y habla mucho más de lo que actúa. Cree en la comunicación verbal y la necesita. Se frustra si no es escuchado y comprendido. Cuando se produce un fracaso repetido en esta comunicación verbal puede recurrir al lenguaje de acción y eso se hace muy evidente en la compulsión a robar o a realizar pequeños actos delictivos; en ese momento, el adolescente entra ya dentro de cierta psicopatía.

M. Klein fue la primera en señalar la fuente de sufrimiento que es, en el niño, la imposibilidad de hablar para comunicarse, y cómo ese sufrimiento puede agudizarse cuando ha adquirido ya algunas palabras pero no es comprendido en su medio.

En la adolescencia, la comunicación verbal adquiere el singular significado de un preparativo para la acción y como la palabra está investida de una omnipotencia similar a la que tenía en la infancia, el hablar de amor equivale al amor mismo, y no ser atendido en sus comunicaciones verbales implica ser desestimado en

su capacidad de acción. Esto explicaría la susceptibilidad que caracteriza al adolescente cuando no se lo escucha. El fracaso en esa comunicación puede conducirlo a la acción.

En el caso de B., varón de 15 años, cuando perdió la esperanza de ser comprendido por sus padres, empezó a escribir su diario íntimo y casi paralelamente comenzó a realizar pequeños robos que describía en el mismo diario. Se las arregló de tal modo que este diario despertase la atención de sus padres. A través de la confesión verbal del acto delictivo, la palabra recuperaba su perdido valor de comunicación. Los padres relataban cómo este joven, que había terminado por estar totalmente desconectado de ellos, que se les había transformado en un extraño, restableció la conexión perdida a través de su diario.

La utilización de la palabra y el pensamiento como preparativos para la acción es una característica del adolescente y cumple la misma función que el juego en la infancia: permitir la elaboración de la realidad y adaptarse a ella*.

La identidad lograda al final de la adolescencia, si bien tiene su relación con las identifica-

* Una de las formas en que el adolescente del que hemos hablado quiso negar su responsabilidad fue el estudio del "determinismo filosófico": si todas las cosas en el mundo tienen un destino fijado de antemano, él nunca hubiera podido impedir lo que ocurrió. En su desesperada necesidad de eludir la culpa, llegó a formulaciones matemáticas que probaban lo ineludible de lo que está determinado en la naturaleza.

ciones del pasado, incluye todas las del presente y también los ideales hacia los cuales tiende. El destino de las identificaciones de la infancia dependerá no sólo de la elaboración interna que realiza el niño, sino también de las pautas de conducta de la familia y de la sociedad. La formación de la identidad comienza con la vida misma, pero el logro de la identidad sexual exige la libre experimentación, y atraviesa fluctuaciones*. En ese sentido, los tabúes y prohibiciones sexuales y las inhibiciones genitales de padres y maestros no sólo la retardan, sino que pueden conducir a su patología.

En un buen desarrollo, la aceptación de la vida conduce a una aceptación de la muerte como un fenómeno dentro de la evolución, lleva a una mayor capacidad de amor y de goce y a una mayor estabilidad de los logros. En cambio, si los sentimientos de pérdida están negados, como en el psicópata, no existe el cuidado por el objeto ni por sí mismo, el afecto está negado y la capacidad de goce en la vida disminuida.

La elaboración del duelo por el cuerpo infantil y por la fantasía del doble sexo conduce a la identidad sexual adulta, a la búsqueda de pareja y a la creatividad. Cambia así la relación con los padres adquiriendo ésta las características de las relaciones de objeto adultas.

* Este tema está tratado más exhaustivamente en el capítulo sobre el Síndrome de la Adolescencia Normal, de Knobel, y en el de Rosenthal y Knobel.

El logro de la identidad y la independencia lo conduce a integrarse en el mundo adulto y a actuar con una ideología coherente con sus actos.

El psicópata, por un fracaso en la elaboración de esos duelos, no alcanza la verdadera identidad y la ideología que le permitirían alcanzar este nivel de adaptación creativa.

BIBLIOGRAFIA

- Aberastury, A.: "La fase genital previa". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, XXI, 3, págs. 203-213, 1964.
- "La existencia de la organización genital en el lactante". *Revista Brasileira de Psicoanálise*, I, 1, pág. 18, 1967.
- "La importancia de la organización genital en la iniciación del complejo de Edipo temprano". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, XXVII, 1, págs. 5-25, 1970.
- Baranger, M.: "Mala fe y omnipotencia". *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, V, nos. 2-5, 1963.
- Klein, M.: *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires, Hormé, 2ª ed., 1964.

Capítulo 4

ADOLESCENCIA Y PSICOPATIA

CON ESPECIAL REFERENCIA A LAS DEFENSAS

ARMINDA ABERASTURY, ADOLFO DORNBUSCH,
NÉSTOR GOLDSTEIN, MAURICIO KNOBEL,
GELA ROSENTHAL y EDUARDO SALAS

LA idea de escribir este trabajo surgió en nuestro grupo de estudios, luego de la lectura de dos historiales, uno de Betty Joseph (5) y otro de Alberto Campo (2), en los que describen el análisis de adolescentes psicopáticos. Como en la adolescencia hallamos muchas de las perturbaciones que se encuentran en la psicopatía, nos pareció interesante estudiar algunas de sus diferencias y semejanzas, apoyándonos en estos casos ya conocidos. Mientras lo escribíamos surgió la idea de incluir el material clínico de un adolescente analizado por Sara Hilda Gellon y controlado por Arminda Aberastury *

* Se trataba de un joven de 17 años que había empezado su vida sexual. Mantenía una relación amorosa estable con una mujer casada, madre de tantos hijos como su propia madre. En este caso pudimos compro-

para mostrar, utilizando material clínico, algo de lo que teóricamente describimos al hablar de adolescencia.

Como ya lo señalamos, los cambios corporales y psicológicos que se producen durante la pubertad y la adolescencia obligan al sujeto a abandonar la identidad y los roles que caracterizaron su status de niño. Esta renuncia exige una dolorosa y lenta labor de duelo que incluye al cuerpo, la mente y las relaciones de objeto infantiles. Desde esta perspectiva la adolescencia, analizada detenidamente en capítulos anteriores, es uno de los grandes momentos en la vida del individuo en su relación con el mundo circundante*.

bar —con claridad poco frecuente y mientras los estaba viviendo— los procesos de duelo por la infancia que caracterizan a la adolescencia. La elaboración depresiva del embarazo y aborto que luego mencionamos nos permitió ver cómo se defendió de asumir la paternidad. Al hacer consciente el duelo por el hijo perdido surgieron sentimientos de pérdida y dolor no sólo por el hijo sino por su paternidad no cumplida.

* Los otros son el nacimiento, la instalación de la fase genital previa, alrededor del sexto mes de vida, y el final del primer año con la aparición de la genitalidad, la bipedestación, la marcha y el lenguaje. La importancia fundamental de estos cambios explica por qué ha sido necesaria la búsqueda de nombres que caractericen el cambio de status de feto a infante, de infante a niño, de niño a adolescente y de adolescente a adulto. En cada uno de ellos se impone la ruptura de una identidad y el logro de una nueva, a través de una forma de conexión con los objetos.

En vista de que los conceptos generales sobre psicopatías han sido publicados con todo detalle en la obra *Psicoanálisis de la manía y la psicopatía* editada por A. Rascovsky y D. Liberman, pasaremos directamente a mostrar las relaciones entre las defensas usadas en la psicopatía y las que surgen durante el desarrollo normal de la adolescencia. Puede señalarse, siguiendo a Betty Joseph, que las defensas en las psicopatías son técnicas para eludir la depresión, la culpa y la criminalidad, a lo que Campo agrega la tendencia al suicidio. Por medio de ellas el psicópata consigue lo que parecería ser su objetivo fundamental: *lograr un aparente equilibrio* *.

Ya aquí podemos señalar que en la adolescencia la movilidad, multiplicidad e intercambiabilidad de las defensas otorga, sólo transitoria y parcialmente —y en determinadas ocasiones— *la apariencia de equilibrio* descrito en las psicopatías. Esto se logra y se pierde tantas veces como obtenga el yo éxitos o fracasos transitorios en el establecimiento de la identidad.

Otra diferencia fundamental es el uso que ambos hacen del lenguaje. En el adolescente la palabra es un medio básico de comunicación. En

* En su trabajo "Comentarios sobre el análisis de un psicópata", R. H. Etchegoyen describe en diversas situaciones los distintos mecanismos defensivos que presentaba su paciente adolescente y hace mención en especial a un tipo de defensa que denomina (según sugerencia de Grinberg) "*insight* defensivo" y que se agrega a los ya mencionados por Betty Joseph y Alberto Campo.

el psicópata ha perdido este valor instrumental, siendo sustituida en parte por la acción. Si bien en el psicópata un daño en las funciones del yo, a consecuencia del ejercicio repetido y rígido de determinadas defensas, puede traer como consecuencia una compulsión a hablar, en este caso el lenguaje es más acción que comunicación. Un especial trastorno del pensamiento —cuando el lenguaje pierde su valor de comunicación y adaptación a la realidad— es la compulsión a actuar que puede invadir el campo del trabajo y del aprendizaje. La finalidad de esta defensa es poder dominar la angustia de la espera.

El adolescente que trató Betty Joseph, la atacaba indiscriminadamente con el cuerpo o con palabras y este mismo impulso lo conducía a arañarse o desgarrarse el cuerpo. Este mecanismo es subyacente a las actuaciones impulsivas suicidas, que también son frecuentes en este período. En el terreno sexual, la huida hacia una acción que tiene el significado de una seudogenitalidad provoca también autoagresiones en el cuerpo y en la mente. En ambos casos la compulsión a atacar o atacarse parece ser el producto de un inadecuado manejo de la función perceptiva del yo y de la del control de la motricidad (al servicio de la autoconservación) por el uso imperfecto de defensas cuya finalidad debería normalmente ser la de luchar contra la angustia para que ésta no inunde al yo, permitiéndole funcionar libremente.

En el psicópata, a diferencia del adolescente, el aprendizaje no se logra a través de la acción,

porque ésta es usada como defensa. Mecanismos de proyección, negación y represión condicionan trastornos en la memoria y en la relación con los objetos. Tanto la negación de la percepción como la del vínculo con los objetos acarrea una verdadera locura de la percepción.

Alberto Campo estudia exhaustivamente las defensas que entran en juego para determinar en las psicopatías el trastorno del pensamiento y la ausencia de la culpa. Señala que al negar la culpa se está negando también el vínculo con el objeto. La negación del vínculo trae apareada la imposibilidad de rehacer el objeto en la memoria, lo que inevitablemente trae un déficit en la acumulación de experiencias. Al borrarse la experiencia se niega también cualquier responsabilidad por el acto y éste, por lo tanto, no puede relacionarse con hechos nuevos, lo que hace que el psicópata no pueda prever, porque la condición básica de toda previsión es el recuerdo causal y fiel de la experiencia acumulada. El daño en la función mnémica se origina en el uso excesivo de la represión y de la negación. Lo que habitualmente se señala en los psicópatas como "incapacidad de tolerar tensiones" se explica quizás y es la expresión del fracaso del uso de defensas que, al estar *concentradas* en el logro de un *aparente equilibrio*, descuidan el manejo más útil de las mismas para el dominio de la ansiedad. Este *equilibrio aparente* está muy relacionado con la impostura, la mentira y la mala fe, modalidades todas del fracaso en la consecución de la identidad, como se ha estudiado en otros trabajos.

El esfuerzo por querer controlar las tendencias destructivas puede llevar al paciente —junto con el logro de este *aparente equilibrio*— a un aburrimiento o a una paralización, de lo que sólo logra evadirse a través de la acción impulsiva, expresando en este síntoma la lucha entre la vida y la muerte y su fracaso en el control de la motricidad. Tanto en el adolescente como en el psicópata la acción puede ser una defensa contra la paralización, el aburrimiento y el deseo de muerte.

Como el pensamiento impone una demora y el yo del psicópata no sabe esperar, ignora los límites de la acción y sus consecuencias y se produce un trastorno en el pasaje del pensamiento a la acción. En el adolescente, en cambio, el pensamiento es una preparación para el actuar. Después de cada acción le queda como residuo una experiencia que enriquece el aprendizaje y de la que se siente responsable.

Por supuesto, sería necesario investigar cuáles son los acontecimientos y cuál el período de la vida en el que surge por primera vez este trastorno en la psicopatía. Pensamos que el punto de vista de Melanie Klein (3) sobre el origen del pensamiento arroja alguna luz sobre el problema. El pensamiento es para ella el hijo espiritual tenido con los padres en el comienzo de la situación edípica junto con la aparición del instinto epistemofílico. Si en el psicópata —tal como lo hemos señalado en el trabajo sobre duelo— existe una dificultad para llegar a la identidad sexual y una fijación a la imagen de los padres en coito, la iniciación del complejo de

Edipo y la génesis del pensamiento estarían dificultados ya desde el principio. Entre otros motivos desencadenantes incluimos también la duplicidad real de figuras maternas o paternas cuando ambas realizan roles intercambiables o semejantes en la educación del niño (madre-ama de leche, madre-abuela, madre-amante del padre, padre-amante de la madre), porque dificultan la integración de la imago de la madre y en consecuencia de la del padre.

En el caso citado por Campo se ve la actuación de un yo débil y un mal manejo de las defensas desde el primer momento, ya que señala un retraso en la dentición —el primer diente apareció a los ocho meses— y en la marcha —que se inició a los catorce meses—. Traumas posteriores: a) operación de amígdalas a los cinco años, y b) golpes en las piernas, reforzaron los mecanismos defensivos. Además, en este caso, la actitud retentiva y sobreprotectora de la madre que “le permitía ver el mundo sólo por la ventana y bajo su vigilancia”, trabó las relaciones con el padre desde el comienzo del complejo de Edipo y ulteriormente con todos los objetos del mundo exterior. Las angustias genitales y el sometimiento anal a la madre se hicieron evidentes en las febrículas —calenturas—, que desaparecieron cuando ésta abandonó la costumbre de tomarle la temperatura rectal.

Este y otros casos nos llevaron a pensar que para investigar el punto de fijación de la psicopatía sería imprescindible estudiar siempre las circunstancias y manejos defensivos que en el primer año de vida dificultaron la elaboración

del duelo por el pecho y el paso al padre, ya que el fracaso en el logro de la identidad sexual es, como hemos visto, de fundamental importancia en este trastorno. Otro hecho que nos hace pensar en la trascendencia de este momento del desarrollo para encontrar el punto de fijación de la psicopatía es que la palabra —cuya sede es la boca— está perturbada hasta el punto de ser suplida por la acción con todo el cuerpo (7).

También convendría estudiar en la génesis de la dificultad para alcanzar la identidad sexual, los acontecimientos que en la genitalidad temprana —luego del descubrimiento de los genitales— pueden trabar su evolución. Se hace necesario así investigar detenidamente la exploración, la exhibición, la masturbación, el juego, la identificación proyectiva con la pareja de los padres y el predominio de situaciones internas o externas, que condicionan el uso de defensas que, perturbando el desarrollo, permiten sin embargo mantener un *equilibrio aparente*.

En las psicopatías la identidad sexual está en conflicto porque no se ha resuelto en el curso del desarrollo: el psicópata no ha elaborado adecuadamente el duelo por el otro sexo. Por eso la escena primaria sigue teniendo un rol tan importante, como tan repetidamente lo señala Zac en su trabajo sobre el impostor (8).

La definición sexual impuesta por la pubertad trae como consecuencia una negación defensiva de la diferenciación como intento de negar el necesario duelo por la otra parte. La escena primaria vivida como un coito continuo tranquiliza al púber, la unión evita la pérdida. Unido

al otro sexo conservará a la vez sus genitales y los del otro. De esta manera satisface a través de la identificación proyectiva la necesidad de unirse, y en su cuerpo la niega (2).

En el psicópata y en el adolescente una defensa contra la intimidación sexual es poner distancia (interna o externa) frente al sexo opuesto mediante un control fóbico. Pero el miedo y la desconfianza iniciales llevan al adolescente a prepararse para la intimidación sexual mediante pruebas de pérdida y recuperación de esa distancia, lo que en el psicópata es imposible porque la acción no enriquece, ni siquiera mínimamente, este aprendizaje.

Una adolescente de 18 años tratada por Eduardo Salas planteó en una sesión la necesidad de irse del grupo, porque consideraba muy superficial dicha terapia para los conflictos que ella quería elaborar. Justamente en la sesión anterior uno de los integrantes había traído al grupo la narración de cómo había excitado a su chica y qué actitudes había tomado ésta al sentir su orgasmo. La paciente trataba de esta manera de poner distancia entre su propia excitación y la de la protagonista del relato del otro. Por su parte éste contó el susto que se llevó al ver a su pareja excitada y en orgasmo. Tanto lo había asustado que hacía una semana que no la veía y tenía miedo de encontrarse con ella (evitación fóbica)*.

* El adolescente tratado por Sara Hilda Gellon mostró estos mecanismos en una sesión que fue estudiada exhaustivamente durante un control colectivo, pero la

También en la adolescencia, ante la inminencia y posibilidad del logro de unión genital, surgen defensas propias para ese momento y para la ansiedad que provoca. Una de ellas es la omnipotencia de las ideas. Mediante ella puede realizarse todo sin experimentar el peligro de la prueba de realidad por la acción. Un adolescente que había hablado durante muchas sesiones de sus actividades políticas en la facultad, dijo:

“Querían intervenir la facultad, los diarios nos criticaron porque hicimos el acto por los caídos el 9 de junio en las reuniones...” Cuando la analista le pidió que describiera las reuniones, dijo: “Esas que hace Romero con otros en el salón grande con sillas tapizadas muy lindas. Yo nunca entré, lo vi desde afuera.” El salón a que se refería era el Consejo de la facultad, que a pesar de haberlo mentado muchas veces, evidentemente desconocía. Al mostrársele así que no se atrevía a entrar en el mundo de los grandes, comenzó a quebrársele la defensa estructurada —en este caso— bajo la forma de una ideología política erigida contra una realidad que lo asustaba. El paciente dijo: “Es cierto, no sé nada, creo que en el Consejo *hasta hay estudiantes*. R., un compañero de partido, entró en la clase de Borges y le gritó: *Yo no podría*.” La omnipotencia de las ideas y la

extensión del trabajo nos impide exponerlo aquí. En la hora anterior a la del paciente venía una mujer joven con la que se encontraba cuando llegaba temprano; empezó a llegar tarde para evitarla y fue esa evitación fóbica la que se estudió en detalle.

planificación son defensas que en ese período están al servicio de la adaptación a un nuevo rol.

La necesidad de experiencias amorosas y el temor a tenerlas pueden conducir al adolescente a utilizar como defensa la compulsión a “devorar novelas” o a “devorar películas”, intentando de esta manera aprender a través de personajes lo que no logra realizar en la vida real. A veces se refugia en una compulsión a extraer de los libros la experiencia que tampoco se atreve a investigar en la vida real, y el estudio se transforma más en una defensa que en una sublimación. Una niña de diez años* desplazó las ansiedades provocadas por los cambios corporales, que le sucedían en forma rápida y continuada, a una desproporcionada preocupación por sus estudios, sintiéndose obligada a obtener notas muy altas en todas las asignaturas. Conseguía sus calificaciones pero sufriendo una gran preocupación, que no correspondía con la realidad. En la única materia donde fallaba esta defensa era en geografía, materia dictada por un profesor, es decir por un sujeto de distinto sexo que el suyo. Las dificultades estaban centradas en el recuerdo de los accidentados bordes de los continentes. Asociaba golfos, bahías, penínsulas y demás irregularidades con su propio cuerpo y los cambios que éste iba sufriendo con el crecimiento.

El miedo a la intimidad sexual entra en conflicto con la pujanza instintiva, que lo impele

* Tratada por Eduardo Salas.

a la investigación y a la unión, y el adolescente suele resolverlo con medidas defensivas que lo conducen a actitudes fóbicas frente al otro sexo. Desde este punto de vista es importante estudiar la relación del adolescente con el tiempo, y la necesidad que siente de precipitar las experiencias o demorarlas, porque en este período existe una polaridad entre el sentirse extremadamente joven y extremadamente viejo, sin tiempo ya para vivir.

El dejarse morir, señalado por Grinberg (4) como deseo de una parte del yo explica las crisis de muerte y las fantasías suicidas en los adolescentes y confirma lo que Campo observa al estudiar las defensas erigidas en las psicopatías. Ese deseo de morir puede transformarse en un suicidio real, cuando fracasa el pensamiento y se llega a la acción. En estos casos, "ser" un suicida puede transformarse en una elección de identidad (Erikson) con el mismo significado de la adquisición de identidad a través del apellido, de la fortuna, de la fama de los padres, donde existe un verdadero fracaso de la identidad, una muerte del propio yo.

Frente a la angustia que trae la difusión de la identidad en el adolescente y en el psicópata, puede surgir la búsqueda de una identidad totalitaria, como si el definitivo hecho de ser alguien y alguien malo o incluso morir en forma total y por elección libre fuera mejor que ser "más o menos alguien..." (3):

Esta misma angustia vinculada con el trastorno en la percepción del decurso del tiempo es la que impulsa a un adolescente a iniciar pre-

cozmente su vida genital antes de haber elaborado su identidad sexual, como si no pudiera esperar a que ésta llegue.

La misma premura en la búsqueda de la identidad total puede conducir a la adquisición de ideologías que son sólo defensivas o, en muchos de los casos, prestadas por el adulto, pero no auténticamente incorporadas al yo. Tanto la ideología como la identidad son necesidades del yo adolescente para poder integrarse en el mundo del adulto: nueva situación en la que se siente urgido por el desarrollo corporal. Con sus raíces en el pasado, cada ideología debe ser como la imagen del cuerpo, una creación y no una dádiva ni un préstamo. "Una ideología —según Erikson— debe ser un sistema coherente de imágenes, ideas e ideales compartidos que proveen a sus participantes de una orientación total, coherente, sistemáticamente simplificada en el espacio, en el tiempo, en los medios y en los fines." La adolescencia necesita basar sus rechazos y sus aprobaciones en alternativas ideológicas relacionadas en forma vital con los límites existentes en la formación de la identidad. Su adquisición exige un largo proceso, en el cual se va elaborando el duelo de las ideologías sustitutivas de la relación con los padres. Es frecuente que los primeros intentos tengan las características de una formación reactiva contra ellos o se asimilen totalmente a los de una persona que constituye un ideal sustitutivo de los padres. La propia ideología surge a la par de la identidad adulta. El logro de esta identidad es una meta a la que debe llegarse asu-

miendo la creatividad en forma de paternidad o de maternidad tanto como de creatividad en el mundo, y se logra a través de los duelos mencionados. Cuando el adolescente comienza a sentirse cómodo en su propio cuerpo y cuando empieza a saber adónde va, tiene la certidumbre de empezar a ser reconocido en su medio, adquiere una cierta conciencia tranquila de ese crecimiento y disminuye la intensidad de las defensas. Entonces sus logros se hacen más fáciles y útiles. En el psicópata el fracaso en la elaboración del duelo de la infancia, en los tres planos estudiados, le impide el logro de una identidad coherente y de una ideología verdadera, lo que le imposibilita incluirse en el mundo y actuar en él adecuadamente. El psicópata actúa como si tuviese los dos sexos; en consecuencia la elección de pareja pierde importancia y se refuerza el interés por la pareja de los padres, y la confusión en su identidad lo lleva a no poder formarse una ideología propia*.

* Comprendemos que éste es sólo un primer acercamiento al problema y que hay mucha literatura sobre el tema que ha quedado fuera de este trabajo, pero era la forma de centrarlo en una hipótesis de investigación que surgió —tal como hemos señalado al comienzo— de la lectura de dos historiales. Parte de los trabajos elaborados, y especialmente este capítulo, fueron concretados en un grupo de estudios dirigido por A. Aberastury e integrado por Elsa Aisenberg, Delia Grad, Alicia Aslan de Marotta y Guillermo Rinaldi, a quienes agradecemos sus valiosos aportes.

BIBLIOGRAFIA

1. Aberastury, A.: "La dentición, la marcha y el lenguaje, y su relación con la posición depresiva". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, XV, 1958.
2. Campo, A.: *El pensamiento y la culpa en la personalidad psicopática*. Buenos Aires, A.P.A., 1963.
3. Erikson, E.: "El problema de la identidad del yo. Identidad y adolescencia". Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, V, 2-3, 1963.
4. Grinberg, L.: "El individuo frente a su identidad". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, XVIII, pág. 5, 1961.
5. Joseph, B.: "Some characteristics of the psychopathic personality". *International Journal of Psychoanalysis*, XLI, 4-5, 1960.
6. Klein, M.: *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires, Hormé, 1964.
7. Stoller, R. J.: "A contribution to the study of gender identity". *International Journal of Psychoanalysis*, XXV, 2-3, 1964.
8. Zac, J.: "El impostor. Contribución al estudio de las psicopatías". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, XXI, 1, pág. 58, 1964.

Capítulo 5

EL PENSAMIENTO EN EL
ADOLESCENTE Y EN EL
ADOLESCENTE PSICOPATICO

por GELA ROSENTHAL y MAURICIO KNOBEL

EN este capítulo presentamos las ideas surgidas en un grupo de estudio dirigido por Arminda Aberastury*, elaborando sus nociones y el material surgido en las discusiones del tema (1, 2).

Básicamente, el proceso de la adolescencia, tal como está definido en el capítulo sobre el Síndrome de la Adolescencia Normal, basado en conceptos de Knobel (7), implica un cierto grado de conducta psicopática inherente a la evolución normal de esa etapa. La exageración en la intensidad o la persistencia de estos fenómenos configura la psicopatía, en el sentido nosológico del término.

* Grupo constituido por Arminda Aberastury, Adolfo Dornbusch, Néstor Goldstein, Mauricio Knobel, Gela Rosenthal y Eduardo Salas.

De acuerdo con A. Aberastury, en la adolescencia se puede observar la elaboración de tres duelos fundamentales:

- 1) duelo por el cuerpo infantil;
- 2) duelo por la identidad y el rol infantil;
- 3) duelo por los padres de la infancia.

Veamos cómo estos tres duelos repercuten en la esfera del pensamiento.

DUELO POR EL CUERPO INFANTIL

En virtud de las modificaciones biológicas características de la adolescencia, el individuo, en esta etapa del desarrollo, se ve obligado a asistir pasivamente a toda una serie de modificaciones que se operan en su propia estructura, creando un sentimiento de impotencia frente a esta realidad concreta, que lo lleva a desplazar su rebeldía hacia la esfera del pensamiento. Este se caracteriza, entonces, por una tendencia al manejo omnipotente de las ideas frente al fracaso en el manejo de la realidad externa. Vive en ese momento la pérdida de su cuerpo infantil con una mente aún en la infancia y con un cuerpo que se va haciendo adulto. Esta contradicción produce un verdadero fenómeno de *despersonalización* que domina el pensamiento del adolescente en los comienzos de esta etapa, que se relaciona con la evolución misma del pensamiento. Las palabras son las adquisiciones culturales transmitidas a los niños

por los padres. La pérdida de los objetos reales se va sustituyendo por símbolos verbales que son las palabras (pecho y madre reales se reemplazan por las palabras correspondientes). Estos símbolos pueden manejarse omnipotente-mente en su sustitución fantaseada, y a medida que el pensamiento evoluciona, lo conceptual simbólico reemplaza cada vez más a lo concreto real egocéntrico (9). En el adolescente normal este manejo de las ideas le sirve también para sustituir la pérdida de su cuerpo infantil y la no adquisición de la personalidad adulta, por símbolos intelectualizados de omnipotencia, reformas sociales y políticas, religiosidad, en donde él no está directamente comprometido como persona física (ya que en este estado se siente totalmente impotente e incómodo), sino como entidad pensante. Niega así su cuerpo infantil perdido, y en fluctuaciones incesantes con la realidad, que lo ponen en relación con sus padres, su familia y el mundo concreto que lo rodea y del cual depende, elabora esa pérdida y va aceptando su nueva personalidad.

La despersonalización del adolescente implica una proyección en la esfera de una elucubración altamente abstracta del pensamiento y explica la relación lábil con objetos reales a los que rápidamente pierde, como pierde paulatina y progresivamente su cuerpo infantil.

“Esto nos permite seguir el equilibrio progresivo y comprender el papel específico de la vida mental, el cual consiste en conquistar una movilidad y una reversibilidad completas, imposibles de realizar en el plano orgánico” (10).

Este proceso de despersonalización fluctuante en el adolescente normal puede por exageración en su intensidad o por fijación evolutiva adquirir las características observadas en la psicopatía.

La simbolización fracasa, el símbolo y lo simbolizado se confunden y las ideas tratan de desarrollarse en el “plano orgánico”, que es lo que lleva a la acción en cortocircuito (3). Aquí la confusión puede ser extrema y el adolescente niega su realidad biopsíquica comenzando a actuar roles fantaseados que siente como verdaderos.

Todo el fenómeno del “impostor” (11) o el de “si yo fuera usted” (6) caben en esta descripción. Esto nos lleva al conflicto de identidades y al segundo duelo.

DUELO POR LA IDENTIDAD Y POR EL ROL INFANTIL

En la infancia, la relación de dependencia es la situación natural y lógica; el niño acepta su relativa impotencia, la necesidad de que otros se hagan cargo de cierto tipo de funciones vitales, y su yo se va enriqueciendo mediante el proceso de proyección e introyección que configura la identificación. En la adolescencia hay una confusión de roles, ya que al no poder mantener la dependencia infantil y al no poder asumir la independencia adulta, el sujeto sufre un fracaso de personificación y así, el adolescente

delega en el grupo gran parte de sus atributos, y en los padres, la mayoría de las obligaciones y responsabilidades. Recurre a este mecanismo esquizoideo quedando su propia personalidad fuera de todo el proceso de pensamiento, con un manejo omnipotente; es la irresponsabilidad típica del adolescente, ya que él entonces nada tiene que ver con nada y son otros los que se hacen cargo del principio de realidad. Así nos podemos explicar una característica típica de la adolescencia, la "falta de carácter", surgida de este fracaso de personificación, que a su vez lo lleva a confrontaciones reverberantes con la realidad; un continuo comprobar y experimentar con objetos del mundo real y de la fantasía que se confunden también, permitiéndole a su vez despersonalizar a los seres humanos, tratándolos como objetos necesarios para sus satisfacciones inmediatas. Esta *desconsideración* por seres y cosas del mundo real hace que todas sus relaciones objetales adquieran un carácter, si bien intenso, sumamente lábil y fugaz, lo cual explica la inestabilidad afectiva del adolescente, con sus crisis pasionales y sus brotes de indiferencia absoluta. Aquí, la exclusión del pensamiento lógico, que surge del duelo por el rol infantil, se convierte en la actuación afectiva, como el duelo por el cuerpo de la infancia se convertía en la actuación motora. El manejo objetal, realizado de la manera descrita, lo lleva a una serie de continuos cambios, a través de los cuales establecerá su identidad, siguiendo un proceso lógico de maduración. En este desarrollo, y en parte, por los

mecanismos de negación del duelo y de identificación proyectiva con sus coetáneos y con sus padres, pasa por períodos de confusión de identidad. El pensamiento, entonces, comienza a funcionar de acuerdo con las características grupales, que le permiten una mayor estabilidad a través del apoyo y del agrandamiento que significa el yo de los demás, con el que el sujeto se identifica.

Esta sería una de las bases del fenómeno de las "barras", en donde el adolescente se siente aparentemente tan seguro, adoptando roles cambiantes y participando de la actuación, responsabilidad y culpas grupales. Estas experiencias grupales son trasladadas a su propio proceso de pensamiento, en el cual los afectos y los objetos depositarios de los mismos son también fragmentados y tratados con prescindencia de una responsabilidad personal. Amor y odio, culpa, reparación, son intermitentemente vividos con intensidad y rápidamente eliminados, para volver a ocupar posteriormente el pensamiento, en ese proceso constante de aprendizaje que significa este juego de manejo objetal y afectivo.

La exageración o fijación de este proceso por la no elaboración del duelo por la identidad y por el rol infantil explica las conductas psicopáticas de desafecto y crueldad con el objeto e induce a la actuación y falta de responsabilidad. El psicópata maneja a las personas como objetos, con desconsideración y sin culpa, en forma permanente e intensa, así como el adolescente lo

hace transitoriamente en su evolución y con capacidad de rectificación. El cortocircuito afectivo, al eliminar el pensamiento, donde la culpa puede elaborarse, permite el maltrato definitivo de los objetos reales y fantaseados, creando en última instancia un empobrecimiento del yo, que trata de mantenerse irrealmente en una situación infantil de irresponsabilidad, pero con aparente independencia, a diferencia del adolescente normal, que tiene conflictos de dependencia pero que puede reconocer la frustración. La imposibilidad de reconocer y aceptar la frustración obliga a bloquear la culpa e inducir al grupo a la actuación sadomasoquista, no participando de la misma. Puede hacerlo porque disocia pensamiento de afecto y utiliza el conocimiento de las necesidades de los demás para provocar su actuación, satisfaciendo así, indiferentemente en apariencia, sus propias ansiedades psicóticas.

El adolescente normal puede, en estas circunstancias, seguir los propósitos del psicópata, y sucumbir en la acción, ya que participa intensa y honestamente de la misma. Es así que el conflicto de identidad en el adolescente normal adquiere en el psicópata la modalidad de una *mala fe consciente*, que lo lleva a expresiones de pensamiento cruel, desafectivo, ridiculizante de los demás, como mecanismos de defensa frente a la culpa y al duelo por la infancia perdida, que no pueden ser elaborados.

Normalmente, el adolescente va aceptando las pérdidas de su cuerpo infantil y de su rol

infantil, al mismo tiempo que va cambiando la imagen de sus padres infantiles, sustituyéndola por la de sus padres actuales, en un tercer proceso de duelo.

DUELO POR LOS PADRES DE LA INFANCIA

La relación infantil de dependencia se va abandonando paulatina y dificultosamente. La impotencia frente a los cambios corporales, las penurias de la identidad, el rol infantil en pugna con la nueva identidad y sus expectativas sociales hacen que se recurra a un proceso de negación de los mismos cambios, que concomitantemente se van operando en las figuras y las imágenes correspondientes de los padres y en el vínculo con ellos, que por supuesto no permanecen pasivos en estas circunstancias, ya que también tienen que elaborar la pérdida de la relación de sometimiento infantil de sus hijos, produciéndose entonces una interacción de un doble duelo, que dificulta aun más este aspecto de la adolescencia. Se pretende no sólo tener a los padres protectores y controladores, sino que periódicamente se idealiza la relación con ellos, buscando un *suministro continuo* que en forma imperiosa y urgente debe satisfacer las tendencias inmediatas, que aparentemente facilitarían el logro de la independencia. El pensamiento se expresa aquí en forma de contradicciones: es la necesidad inmediata del automóvil familiar (dependencia), para mostrarse como adulto y due-

ño de la potencia familiar (seudoindependencia). La demanda desconsiderada y a veces inoportuna de dinero (dependencia) para manejarse como un individuo adulto y potente frente a los demás (seudoindependencia).

Las contradicciones de pensamiento de este tipo, tan frecuentes en la adolescencia, nos muestran la falta de elaboración conceptual y la permanencia en niveles inferiores de este proceso. Esta misma contradicción produce complejidad en el manejo de las relaciones objetales parentales internalizadas y rompe la comunicación con los padres reales externos, ahora totalmente desubicados en el contexto de su personalidad. Figuras idealizadas deben sustituirlos, y entonces el adolescente se refugia en un mundo autista de meditación, análisis, elaboración de duelo, que le permite proyectar en maestros, ídolos deportivos, artistas, amigos íntimos y su diario, la imagen paterna idealizada. Esta soledad periódica del adolescente es activamente buscada por él, ya que le facilita su conexión con los objetos internos en este proceso de pérdida y sustitución de los mismos, que va a terminar enriqueciendo el yo. El diario que frecuentemente llevan los adolescentes sirve para la externalización de los objetos internos y de sus vínculos, permitiendo el control y cuidado de los mismos en el exterior. Esto facilita la elaboración de las relaciones objetales perdidas, mediante la fijación de las mismas en su diario.

En el psicópata, los padres infantiles tienen vigencia real y permanente, y la pérdida del suministro continuo acarrea frustraciones de-

masiado intensas para ser soportadas. Hay aquí una verdadera "demencia de las percepciones" (5), que le impide verificar la realidad y le obliga a vivenciar la frustración como una amenaza de muerte, de la que se defiende con una respuesta en cortocircuito, en donde la percepción distorsionada actúa como causa desencadenante de un efecto avasallador.

La negativa del automóvil, por ejemplo, obliga al robo del mismo (robo del pecho omnipotente y frustrador). La falta de dinero puede llevar al acto delictivo o criminoso que facilite su obtención. Hay percepción-acción, sin pensamiento.

En vez de buscar la soledad que le permita la elaboración de la pérdida de los padres infantiles, la evita constantemente, tratando de diluir su personalidad a través de identificaciones proyectivas masivas con grupos de delincuentes o semidelincuentes, a los que hace actuar sus ansiedades. El psicópata percibe al mundo externo como amenazador y frustrante, y en su respuesta apresurada y angustiada frente a esta amenaza utiliza su caudal intelectual para prescindir de la confrontación crítica y emplea tan sólo una racionalización más o menos coherente para explicar su conducta desaprensiva y cruel, carente aparentemente de culpa, y la no necesidad de justificación, ya que *está* permanentemente en la actitud de recibir el suministro continuo que el adolescente normal sólo desea momentánea y periódicamente. El duelo por el cuerpo infantil perdido, por la identidad y el rol infantil, y por los padres infantiles, lleva

consigo, dentro del proceso del pensamiento, una dificultad en la discriminación de la ubicación temporal del sujeto y de la identificación sexual del mismo.

EL TIEMPO EN EL ADOLESCENTE

El adolescente entra en una *crisis de temporalidad* (8). El niño tiene un concepto fenomenológico de la limitación del espacio y le falta el concepto de tiempo, que es limitado para él. El adulto tiene la noción de lo infinito espacial y la temporalidad del existir. En el adolescente esto se entremezcla y confunde, presentando entonces el pensamiento del adolescente las contradicciones de inmediatez o de relegación infinita frente a cualquier tipo de posibilidades de realización, a las que pueden seguir sentimientos de impotencia absoluta. Es un verdadero estado caótico que por momentos parecería indicar la invasión y predominancia de un tipo de pensamiento primario.

Este va siendo sustituido por el juicio de realidad mediante la elaboración de los tres duelos enunciados, que permite ubicar cuerpo, rol y padres infantiles en el pasado, aceptando el transcurso del tiempo y, con éste, el concepto de muerte como proceso irreversible y natural dentro del desarrollo.

En el psicópata, la atemporalidad se establece rígidamente en su pensamiento; posterga y exige sin discriminación frente a la realidad, y

actúa sin esta noción limitante, que permite la ubicación del individuo en el mundo.

La periodicidad de pensamiento primario observada en el adolescente normal adquiere caracteres de permanencia en el psicópata.

EL SEXO EN EL ADOLESCENTE

Freud (4) estableció la importancia de los cambios puberales en el camino del autoerotismo a la sexualidad madura genital. Los cambios biológicos de la pubertad imponen la sexualidad genital al individuo e intensifican la urgencia del duelo por el cuerpo infantil perdido, que implica también el duelo por el sexo perdido.

En la segunda mitad del primer año de vida, de acuerdo con lo señalado por Arminda Aberastury, el niño verifica su identidad sexual y, a través del juego, trata de elaborar la situación traumática que significa la pérdida del otro sexo, recuperándolo de un modo simbólico a través de objetos. En la pubertad, la definición de su capacidad creativa marca una nueva definición sexual en la procreación, ya que sus genitales no sólo aceptan la unión de la pareja, sino también la capacidad de crear. En la adolescencia se intenta recuperar infructuosamente el sexo perdido, mediante la masturbación, que es una negación omnipotente de esta pérdida. El psicópata, en cambio, permanece en una bisexualidad fantaseada que tiene para él todo el significado de la realidad psíquica y que le impide relaciones amorosas de objeto y el logro de la

pareja que busca, y que en cambio sí puede obtener el adolescente normal. Éste pasa por momentos de confusión de sexos que implican fantasías homosexuales, que son las que precisamente le permiten elaborar los duelos inherentes a esta etapa del desarrollo.

RESUMEN

El pensamiento del adolescente está determinado por un proceso de triple duelo:

- 1) duelo por el cuerpo infantil;
- 2) duelo por la identidad y el rol infantil;
- 3) duelo por los padres de la infancia.

El duelo por la bisexualidad infantil perdida acompaña a estos tres procesos de duelo.

Se produce básicamente un cortocircuito del pensamiento, en el que se observa la exclusión de lo conceptual lógico mediante la expresión a través de la acción.

El duelo por el cuerpo infantil perdido obliga a una expresión en la acción motora directa.

El duelo por la identidad y por el rol infantil permite la actuación afectiva desaprensiva, pasional o llena de indiferencia, sin consideración racional alguna por los objetos.

El duelo por los padres de la infancia produce una distorsión de la percepción que facilita la respuesta inmediata, global e irracional.

Esta triple situación trae consigo también la confusión sexual y de la temporalidad, que caracterizan el pensamiento del adolescente.

La elaboración incompleta de los duelos o la no elaboración de alguno de ellos producirá fijaciones o exageraciones de estos procesos, que podrán ser identificados en la conducta psicopática, donde adquieren modalidades de fijeza y de irreductibilidad, que, teniendo en cuenta estas consideraciones, pueden ser modificadas mediante el tratamiento psicoanalítico.

BIBLIOGRAFIA

1. Aberastury, A.: "La fase genital previa". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, XXI, 3, págs. 203-213, 1964.
2. — "La existencia de la organización genital en el lactante". *Revista Brasileira de Psicanálise*, I, 1, pág. 18, 1967.
3. Arieti, S.: "Psychopathic personality. Some views on its psychopathology and psychodynamics". *Comprehensive Psychiatry*, IV, 5, pág. 301, 1963.
4. Freud, S.: "Una teoría sexual". *Obras Completas*. Madrid, Biblioteca Nueva, II, 1923.
5. Gruhle: Cit. en E. Mira y López: *Manual de psiquiatría*. Buenos Aires, El Ateneo, pág. 483, 1958.
6. Klein, M.: "Sobre la identificación", en Klein, M. y otros: *Nuevas direcciones en psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1965.
7. Knobel, M.: "Psicología de la adolescencia". La Plata, *Revista de la Universidad Nacional de La Plata*, 16, enero-diciembre, 1962.
8. Merenciano, F. M.: *Psicopatología de la adolescencia*. Valencia, Metis, 1947.

9. Piaget, J.: *Psicología de la inteligencia*. Buenos Aires, Psique, 1955.
10. — *La formación del símbolo en el niño*. México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
11. Zac, J.: "El impostor. Contribución al estudio de la psicopatía". Buenos Aires, *Revista de Psicoanálisis*, XXI, 1, pág. 58, 1964.

Capítulo 6

**EL ADOLESCENTE Y EL
MUNDO ACTUAL**

por ARMINDA ABERASTURY

A PARTIR de principios de siglo, la adolescencia fue motivo de continuos estudios que progresaron desde considerar solamente los problemas surgidos del despertar de la genitalidad hasta el estudio de las estructuras de pensamiento que ubican al joven en el mundo de valores del adulto. La psicología, la psiquiatría, el psicoanálisis, intentaron comprender y describir el significado de esta crisis de crecimiento que se acompañaba de tanto sufrimiento, de tanta contradicción y de tanta confusión. La sociología y la psicología social arrojaron luz sobre el problema y permitieron vislumbrar la solución de algunos de sus problemas intrínsecos. En estas páginas hablamos tanto del joven en crecimiento y sus problemas como del impacto que produce este crecimiento en el ambiente adulto y en la sociedad adulta, y de las trabas que oponen a este crecimiento y a las modificaciones que implica.

¿Cuáles son los motivos para que la sociedad no modifique sus rígidas estructuras y se empeñe en mantenerlas aun cuando el individuo cambia? ¿Qué conflictos conscientes o inconscientes hacen que los padres ignoren o no comprendan la evolución del hijo?

El problema muestra así otra cara —escandida hasta hoy bajo el disfraz de la adolescencia difícil—: es la de una sociedad difícil, incomprensiva, hostil e inexorable a veces frente a la ola de crecimiento lúcida y activa que le impone la evidencia de alguien que quiere actuar sobre el mundo y modificarlo bajo la acción de sus propias transformaciones.

El signo que caracteriza esta etapa es, desde el punto de vista del individuo, la necesidad del joven de entrar a formar parte del mundo del adulto y los conflictos que surgen tienen su raíz en las dificultades para ingresar en ese mundo y en las del adulto para dejar paso a esa nueva generación que le impondrá una revisión crítica de sus logros y de su mundo de valores.

Literalmente, adolescencia (latín, *adolescencia*, *ad*: a, hacia + *ollescere*: forma incoativa de *olere*, crecer) significa la condición o el proceso de crecimiento. El término se aplica específicamente al período de la vida comprendida entre la pubertad y el desarrollo completo del cuerpo, cuyos límites se fijan, por lo general, entre los 13 y los 23 años en el hombre, pudiendo extenderse hasta los 27 años.

Si bien suele incluirse a ambos sexos en el período comprendido entre los 13 y los 21 años, los hechos indican que en las adolescentes se ex-

tiende de los 12 a los 21, y en los varones de los 14 a los 25 años en términos generales.

El crecimiento y modificaciones de su cuerpo al llegar a la pubertad —(latín, *pubertas* de *púber*: adulto) capacidad de engendrar— imponen al adolescente un *cambio de rol* frente al mundo exterior, y el mundo externo se lo exige si él no lo asume. Esta exigencia del mundo exterior es vivida como una *invasión* a su propia personalidad. Aunque él no quiera —sobre todo el adolescente que cambia de golpe— es exigido como si fuese un adulto, y esa exigencia del mundo exterior por lo general lo conduce —como defensa— a mantenerse en sus actitudes infantiles.

La característica de la adolescencia es que el niño, quiera o no, se ve obligado a entrar en el mundo del adulto; y podríamos decir que primero entra a través del crecimiento y los cambios de su cuerpo y mucho más tarde de sus capacidades y sus afectos. Es muy frecuente que a los 16, 17 ó 18 años se muestren muy maduros, en algunos aspectos, pero paradójicamente inmaduros en otros. Esto surge por un juego de defensas frente al nuevo rol y frente al cambio corporal que es vivido como una *irrupción* incontrolable de un *nuevo esquema corporal* que le modifica su posición frente al mundo externo y lo obliga a buscar nuevas pautas de *convivencia*. Lo que ha aprendido como niño, en aprendizaje y en adaptación social ya no le sirve. El mundo externo y él mismo exigen un cambio en toda su personalidad. Frente a esta *invasión* la primera reacción afectiva del niño es un *refugio en su mundo interno*; es como si

él quisiera reencontrarse con los aspectos de su pasado para poder enfrentar después el futuro.

Si se *aleja del mundo exterior y se refugia en el mundo interno*, es para estar "seguro", porque en todo el crecimiento existe un "impulso hacia lo desconocido y temor a lo desconocido". Ese refugio en la infancia se debe no solamente a que le cuesta hacer el "duelo de la infancia" sino que la infancia misma es lo que él conoce. Su rol frente al ambiente inmediato, o frente a la escuela, frente a las bandas de compañeros es "un rol de niño", al cual él ya estaba adaptado desde muchos años atrás.

Prima en ese momento una actitud crítica frente al mundo externo y a los adultos en general; él no quiere ser como determinados adultos que rechaza con violencia y elige en cambio un ideal. El mundo interno que ha ido desarrollando a través de toda su infancia identificándose con aspectos de sus padres, maestros o figuras sustitutivas de ambos le servirá de "puente" para reconectarse con un mundo externo que es nuevo para él, a consecuencia de su cambio de status. El duelo por la infancia y por los padres de la infancia involucra al yo y al mundo externo. "No soy un niño, yo mismo he perdido mi condición de niño; mis padres son los padres de un adulto y yo tengo que comportarme como tal, como mi cuerpo, mi mente y la sociedad me lo exigen."

Es por eso que otro de los problemas centrales del adolescente es la búsqueda de su identidad. Todos estos problemas son más graves actualmente, vivimos en un mundo en el que la ten-

sión y la ansiedad creadas por la acumulación de los medios de destrucción representan una amenaza permanente y sabemos que la estabilidad es el clima necesario para que un ser humano se desarrolle normalmente. Necesitamos, hoy más que nunca, recurrir a todos los conocimientos sobre el hombre y aplicarlos para encontrar la mejor forma de contrarrestar esta angustia de hoy que al reforzar el temor a la muerte incrementa la que surge del crecimiento mismo.

En la formulación de las medidas para una higiene mental del adolescente —aunque la adolescencia tiene el carácter universal que hemos señalado— deben admitirse caracteres propios y por lo tanto medidas específicas en los distintos medios sociales y en especial en sociedades como las latinoamericanas que están sufriendo, en diversos grados, una transformación: de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, técnica e industrializada, o de un mundo rural a la adaptación de los avances del industrialismo y de la urbanización.

APENDICE

Si hemos insistido repetidamente en ciertos puntos es porque los consideramos básicos para la comprensión de los psicodinamismos de la adolescencia.

La tautología es inevitable cuando se recopilan trabajos. En este caso hemos considerado incluso conveniente insistir en determinados conceptos, como los de duelo durante la adolescencia, porque identifican nuestra forma de pensamiento psicodinámico acerca de lo que ocurre en este período de la vida.

Consideramos que así logramos transmitir no sólo nuestra conceptualización acerca de la adolescencia, sino que también comunicamos una experiencia clínica, que al ser aplicada, proporciona lo satisfactorio de la verificación de una hipótesis de lo que ocurre en las fantasías inconscientes del joven. Este aporte pragmático lo recomendamos a terapeutas y educadores que trabajan con adolescentes, pues nos ha demostrado en la práctica su utilidad clínica y psicopedagógica.

El adolescente participa en la sociedad con sus propias características psicodinámicas y hemos esbozado ideas acerca de aspectos parciales de la interrelación cultura-sociedad-adolescencia.

Sin comprender, genéricamente, al adolescente individual y su motivación y acción en el medio, consideramos que todo enfoque de esta gran problemática que es el adolescente en y frente a nuestra cultura, obvia el conocimiento del objeto de estudio mismo, que es el propio adolescente.

En este campo nuestro aporte también es parcial, pero apunta hacia una integración conceptual y pragmática que pretendemos debe hacerse con mayor información general.

Insistimos que hemos considerado absolutamente necesaria la repetición —muchas veces deliberada— de ciertas ideas, porque son, a nuestro entender, las que más contribuyen a nuestro propósito esclarecedor.

ARMINDA ABERASTURY
MAURICIO KNOBEL

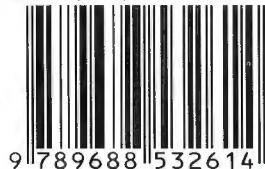
OBRAS CONEXAS DEL FONDO PAIDOS

A. Freud y otros: *El desarrollo del adolescente*; J. F. Masterson; *El dilema psiquiátrico del adolescente*; J. Bleger y otros: *La identidad del adolescente*; E. H. Erikson: *Identidad, juventud y crisis*; E. H. Erikson y otros: *La juventud en el mundo moderno*; R. E. Muuss: *Teorías de la adolescencia*; G. Caplan y S. Lebovici: *Psicología social de la adolescencia*; M. Harris y otros: *Su hijo de 12 a 14 años*; M. Harris y otros. *Su hijo adolescente*; Th. Lidz y otros; *El adolescente y su familia*; M. E. M. Herford y otros: *Transición de la escuela al trabajo en la adolescencia*; I. - L. Danna: *Los problemas del adolescente al ingresar en la escuela secundaria*; K. Friedlander: *Psicoanálisis de la delincuencia juvenil*; J. A. Sours y otros: *Perturbaciones psíquicas del adolescente*; A. Bryt y otros: *El trabajo psiquiátrico del adolescente*; D. F. Buckle y otros: *Servicios comunitarios de salud mental para el adolescente*; R. Dreikurs y L. Grey: *Cómo lograr la disciplina en el niño y en el adolescente. Guía práctica para padres y maestros*; L. J. Stone y J. Church: *Niñez y adolescencia. Psicología de la persona que crece, y El adolescente de 13 a 20 años*; E. Hurlock: *Psicología de la adolescencia*; M. Rosenberg: *La autoimagen del adolescente*; G. M. Blair y R. S. Jones: *Cómo es el adolescente y cómo educarlo*; A. Gesell y F. Ilg: *El adolescente de 10 a 16 años*; *El niño de 13 y 14 años*; *El niño de 15 y 16 años*; B. Inhelder y J. Piaget: *De la lógica del niño a la lógica del adolescente*.

Los distinguidos psicoanalistas Arminda Aberastury y Mauricio Knobel, que figuran entre los primeros de la escuela psicoanalítica argentina que se dedicaron a investigar la personalidad del adolescente, brindan este libro, el primero que se publicó en castellano sobre dicho período visto con «un enfoque psicoanalítico», cuya edición revisada se ofrece aquí. Arminda Aberastury, destacada autoridad internacional en psicoanálisis de niños, muerta hace pocos años, ha realizado contribuciones fundamentales en la investigación, formación y docencia universitaria en este campo. Ha escrito este libro en colaboración con Mauricio Knobel, profesor con amplia experiencia en las cátedras universitarias de Clínica psiquiátrica (Facultad de Medicina) y de Psicología evolutiva (Facultad de Filosofía y Letras), Universidad de Buenos Aires, y es autor de numerosas publicaciones. Entre los principales temas que los autores tratan en este libro figuran el adolescente y la libertad; el síndrome de la adolescencia normal; normalidad y patología en la adolescencia; el pensamiento en el adolescente normal y en el psicopático; el tiempo en el adolescente; el sexo en el adolescente; el adolescente y el mundo actual; adolescencia y psicopatía, duelo por el cuerpo, la identidad y los padres infantiles; adolescencia y psicopatía con especial referencia a las defensas.

ISBN: 978-968-853-261-4

2826057



9 789688 532614

